

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 275 a 277

A. DE LAMARTINE

# Rafael

Páginas de los veinte años

NOVELA



Precio: 1,50 pesetas.

MADRID, 1920



**COLECCIÓN UNIVERSAL**

---

A. de Lamartine

**R A F A E L**

MCMXX

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, 1920.**

---

COLECCION UNIVERSAL

---

A. DE LAMARTINE

---

# R a f a e l

Páginas de los veinte años

La traducción del francés ha sido  
hecha por Félix Lorenzo.



MADRID, 1920



~~495047~~  
495047  
APR 15 1941

A. G. SOLALINDE  
X39Y  
.L16  
RA  
.S

RAFAEL, como Graziella, forma parte de las *Confidencias de Lamartine*. Aparte, pues, de su mérito literario, esta novelita, o poema en prosa, tiene un gran valor histórico. Es un trozo autobiográfico que no sólo interesa a los admiradores de Lamartine, sino a todo el que desee estudiar su época.

Hay en RAFAEL dos figuras de primer término tan amplia y minuciosamente dibujadas, que casi llenan todo el cuadro: Julia y Rafael. Julia es aquella misma Elvira en quien Lamartine encarnó un amor extrahumano, comparable a los más delirantes amores de la literatura universal. Rafael es el propio Lamartine, poetizado unas veces, y retratado otras sobria y exactamente.

Las figuras secundarias, esbozadas apenas, pertenecen todas a la historia literaria y científica de Francia. Ellas son las que dan al relato, en ciertos puntos, realidad y autenticidad indiscutibles. Es particularmente notable la alusión a *monsieur D\*\*\**—el famoso editor francés Fermín Didot—, que tan fría repulsa dió al primer volumen de versos del que luego había de ser gloria inmarcesible de la literatura de su patria.

Como en casi todas las obras del gran poeta francés, el fondo del cuadro, brillante y deslum-

*brador, es la Naturaleza. Raros son los instantes en que las dos grandes figuras del cuadro no aparecen dibujadas sobre un fondo de olas, cielo o bosques. Son, por lo tanto, frecuentes las ocasiones en que la inspiración de Lamartine llega a las más altas cimas del lirismo.*

*Para los lectores que conocen Graziella, RAFAEL es un complemento. Para los demás, una revelación del alma, llena de pasión y ternura, del cantor de Elvira.*

---

## PRÓLOGO

---

El verdadero nombre del amigo que escribió estas páginas no era Rafael. Sus amigos y yo solíamos llamarle así por chanza, porque, en su adolescencia, se parecía mucho a un retrato de Rafael, niño, que se ve en la Galería Barberini, de Roma; en el Palacio Pitti, de Florencia, y en el Museo del Louvre, de París. También le dábamos ese nombre porque el rasgo distintivo del carácter de aquel muchacho era un sentimiento tan vivo de lo bello en la Naturaleza y en el Arte, que su alma no era, por decirlo así, sino una transparencia de la belleza material o ideal esparcida en las obras de Dios y de los hombres. Ello obedecía a una sensibilidad tan exquisita, que hasta que el tiempo consiguió amortiguarla un poco, fué casi enfermiza. Aludiendo a ese sentimiento que se llama la nostalgia del pueblo natal, decíamos que tenía la nostalgia del cielo. El asentía sonriente.

Esta pasión de lo bello le hacía desgraciado; en otras circunstancias podría haberle hecho ilustre.

Si él hubiese tenido un pincel, habría pintado vírgenes de Foligno; si hubiese manejado el cincel, habría esculpido la Psiquis de Canova; si hubiese conocido la lengua en que se escriben los sonidos, habría fijado en el pentagrama las quejas aéreas del viento del mar en las ramas de los pinos de Italia, o los hálitos de una joven dormida que sueña con el que no quiere nombrar. Si hubiese sido poeta, habría escrito los apóstrofes de Job a Jehová; las estancias de Herminia del Tasso; la conversación de Romeo y Julieta a la luz de la Luna, de Shakespeare; el retrato de Hay-dea, de lord Byron.

Amaba el bien tanto como la belleza; pero no amaba la virtud por ser santa, sino, sobre todo, por ser bella. Sin ambición ninguna en el carácter, la habría tenido en la imaginación. Si hubiese vivido en aquellas antiguas repúblicas en que el hombre se desenvolvía todo él en la libertad, como el cuerpo se desarrolla sin trabas al aire libre y en pleno sol, habría aspirado a todas las cimas como César, habría hablado como Demóstenes y habría muerto como Catón. Pero su destino humillado, ingrato y obscuro le retenía, a su pesar, en el ocio y la contemplación. Tenía alas que desplegar, pero no aire en su derredor para batirlas. Murió joven y devorando con los ojos el espacio sin haberlo recorrido. Su mundo fué un sueño. ¡Que en el cielo, siquiera, sea una realidad!

¿Conocéis ese retrato de Rafael, niño, de que os hablaba hace un momento? Es un rostro de

diez y seis años, algo pálido, un poco aplomado por el sol de Roma, pero en cuyas mejillas todavía florece la frescura de la infancia. Un rayo de luz rasante parece jugar en el terciopelo de la piel. El codo del joven se apoya sobre una mesa; el antebrazo se alza para soportar la cabeza, que se apoya en la palma de la mano; los dedos, admirablemente modelados, imprimen una leve huella blanca en la barba y en la mejilla. La boca es fina, melancólica, ensoñadora; la nariz es delgada entre los ojos y ligeramente matizada de un tinte algo azulado, como si la delicadeza de la piel dejase transparentarse el color de las venas; los ojos, de un intenso color celeste, parecido al cielo de los Apeninos antes de la aurora, miran al frente, pero con alguna elevación hacia el cielo, como si quisieran ver por encima de la Naturaleza. Están llenos de luz hasta el fondo, pero un poco humedecidos por los rayos diluídos en el rocío o en las lágrimas. La frente es una bóveda apenas cimbrada; se ve temblar, bajo su fina epidermis, los músculos de la máquina del pensamiento; las sienes reflexionan, la oreja escucha. Negros cabellos, desigualmente cortados por vez primera por las tijeras inhábiles de un compañero de taller o de una hermana, arrojan algunas sombras sobre la mejilla y sobre la mano. Una gorra de terciopelo negro cubre lo alto de la cabeza y cae sobre la frente. Cuando uno pasa ante este retrato, piensa y se entristece sin saber por qué. Es el genio niño, que sueña en

el umbral de su destino antes de transponerle. Es un alma a la puerta de la vida. ¿Qué será de ella? Pues bien: añadid seis años a la edad de este niño que sueña; acentuad esos trazos; curtid esa tez; plegad esa frente, peinando de otro modo esos cabellos; empañad un poco esa mirada; entristeced esos labios; aumentad esa estatura; dad más relieve a esos músculos; cambiad ese traje de Italia, del tiempo de León X, por el sobrio uniforme de un joven educado en la sencillez de los campos, que no pide a sus vestidos sino que le cubran con decencia; dejad a toda la actitud cierta languidez pensativa o doliente, y tendréis el retrato perfectamente reconocible de Rafael a los veinte años.

Su familia era pobre, aunque antigua en las montañas del Forez, donde tenía su tronco. Su padre había dejado la espada por el arado, como los hidalgos españoles. Su única dignidad era el honor, que vale por todas. Su madre era una mujer todavía joven, bella, que habría podido pasar por su hermana: tanto se le parecía. La habían educado en el lujo y en las elegancias de una capital; pero ella conservaba sólo ese perfume de lenguaje y maneras que nunca se evapora, como la fragancia de las pastillas de rosa del serrallo permanece siempre en el cristal donde estuvieron conservadas.

Relegada a las montañas, entre un marido que el amor le había dado, y unos hijos en quienes cumpliera todas sus complacencias y todos sus

orgullos de madre, nada había echado de menos. Había cerrado el hermoso libro de su juventud en estas tres palabras: Dios, su marido, sus hijos. Sentía predilección por Rafael. Habría querido darle destino de rey; mas, ¡ay!, que sólo contaba con su corazón para exaltarle. El destino se derrumbaba siempre, y con frecuencia, hasta el cimiento de su pequeña fortuna y de sus sueños.

Dos santos viejos, acosados y perseguidos algún tiempo después del Terror por no sé qué opiniones religiosas que participaban del misticismo y que anunciaban una renovación del siglo, habían venido a refugiarse en aquellas montañas. Recibieron asilo en su casa. Se encariñaron con Rafael, a quien su madre tenía entonces sobre las rodillas. Le anunciaron no sé qué; le señalaron una estrella; dijeron a la madre: “¡Seguid de corazón a ese hijo!” ¡A una madre le place tanto creer! Ella se lo reprochó porque era muy piadosa; pero los creyó. Esta credulidad la sostuvo en muchas pruebas, pero la impulsó a esfuerzos superiores a ella para educar a Rafael, y, por último, la engañó.

Yo conocí a Rafael desde la edad de doce años. Después de su madre, yo era lo que él más quería. Acabados nuestros estudios, nos encontramos en París; en Roma luego. Le había llevado un pariente de su padre para copiar con él manuscritos en la biblioteca del Vaticano. Rafael se apasionó por la lengua y el genio de Italia. Hablaba el italiano mejor que su propio idioma. A

veces improvisaba, por la tarde, bajo los pinos de la villa Pamphili, en presencia del sol poniente y de las osamentas de Roma, dispersas por la llanura, estancias que me hacían llorar.

—Rafael—le decía yo a menudo—, ¿por qué no escribes

—¡Bah!—contestaba—. ¿Escribe el viento lo que canta en esas hojas sonoras sobre nuestras cabezas? ¿Escribe la mar sus gemidos en las playas? De lo que se escribe, nada es bello; lo más divino que hay en el corazón no sale de él jamás. El instrumento es de carne; la nota es de fuego. ¿Qué le hemos de hacer? Entre lo que se siente y lo que se expresa—añadía tristemente—, hay la misma distancia que entre el alma y las veinticuatro letras de un alfabeto, es decir, el infinito. ¿Quieres verter en una flauta de caña la armonía de las esferas?

Me separé de él para volver a encontrarle en París. Buscaba en vano, a la sazón, por medio de las relaciones de su madre, crearse una situación activa que le exonerase del peso de su alma y de la opresión de su destino. Los jóvenes de nuestra edad le buscaban; las mujeres le miraban complacidas pasar por las calles. El no iba nunca a los salones. Entre todas las mujeres, sólo amaba a su madre.

De pronto, le perdimos de vista durante tres años; luego supimos que se le había visto en Suiza, en Alemania y en Saboya; después, en invierno, pasando algunas de sus noches en un puente

y en un muelle de París. Su exterior revelaba extrema pobreza. Hasta transcurridos bastantes años no supimos más. Aunque ausente, no dejábamos de esperar en él. Era de esas naturalezas que desafían al olvido.

Por fin nos reunió el azar dos años más tarde. He aquí de qué manera: Yo había recibido una herencia en su provincia, y fuí allá para vender una tierra. Pedí noticias de Rafael. Se me dijo que había perdido a su padre, a su madre y a su mujer con unos años de intervalo; que, tras estas desgracias del corazón, le habían herido desgracias de fortuna, y que de la escasa hacienda de sus padres le quedaba sólo el lar, compuesto de una vieja torre cuadrada, semiderruida, al borde de un barranco; el jardín, el huerto, el prado en la barranca y cinco o seis fanegas de mala tierra. Los labraba él mismo con dos vacas escuálidas; no se distinguía de los labriegos vecinos suyos más que por los libros que llevaba al campo, y que solía tener en una mano mientras se apoyaba en la mancerá con la otra. Pero desde hacía unas semanas no se le había visto salir de su mísera vivienda. Se creía que habría emprendido uno de aquellos largos viajes que le duraban años. "Sería una lástima—añadían—; todo el mundo le quiere en la vecindad. Aunque pobre, hace tanto bien como un rico. Hay en el país hermosos paños que se han tejido con la lana de sus carneros. Por la tarde enseña a leer y dibujar a los niños de las aldeas vecinas. Los ca-

hacía a su fuego, les da su pan, y, sin embargo, Dios sabe si él lo tendrá cuando las cosechas son malas, como este año.”

Así me hablaban de Rafael. Quise, al menos, ver la morada de mi antiguo amigo. Me condujeron hasta el pie de la colina, en cuya cumbre surgía, de un bosque de bojales y avellanos, su torre negruzca, flanqueada de algunas corralizas. Cruzé por un tronco de árbol el torrente casi seco que se despeñaba al fondo del barranco; subí por un sendero de piedras que rodaban bajo mis pies; dos vacas y tres carneros pastaban en los abraçados flancos de la colina, guardados por un viejo ciego casi ciego, que rezaba el rosario, sentado en un antiguo escudo de armas esculpido, desprendido de la cimbra de la puerta.

Me dijo que Rafael no había partido; pero estaba enfermo hacía dos meses, y que él no esperaba verle ya salir de la torre más que para ir al cementerio; me mostró con su mano descarnada el cementerio en la colina opuesta.

—¿Se puede ver a Rafael?—le dije.

—¡Oh, sí!—dijo el anciano—. Subid los escalones y tirad de la cuerda del picaporte del salón grande, a la izquierda. ¡Le encontraréis tendido en el lecho, tan dulce como un ángel, tan sencillo como una criatura!—añadió enjugándose los ojos con el envés de la mano.

Trepé por la rampa empinada, larga y mellada de una escalera exterior. Los peldaños, que subían contra el muro de la torre, terminaban en

un rellano recubierto de una armazón de madera y de un tejadillo cuyas tejas rotas sembraban las losas de la escalera. Tiré de la cuerda de una puerta a la izquierda, y entré. No olvidaré jamás aquel espectáculo. La cámara era vasta. Ocupaba todo el espacio contenido entre los muros de la torre. Recibía la luz por dos grandes ventanas con cruceros de piedra, cuyos vidrios, polvorientos y quebrados, estaban engastados en losanges de plomo. Formaban el techo gruesas vigas ennegrecidas por el humo; el pavimento era de ladrillos. En la alta chimenea, cuyas jambas eran de madera toscamente estirada, pendía de los llares un caldero lleno de patatas, bajo el cual humeaba una rama que ardía por un extremo. No había en la habitación otros muebles que dos butacas de alto respaldo, de madera tallada, tapizadas de una tela cenicienta, cuyo color primitivo era imposible adivinar; una gran mesa, que cubría, la mitad, un mantel de cáñamo crudo, donde estaba envuelto el pan, y la otra mitad, papeles y libros confusamente amontonados; y, por último, un lecho de columnas carcomidas, con cortinas de sarga azul, recogidas en derredor de las columnas para dejar que entrase el aire de la ventana abierta y jugasen los rayos de sol sobre la colcha.

Un hombre joven todavía, pero extenuado por la consunción y la miseria, estaba sentado en el borde del lecho, y ocupado, en el momento en que abrí la puerta, en desmenuzar pedazos de pan

para una nube de gorriones y golondrinas que se arremolinaban en el suelo, a sus pies.

Volaron las aves al ruido de mis pasos, y fueron a posarse en la cornisa de la sala, en las columnas y en los bordes del cielo del lecho. Reconocí a Rafael a través de su palidez y su flacura. Su rostro no había perdido carácter al perder juventud; únicamente había cambiado de belleza. Ahora era la de la muerte. Rembrandt no habría buscado otro tipo para el Cristo en el huerto. Los negros cabellos caían en bucles sobre sus hombros, como los de un labrador después del sudor de la jornada. Su barba era luega, pero tenía en su arranque una simetría natural que dejaba descubrir el corte gracioso de los labios, la prominencia de las mejillas, las arcadas de los ojos, la finura de la nariz, la concavidad pensativa de las sienes, la blancura de la piel. Su camisa, abierta por el pecho, dejaba ver un torso descarnado, pero musculoso, que habría dado majestad a su estatura si su debilidad le hubiera permitido erguirse.

Me reconoció a la primera ojeada; dió un paso para venir a abrazarme, y volvió a caer en el borde del lecho. Yo fuí a él. Lloramos primero, y hablamos después. Me narró toda su vida, siempre truncada por la fortuna o por la muerte en el instante en que él creía recoger la flor o el fruto; la pérdida de su padre, la de su madre, la de su mujer y su hijo; después, sus reveses de fortuna, la venta forzada de la hacienda pa-

ternal; su retirada a aquel resto del cobijo familiar, donde no tenía más compañero que el anciano vaquero que le servía sin soldada, por amor al nombre de la casa; y, en fin, su enfermedad de desfallecimiento, que había de llevarle—decía—, con las hojas de otoño, a yacer en el cementerio de su aldea, junto a los que había amado. La sensibilidad de su imaginación se revelaba hasta en la muerte. ¡Se le veía transmitírsela al césped y a los musgòs que florecerían sobre su tumba!

—¿Sabes lo que me aflige más?—me decía, mostrándome con el dedo la hilera de pajarillos parados sobre la cornisa del lecho—. Pensar que en la primavera próxima esos pobres pequeñuelos, de quienes yo he hecho mis últimos amigos, me buscarán en vano en mi torre, y no encontrarán ya vidrio roto por donde entrar en la habitación, ni en el suelo una brizna de lana de mi colchón para hacerse el nido. Pero la nodriza a quien dejo mi pobre capital tendrá cuidado de ellos mientras viva—repuso como para consolarse a sí mismo—; y después de ella... ¡después, Dios!

“El da a los pajarillos el sustento.”

Se enternecía hablando de aquellos animalitos. Veíase que la ternura de su alma, repelida o desamparada por los hombres, se había refugiado en los animales.

—¿Pasarás algún tiempo en nuestra montaña?—me dijo.

—Sí—le respondí.

—Tanto mejor—repuso—. Me cerrarás los ojos y tendrás cuidado de que se cave mi fosa lo más cerca posible de la de mi madre, de mi mujer y de mi hijo.

Me rogó luego que le acercase un arca de madera labrada que estaba oculta bajo un saco de maíz en un rincón de la estancia. Puse el arca sobre su lecho. Sacó de ella muchos papeles, que desgarró en silencio durante una media hora, y cuyos pedazos rogó a su nodriza que echase al fuego delante de él. Había entre ellos muchos versos en todas las lenguas, e innumerables páginas de fragmentos separados por fechas, como recuerdos.

—¿Por qué quemar todo eso?—le dije con timidez—. ¿No tiene el hombre una herencia moral que dejar, como la herencia material, a los que le sobreviven? Ahí has quemado acaso pensamientos y sentimientos que vivificarían un alma...

—Déjame hacerlo—dijo—; ya hay bastantes lágrimas en este mundo; no hace falta que godeen otras más sobre el corazón del hombre. Estos son—añadió, mostrándome los versos—los primeros aletazos de mi pensamiento; mi pensamiento ha mudado después: ¡ha tomado las alas de la eternidad!...

Y siguió rasgando y quemando mientras yo contemplaba los áridos campos por los vidrios rotos de una ventana.

Por fin volvió a llamarme a su lecho:

—Toma—me dijo—; salva solamente ese pequeño manuscrito; no tengo valor para romperle. Después de mi muerte, la nodriza haría con él cucuruchos para los granos. No quiero que el nombre de que está lleno sea profanado. Llévatele, guárdale hasta que sepas que he muerto. Muerto yo, le quemarás o le guardarás hasta tu vejez, para acordarte de mí algunas veces al repasarle.

Cogí el rollo, le oculté bajo mis ropas y salí, prometiéndome volver al día siguiente y todos los días para dulcificar el fin de Rafael con los cuidados y las conversaciones de un amigo. Según bajaba las escaleras, encontré una veintena de niños que subían, con los zapatos en la mano, a tomar las lecciones que él les daba hasta en su lecho de muerte; un poco más lejos, el cura de la aldea, que venía a pasar la tarde con él. Saludé al sacerdote respetuosamente. Él vió mis ojos enrojecidos y me devolvió un saludo de triste inteligencia.

Al siguiente día volví a la torre. Rafael se había extinguido por la noche. La campana de la vecina aldea comenzaba a tocar a muerto. Las mujeres y los niños se asomaban a la puerta de sus casas y lloraban mirando a la torre. En un campecillo verde, al lado de la iglesia, se veía a dos hombres cavar la tierra, abriendo una fosa al pie de una cruz...

Me acerqué a la puerta. Una nube de golondrinas revoloteaba y piaba alrededor de las ven-

tanás abiertas, entrando y saliendo sin cesar, como si les hubiesen arrasado los nidos.

Más tarde comprendí, leyendo estas páginas, por qué él se rodeaba de aquellas aves, y qué recuerdos le despertaron hasta la muerte.

---

# RAFAEL

---

## I

Hay sitios, climas, estaciones, horas, circunstancias exteriores tan en armonía con ciertas impresiones del corazón, que en ellos la Naturaleza parece formar parte del alma, y el alma, de la Naturaleza. Si separáis la escena del drama, y el drama de la escena, la escena se decolora y el sentimiento se desvanece. Prescindid de los cantiles de Bretaña, en *Renato*; de las sabanas del desierto, en *Atala*; de las brumas de Suabia, en *Werther*; de las olas embebidas de sol y la tristeza de los parajes abrasados, en *Pablo y Virginia*, y no comprenderéis a Chateaubriand, ni a Goethe, ni a Bernardino de Saint-Pierre. Los lugares y las cosas se unen con un lazo íntimo porque la naturaleza es una en el corazón del hombre, como en sus ojos. Somos hijos de la tierra. La vida que corre en su savia y en nuestra sangre es la misma. Todo lo que la tierra, nuestra madre, parece experimentar y decir a

los ojos, en sus formas, en sus aspectos, en su fisonomía, en su melancolía o en su esplendor, repercute en nosotros mismos. No se puede comprender bien su sentimiento sino allí donde fué engendrado.

## II

A la entrada de Saboya, laberinto natural de profundos valles, que descienden, como otros tantos lechos de torrentes, del Simplón, del San Bernardo y del monte Cenis hacia Suiza y hacia Francia, un gran valle más anchuroso y menos oprimido se destaca en Chambery del nudo de los Alpes, y lleva su lecho de verdura, de ríos y de lagos hacia Ginebra y hacia Annecy, entre el monte del Gato y las montañas murales de Beauges.

A la izquierda, el monte del Gato alza durante dos leguas, contra el cielo, una línea alta, sombría, uniforme, sin ondulaciones en la cima. Diríase una inmensa muralla nivelada a cordel. Sólo en su extremidad oriental dos o tres agudos dientes de roca gris interrumpen la geométrica monotonía de su forma, y recuerdan a la mirada que no ha sido la mano del hombre, sino la mano de Dios, la que ha podido mover aquellas masas. Hacia Chambery, las faldas del monte del Gato se extienden blandamente en la llanura. Forman al descender algunas gradas y algunos ribazos

poblados de abetos, nogales y castaños, a los cuales se enroscan las vides trepadoras. A través de esta vegetación tupida y casi salvaje se ve blanquear en la lejanía casas de campo, surgir los altos campanarios de pobres aldeas o negrear las viejas torres de almenados castillos de otra edad. Más abajo, la llanura, que antes fué vasto lago, conserva las simas, las riberas dentelladas, los cabos avanzados de su antigua forma. Pero en vez de las aguas, sólo se ve allí ondular las olas verdes o amarillas de los álamos, las praderas y las mieses. Algunas mesetas un poco más elevadas, que antaño fueron islas, se alzan en medio de este valle pantanoso. En ellas hay casas con techo de paja y ocultas entre el ramaje. A la otra parte de esta cuenca desecada, el monte del Gato, más desnudo, más empinado y más áspero, hunde a pico sus pies de roca en el agua de un lago más azul que el firmamento, en que hunde su cabeza. Este lago, de más de seis leguas de longitud, por una anchura que varía entre una y tres, está profundamente encajonado del lado de Francia. Del lado de Saboya, por el contrario, se insinúa sin obstáculo en ensenadas y pequeños golfos entre dos ribazos cubiertos de bosque, de parrales, de viñas altas, de higueras que sumergen las hojas en sus aguas. Va a morir más allá del alcance de la vista, al pie de las rocas de Châtillon, rocas que se abren para dejar que el grueso de las aguas corra al Róda-

no. La abadía de Haute-Combe, sepulcro de los príncipes de la Casa de Saboya, se eleva sobre un contrafuerte de granito al Norte, y proyecta la forma de sus dilatados claustros sobre las aguas del lago. Protegido del sol todo el día por la muralla del monte del Gato, recuerda este edificio, por la obscuridad que le rodea, la eterna noche de que es umbral para los príncipes de Saboya que caen desde el trono a sus criptas. Sólo por la tarde, un rayo de sol poniente le hierre y reverbera un momento en sus muros, como para mostrar a los hombres, en la hora del anochecer, el puerto de la vida. Algunas barcas pescadoras sin velas se deslizan silenciosamente por las aguas profundas, bajo los acantilados de la montaña. La vetustez de sus cascos hace confundirlas, por su color, con el sombrío tinte de las rocas. Águilas de plumaje grisáceo planean sin cesar sobre las rocas y las barcas, como queriendo disputar su presa a las redes, o arrojarse sobre los pájaros pescadores que siguen la estela de las embarcaciones.

### III

El pueblo de Aix, en Saboya, lleno del vapor, el rumor y el olor de los arroyos de sus aguas calientes y sulfurosas, está asentada por gradas en un ancho y rápido ribazo de viñas, prados y huertos. Una larga avenida de álamos secula-

res semejante a esas calles de tejos, de Turquía, que se pierden de vista y conducen a los lugares donde hay tumbas, une la población al lago. A derecha e izquierda de este camino, las praderas y los campos, frecuentemente cruzados por los lechos pedregosos, y a menudo secos, de los torrentes de las montañas, reciben sombra de gigantescos nogales, de cuyas ramas, las parras, robustas como lianas de América, suspenden sus pámpanos y sus racimos. A lo lejos se vislumbra, bajo las parras y los nogales, el lago azul, que centellea o palidece, según las nubes y las horas del día.

Cuando yo llegué a Aix, ya había partido la gente. Los hoteles y los salones en que durante el verano se apiñan los extranjeros y los ociosos estaban cerrados. No quedaban más que algunos pobres enfermos sentados al sol en el umbral de los hospedajes más pobres, y algunos desahuciados que en las horas cálidas del centro del día arrastraban su paso desfallecido sobre las hojas secas caídas, por la noche, de los álamos.

#### IV

El otoño era dulce, pero precoz. Era la estación en que las hojas, heridas por la helada matutina, y un instante coloreadas de tintas rosas, caen en copiosa lluvia de las parras, de los cerezos, de los castaños. Las nieblas se extendían

hasta el mediodía, como vastas inundaciones nocturnas, sobre todos los valles, no dejando sobresalir más que las cimas de los más altos álamos en la llanura, las mesetas elevadas como islas y los dientes de las montañas, cual cabos o escollos sobre un océano. Los soplos tibios del mediodía barrían toda esta espuma de la tierra cuando el Sol había llegado a lo alto del cielo. Aquellos vientos, encañonados en las gargantas de las montañas y desgarrados por las rocas, aquellas aguas y aquellos árboles, tenían murmullos sonoros, tristes, melódicos, potentes e imperceptibles, que parecían recorrer en unos minutos toda la gama de las alegrías, de las fuerzas o de las melancolías de la Naturaleza. El alma se conmovía hondamente. Luego se desvanecían como conversaciones de espíritus celestes que han pasado y se alejan. Sucedíanlos silencios que sólo allí se producen y que os apagaban hasta el ruido de la respiración. Recobraba el cielo su serenidad casi italiana. Los Alpes se diluían en un firmamento inmenso e insondable; las gotas de la bruma de la mañana caían resonando en las hojas secas, o brillaban como chispas en el prado. Estas horas eran breves. Las sombras azules y frescas de la tarde se deslizaban rápidamente, desplegadas como un sudario sobre los horizontes que apenas habían gozado de las últimas luces solares. La Naturaleza parecía morir, pero como mueren la juventud y la belleza: en toda su gracia y en toda su serenidad.

Tal país, tal estación, tal naturaleza, tal juventud y tal languidez de todas las cosas en derredor mío, tenían una maravillosa consonancia con mi propia languidez. La acentuaban hechizándola. Sumergíame en abismos de tristeza; pero una tristeza viva, bastante llena de pensamientos, de impresiones, de comunicaciones íntimas con lo infinito, de claroscuro en mi alma para que yo no intentase esquivarla. Enfermedad de hombre, pero enfermedad cuya sensación es un atractivo en vez de ser un dolor, y en que la muerte semeja un voluptuoso desvanecimiento en lo infinito. Yo estaba resuelto a entregarme a ella por entero en lo sucesivo, a huir de toda compañía que pudiese distraerme de ella, a envolverme en silencio, soledad y frialdad en medio de la gente que encontrase allí; el aislamiento de mi espíritu era un sudario, a través del cual yo no quería ver a los hombres, sino tan sólo a la Naturaleza y a Dios.

Al pasar por Chambery había visto a mi amigo Luis de X\*\*\*. Le había hallado en el mismo estado en que yo me encontraba: sabio displicente, hastiado de la amargura de la vida; genio indescifrable, alma replegada sobre sí misma, cuerpo fatigado de pensar. Luis me había indicado una casa aislada y tranquila, en lo alto de la ciudad de Aix, donde se daba hospedaje a los enfermos. Esta casa, regida por un anciano médico retirado y su mujer, no tenía con la ciudad otra comunicación que un estrecho sendero, el cual subía hasta ella entre los arroyos de los manantiales calientes. La trasera

de la casa daba a un jardín rodeado de pórticos emparrados. Más allá, prados en pendiente y bosques de castaños y nogales conducían a las montañas por llanadas alfombradas de hierba, o por barrancos donde estaba uno seguro de no encontrar más que cabras. Luis me prometió venir a establecerse en Aix conmigo tan pronto como ultimase algunos asuntos que le retenían en Chambéry a causa de la muerte de su madre. Su presencia había de serme grata, porque su alma y la mía se comprendían por su desilusión. Sufrir lo mismo es mucho mejor que gozar igual. El dolor tiene muy diferentes lazos que la dicha para unir dos corazones. Luis era en aquel momento el único ser cuyo contacto no podía serme doloroso. Le esperaba sin impaciencia.

## V

Fuí recibido con agrado y bondad en casa del anciano médico. Se me dió una estancia cuya ventana daba al jardín y al campo. Casi todas las otras habitaciones estaban vacías. La gran mesa redonda estaba desierta también. A la hora de comer se reunían sólo la familia de la casa y tres o cuatro enfermos rezagados de Chambéry y Turín. Estos enfermos iban a los baños después de la multitud para encontrar alojamientos menos caros y una vida económica conforme con su pobreza. No había allí persona con quien yo pudiese charlar o contraer alguna familiaridad eventual. Harto lo

sentían el viejo médico y su esposa. Se excusaban también con lo avanzado de la estación y con haberse marchado los huéspedes demasiado pronto. Sólo hablaban con visible entusiasmo y tierno y compasivo respeto de una joven extranjera retenida en los baños por un desfallecimiento, que se temía degenerase en consunción lenta. Desde hacía algunos meses, la joven, con solo una doncella, ocupaba la habitación más apartada de la casa. Nunca bajaba al comedor general. Comía en su cuarto, y nunca se la veía más que en su ventana del jardín, a través del cortinaje de parras, o en la escalera, cuando regresaba de pasear en asno por los "chalets" de la montaña.

Yo sentía piedad por esta muchacha, relegada como yo y sola en un país extraño; enferma, puesto que buscaba allí la salud; triste, sin duda, puesto que evitaba el rumor y hasta las miradas de la gente. Pero no deseaba verla, pese a la admiración que en derredor mío despertaban su gracia y su belleza. Lleno el corazón de ceniza, fatigado de precarias y miserables afecciones, ninguna de las cuales, exceptuada la de la pobre Antonina, había sido recogida con verdadera piedad en mi recuerdo; avergonzado y arrepentido de amoríos míseros y desordenados; ulcerada el alma por mis faltas; desecada y árida por el tedio de vulgares embriagueces; tímido y reservado de carácter y actitud, y falto de esa confianza en sí mismo que lleva a algunos hombres a intentar encuentros y familiaridades de ocasión, ya no pensaba en ver

ni en que me viesen. Menos todavía pensaba en amar. Gozaba, al contrario, del áspero y falso orgullo de haber sofocado para siempre esa puerilidad en mi corazón, y de bastarme a mí mismo para sufrir o para sentir en este mundo. En cuanto a la dicha, no creía en ella.

## VI

Pasaba los días en mi cuarto con algunos libros que mi amigo me enviaba de Chambery. Por la tarde recorría solo los sitios salvajes y alpestres de las montañas que encuadran, del lado de Italia, el valle de Aix. Volvía a la noche transido de cansancio; me sentaba a cenar; retornaba a mi habitación, y permanecía acodado horas enteras en la ventana. Contemplaba ese firmamento que atrae los pensamientos del alma como el abismo atrae al que se inclina sobre él, cual si tuviera secretos que revelarles. Me dormía en este mar de pensamientos, cuyas orillas no quería buscar; me despertaba a los rayos del Sol, al murmullo de los manantiales, para sumergirme en el baño y reanudar, después del almuerzo, los paseos y las melancolías de la víspera.

Alguna vez por la noche, al inclinarme en mi ventana, sobre el jardín, veía otra ventana abierta, alumbrada por una luz, a algunos pasos de la mía, y una figura de mujer, acodada como yo, que con la mano se apartaba de la frente las largas

trenzas de cabellos negros para mirar también al jardín resplandeciente de luna, a las montañas y al firmamento. En aquel claroscuro no distinguía yo más que un perfil puro, pálido, transparente, encuadrado por las negras ondas de una cabellera alisada y ceñida a las sienes. Dibujábase esta figura sobre el fondo luminoso de la ventana, alumbrada por la lámpara de la habitación. En ocasiones había yo también oído el sonido de una voz de mujer que decía algunas palabras o daba algunas órdenes en el interior. El acento, ligeramente extranjero, siempre puro; la vibración, un poco febril, lánguida, dulce, y, sin embargo, prodigiosamente sonora, de aquella voz, cuya alma sentía yo sin entender sus palabras, me había conmovido. Mucho tiempo después de haber cerrado mi ventana, seguía en mi oído aquella voz, como un eco prolongado. Nunca había yo oído nada que se le pareciese, ni siquiera en Italia. Resonaba entre los dientes semicerrados como esas pequeñas liras de metal que los niños de las islas del Archipiélago tañen con los labios, por la tarde, a la orilla del mar. Era un retintín más que una voz. Lo había yo observado sin sospechar que esta voz había de resonar tan hondo y para siempre en mi vida. No pensaba yo en el mañana. Pero un día, al entrar antes de anochecido por la puerta del jardín, bajo el emparrado, vi más de cerca a la extranjera, que se confortaba a los tibios rayos del Sol, sentada en un banco del jardín, al pie de un muro expuesto al Poniente. No

oyó el ruido de la puerta, que yo cerré tras de mí; se creía sola. Pude contemplarla largamente sin ser visto. No había entre los dos más que la distancia de unos veinte pasos y la cortina de un parral despojado de pámpanos con los primeros fríos. La sombra de las últimas hojas de vid luchaba sola en su rostro con los rayos de sol, y parecía hacerlos flotar en él. Su estatura aparentaba ser mayor de lo natural, como la de esas mujeres de mármol, completamente envueltas en lienzos, de las cuales admiramos la figura sin discernir las formas. También ella estaba envuelta en una vestidura de pliegues amplios y sueltos; un chal blanco ceñido al cuerpo dejaba sólo ver sus manos, de dedos afilados y un tanto enflaquecidos que se cruzaban sobre las rodillas. Hacía girar entre ellos negligentemente uno de esos clavetes rojos silvestres que florecen sobre la nieve de las montañas, y que se llaman, ignoro por qué, *clavel poeta*. Un volante del chal, subido en forma de capuchón, cubría lo alto de su cabeza para defender los cabellos de la humedad de la tarde. Lánguidamente doblugada sobre sí misma; inclinado el cuello sobre el hombro izquierdo; cerrados los párpados por largas pestañas negras contra el fulgor del sol; petrificadas las facciones; pálida la tez; la fisonomía sumergida en un pensamiento mudo, todo le hacía asemejarse a una estatua de la muerte; pero de la muerte que atrae y eleva el alma al sentimiento de las angustias humanas y la conduce a las regiones de la luz y

del amor, a los rayos de la vida feliz y eterna. El ruido de mis pasos sobre las hojas muertas le hizo abrir los ojos. Eran sus ojos de color de mar claro, o de lapislázuli velado de obscuro, rasgados, un poco cerrados por el desmayo del párpado, y bordeados por la Naturaleza de esa franja espesa de pestañas negras y largas que las mujeres de Oriente buscan en el artificio para acentuar la expresión de la mirada y dar energía a la misma languidez y algo de salvaje a la voluptuosidad. La mirada de aquellos ojos parecía venir de una distancia que nunca he vuelto a medir en ningún ojo humano. Se asemejaba exactamente a esos fuegos estelares que os buscan como para tocaros en vuestras noches, y que vienen desde algunos millones de leguas en el cielo. La nariz griega se unía por una línea casi sin inflexión a una frente elevada y algo deprimida, como bajo la pesadumbre de un grave pensamiento; los labios eran finos, ligeramente caídos de las comisuras, con un pliegue habitual de tristeza; los dientes, de nácar, más que de marfil, como los de las hijas de las húmedas costas marítimas o los de las isleñas; la faz en óvalo, que comenzaba a demarcarse hacia las sienes y bajo la boca; la fisonomía, de un pensamiento, mejor que de un ser humano. Y sobre este sueño general de la expresión, una languidez indecisa entre la del sufrimiento y la de la pasión, que no dejaba a la mirada apartarse de aquel rostro sin llevarse impresa su imagen para siempre.

Era, en suma, la aparición de una enfermedad contagiosa del alma bajo los rasgos de la más atrayente y majestuosa belleza que soñó nunca un hombre sensible.

La saludé con respeto al pasar rápidamente ante ella por la avenida; mi actitud reservada y mis ojos bajos parecían pedirle perdón por haberla distraído involuntariamente. Al acercarme, un ligero arrebol tiñó sus pálidas mejillas. Entré en mi cuarto, tembloroso, sin saber si lo que me estremecía era el frío de la tarde. Unos minutos después vi que también la joven volvía a casa, mirando a mi ventana con indiferencia. Y volví a verla los días siguientes, a las mismas horas, en el jardín o en el patio; pero yo no tenía el pensamiento ni la audacia de abordarla. La encontraba también, en ocasiones, en las praderas de las quintas de recreo, conducida por niñas que arreaban su asno y cogían fresas para ella; otras veces, en su barca, por el lago. No le mostraba nuestra vecindad y mi interés más que con un saludo grave y respetuoso, que ella me devolvía con melancólica distracción, y proseguíamos cada uno nuestro camino por la montaña o por el agua.

## VII

No obstante, sentíame triste y desorientado por la noche cuando no la había encontrado durante el día. Bajaba al jardín, sin darme cuenta

del motivo, y en él permanecía, a pesar del frío de la noche, con los ojos fijos en su ventana. Me era penoso volver a casa si no había entrevisto su sombra a través de los visillos, u oído una nota de su piano o el extraño timbre de su voz.

El salón del departamento que ocupaba ella por la noche estaba junto a mi habitación. Sólo los separaba una gruesa puerta de encina cerrada con dos cerrojos. Yo podía oír confusamente el rumor de sus pasos, el roce de su vestido, el susurro de las hojas del libro vueltas por sus dedos. Hasta me parecía algunas veces oír su respiración. Instintivamente, había yo colocado junto a la puerta mi mesa de escribir y mi lámpara, porque me sentía menos solo oyendo aquellos ligeros movimientos de vida en derredor mío. Parecíame vivir acompañado de la desconocida aparición que llenaba insensiblemente todos mis días. En una palabra: tenía en secreto todos los pensamientos, todas las oficiosidades, todos los refinamientos de la pasión antes de haber siquiera sospechado que amaba. No estaba, para mí, el amor, en tal o cual síntoma, en tal mirada, en tal confidencia, en tal circunstancia exterior, contra los cuales habría podido precaverme. Estaba, como los miasmas invisibles esparcidos por la atmósfera, en el aire que me rodeaba; en la luz; en la estación que se extinguía; en el aislamiento de mi existencia; en la proximidad misteriosa de aquella otra existencia que también parecía aislada; en aquellas largas caminatas que

no me alejaban de ella sino para hacerme sentir más la atracción inconsciente que a ella me hacía volver; en su vestido blanco vislumbrado de lejos a través de los abetos de la montaña; en sus cabellos negros, que el viento del lago destrenzaba sobre las bórdas de la barca; en sus pasos por la escalera; en la luz de su ventana; en el leve crujir del piso de abeto bajo sus pasos por la habitación; en el rasgueo de su pluma sobre el papel, cuando escribía; en el silencio mismo de aquellas largas noches de otoño que ella pasaba leyendo, escribiendo o soñando cerca de mí; en la fascinación, por último, de aquella fantástica belleza que yo había visto demasiado bien sin mirarla, y que volvía a ver, cerrando los ojos, a través del muro, como si el muro fuese transparente para mí.

A este sentimiento mío no se mezclaban, por lo demás, ningún ansia indiscreta, ninguna curiosidad por penetrar el secreto de aquella soledad, ni por franquear el frágil muro de nuestra separación, por decirlo así, voluntaria. ¿Qué me importa—me decía yo—esta mujer enferma del corazón o del cuerpo, hallada por azar en medio de las montañas de un país extranjero? Yo había sacudido—al menos lo creía—el polvo de mis pies; no quería reunirme a la vida por ningún lazo del alma y de los sentidos, y, sobre todo, por ninguna debilidad del corazón. Despreciaba profundamente el amor, porque no había conocido bajo tal nombre sino sus falsías, sus coque-

terfías, sus ligerezas o sus profanaciones, a excepción del amor de Antonia, que no era más que una hechicera puerilidad de sentimientos, una flor desprendida del tallo antes de la hora del perfume.

### VIII

Fuera de esto, ¿quién era aquella mujer? ¿Era un ser como yo, o una de esas apariciones, uno de esos meteoros vivientes que atraviesan el cielo de nuestra imaginación sin dejar en él otra cosa que un rápido deslumbramiento de los ojos? ¿Era de mi patria, o de alguna patria lejana, de alguna isla de Oriente o de los trópicos, adonde yo no podría seguirla, después de haberla adorado unos cuantos días para tener que llorarla por siempre? Y luego, ¿era su corazón libre de responder al mío? ¿Era verosímil que semejante embriagadora beldad hubiese cruzado el mundo, y llegado a una madurez casi lindante con el ocaso de la juventud, sin haber estrechado entre sus brazos a alguno de los que sus ojos habían contemplado al pasar? ¿Tenía padre, madre, hermanas, hermanos? ¿No estaría casada? ¿No habría en el universo un hombre separado de ella momentáneamente por circunstancias inexplicables, pero que vivía de su corazón, como, sin duda, ella vivía del corazón de él?

Decíame yo todo esto, a mí mismo para alejar de mí la obsesión involuntaria, desesperanzada, y, sin embargo, deliciosa. Ni siquiera pretendía informarme. Encontraba indigno de mi estoicismo querer penetrar lo desconocido. Me parecía más digno, y acaso también más dulce, dejar que mi espíritu flotase en ella.

## IX

Pero la familia del viejo doctor no tenía la misma altivez de corazón para respetar el secreto. La curiosidad natural de los huéspedes de esas casas que viven de los extranjeros interpretaba en la mesa todas las circunstancias, todas las probabilidades, todos los indicios más positivos que podía recoger respecto de la joven extranjera. Sin interrogar, y aun evitando provocar la conversación sobre ella, supe lo poco que trascendía de aquella vida oculta. En vano desviaba yo la conversación; todos los días, a la hora de comer, recaía sobre el mismo asunto: hombres, mujeres, niños, muchachas, bañistas, criados de la casa, guías de las montañas, bateleros del lago, todos, se habían sentido impresionados, conmovidos, enternecidos por ella, sin que ella hablase con ninguno. Ella era el pensamiento, el respeto, la distracción, la admiración de cada uno; hay seres así, que centellean, que deslumbran, que

todo lo arrebatan a su esfera de acción, en derredor de sí, sin pensarlo, sin quererlo, sin saberlo siquiera. Diríase que ciertas naturalezas tienen un sistema, como los astros, y hacen gravitar las miradas, las almas y los pensamientos de sus satélites sobre su propio movimiento. La belleza física o moral es un poder; la fascinación, su cadena; el amor, su emanación. Se las sigue a través de la tierra y hasta el cielo, donde se pierden jóvenes; y cuando ya no se las ve, el ojo queda como ciego de deslumbramiento. No se mira más, o ya no se ve nada. El mismo vulgo adivina a esos seres superiores en yo no sé qué señales. Los admira sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento, que presienten los rayos de la luz sin ver el Sol.

## X

De ese modo supe que la joven habitaba en París; su marido era un anciano ilustre en el último siglo, por trabajos que habían hecho época en los descubrimientos del espíritu humano. Había adoptado a esta joven extranjera, cuya belleza y carácter le interesaron, a fin de dejarle su nombre y sus bienes. Ella le amaba como a un padre; le escribía cotidianamente cartas que eran el diario de su alma y de sus impresiones. Desde hacía dos años, sufría un desfallecimiento que alar-

maba a su marido. Le habían mandado cambio de aires y viajes al Mediodía; como las dolencias del anciano le impedían seguirla, se la había confiado a una familia de sus amigos de Lausana, con la cual recorrió ella Suiza e Italia. Por fin, como el cambio de clima no bastase a reparar sus fuerzas, un médico de Ginebra, temeroso de una enfermedad del corazón, la había llevado a las aguas de Aix; debía venir por ella, para llevarla de nuevo a París, al empezar el invierno. He ahí todo cuanto supe entonces de aquella existencia, ya tan querida, mientras me obstinaba en creer que cada detalle me era profundamente indiferente. Experimenté un poco más de enternecimiento del corazón por aquella encantadora belleza de mujer herida en flor por una enfermedad que no consume la vida, sino aguzando sus sensaciones y avivando más la llama que amenaza extinguir. Al encontrar a la joven en la escalera, busqué con mis ojos algunas líneas imperceptibles de sufrimiento en las comisuras de sus labios, un poco pálidos, y alrededor de sus bellos ojos azules, a menudo castigados por los insomnios. Me interesé por sus encantos, me interesé más por aquella sombra de muerte a través de la cual creía verla como un fantasma de la noche más que como una realidad. Eso fué todo. Nuestras vidas continuaron corriendo, tan próximas por el espacio, pero tan separadas por lo desconocido como antes.

## XI

Cuando las primeras nieves comenzaron a blanquear las cabezas de los abetos en las altas cimas de Saboya, renuncié a mis expediciones por las montañas. El calor dulce y prolongado de fin de octubre se había concentrado en la concavidad del valle. Todavía era tibio el aire en las orillas y en las aguas del lago. La larga calle de álamos que conduce a él tenía al mediodía fulgores de sol, balanceos de ramajes y murmullos de copas que me encantaban. Parte del día lo pasaba en el agua. Los bateleros me conocían. Todavía recuerdan, se me dice, las largas navegaciones que los obligaba a hacer por los golfos más apartados y las ensenadas más salvajes de las dos orillas de Francia y Saboya. La joven extranjera se embarcaba también algunas veces, al mediar el día, para excursiones menos prolongadas. Los bateleros, orgullosos de conducirla, y atentos al menor síntoma de frescor, de nube o de viento que pudiese aparecer en el cielo, tenían buen cuidado de prevenirla; preferían su salud y su vida al salario de los días perdidos. Sólo una vez se equivocaron. Le había prometido una travesía y un retorno fáciles para ir a visitar las ruinas de la abadía de Haute-Combe, situada en la orilla opuesta. Apenas habían

franqueado dos tercios de la distancia, una ráfaga de viento que salió de las estrechas gargantas del valle del Ródano vino a alzar breves olas espumantes, como una brisa que los marinos llaman allí escopetazo, que azota de pronto, y frecuentemente hace zozobrar las embarcaciones al volver un cabo. El bote, sin la vela, que se había llevado el viento, y difícilmente sostenido por el balancín de los dos remos del batelero, danzaba como una cáscara de nuez sobre las olas, cada vez más grandes. La vuelta era imposible, y hacía falta más de media hora de fatiga y peligro para buscar abrigo bajo los altos cantiles de Haute-Combe. La suerte o el destino de mi alma, que dirigían aquel día mi vela indecisa por el lago, me habían hecho embarcar en una lancha más fuerte, tripulada por cuatro vigorosos remeros. Iba a visitar, en una isla al fondo del lago, a un pariente de mi amigo de Chambery, llamado monsieur De Châtillon, el cual tenía un castillo sobre una peña en la cumbre de la isla. Ya estábamos a unos pasos del puerto de Châtillon, cuando mis ojos, que seguían maquinalmente a lo lejos al barco de la joven enferma, advirtieron su angustia y la peligrosa lucha que sostenían contra el huracán. Mis remeros y yo viramos de bordo, con un deseo unánime. Nos lanzamos en pleno lago y en plena tempestad para volar en socorro del barco, que iba a perderse y que a menudo desaparecía bajo un horizonte hirviente de espuma. Larga y terrible

fué la ansiedad de mi alma durante la hora que empleamos en atravesar así casi toda la anchura del lago y en acercarnos al bote en peligro. Cuando por fin le alcanzamos, ya tocaba a la orilla. Vimos que una larga ola le arrojaba en seguridad sobre la arena al pie de las ruinas de la abadía.

Lanzamos un grito de alegría. Nos precipitamos a porfía al agua para llegar más pronto al bote y llevar a la orilla a la enferma. El pobre batelero, consternado, nos llamaba en su ayuda con gestos de aflicción y gritos acongojados. Con la mano nos mostraba el fondo de su barca, que todavía no podíamos divisar. Al llegar, vimos a la joven enferma tendida y desmayada en el fondo de la barca; las piernas, el cuerpo, los brazos, recubiertos de agua helada y de copos de espuma. Solamente emergían del agua el busto y la cabeza, como la de una muerta, apoyada sobre el cofrecillo de madera que sirve para guardar a popa las redes y las provisiones de los barqueros. Sus cabellos flotaban en derredor del cuello y los hombros, como la alas de un ave negra medio sumergida en la orilla de un estanque. Su rostro, cuyos colores no se habían disipado del todo, tenía la calma del más tranquilo sueño. Era esa belleza sobrenatural que deja el último suspiro en la cara de las jóvenes muertas, como el más bello reflejo de la vida sobre la frente de donde se ha retirado, o como el primer crepúsculo de la inmortalidad sobre las facciones que quiere divinizar en la memoria de los supervivientes.

Nunca la había yo visto, ni la volví a ver, tan divinamente transfigurada. ¿Es que la muerte era el día de aquella celeste figura? ¿O quiso Dios darme en aquella primera y solemne impresión el presentimiento y la imagen de la forma inmutable bajo la cual estaba yo destinado a sepultar aquella belleza en mi memoria y a seguir viéndola e invocándola para siempre?...

Nos lanzamos a la barca para levantar a la moribunda de su lecho de espumas y llevarla más allá de las rocas. Puse la mano sobre su corazón como la habría puesto sobre un globo de mármol. Acercué el oído a sus labios como lo habría acercado a los labios de un niño dormido. El corazón latía con irregularidad, pero fuertemente; el aliento era sensible y tibio; comprendí que se trataba sólo de un largo desvanecimiento, consecuencia del terror y de la frialdad del agua. Un barquero la alzó por los pies; yo la cogí por los hombros y la cabeza, que pesaba sobre mi pecho. La llevamos así, sin que diese señal de vida, hasta una casita de pescadores sobre la roca de Haute-Combe. La cabaña solía servir de albergue a los bateleros cuando llevaban curiosos a las ruinas. Consistía sólo en una sala estrecha, oscura, ahumada, amueblada con una mesa cargada de pan, queso y botellas. Una escalera de mano que arrancaba del pie de la chimenea subía a un pequeño desván, alumbrado por un tragaluz sin cristales. que daba al lago. Ocupaban casi todo el ámbito tres lechos que se cerraban con puertas de madera, como profundos armarios. Allí

dormía la familia. La madre y dos muchachas de la casa, a quienes entregamos la joven desmayada, retirándonos por decencia afuera de la puerta. La tendieron sobre un colchón cerca de la chimenea, encendieron un grato fuego de paja y retama, le desabrocharon, le quitaron las ropas para ponerlas a secar, y enjugaron sus miembros y sus cabellos, que chorreaban agua del mar; luego la llevaron, siempre desvanecida, a uno de los lechos de la estancia, que habían vestido de blancos lienzos, calentados con las piedras del hogar, según la costumbre de aquellas montañas. En vano intentaron hacerle tragar unas gotas de vinagre y vino para volverla a la vida. Viendo todos sus cuidados perdidos y la inutilidad de sus esfuerzos, prorrumpieron en gritos y sollozos que nos atrajeron de nuevo a la casa. “¡La señorita está muerta! ¡La señora ha acabado! ¡No nos queda más que llorar y buscar un sacerdote!”—exclamaban. Los bateleros, consternados, se unían a las mujeres y redoblaban el horror de aquellas lamentaciones. Me lancé a la escalera, entré en la habitación, me incliné sobre el lecho, todavía iluminado por el crepúsculo; le toqué la frente, que abrasaba; percibí el movimiento débil, pero regular, de la respiración, que levantaba y abatía alternativamente sobre el pecho el lienzo de grueso cáñamo crudo; hice callar a las mujeres, y dando un escudo a uno de los más jóvenes barqueros, le mandé que fuese en busca de un médico. Había uno, me dijeron, a dos leguas de Haute-Combe, en una aldea situada sobre una de

las mesetas del monte del Gato. El barquero marchó a escape. Los otros se sentaron a la mesa, tranquilizados por la certidumbre de que la señora no estaba muerta. Las mujeres iban y venían del dormitorio a la sala y de la cueva al gallinero para preparar la cena. Yo permanecí sentado en un saco de harina de maíz, a los pies del lecho, con las manos cruzadas sobre las rodillas, fijos los ojos en el rostro inmóvil y en los párpados cerrados de la extranjera. Ya era de noche. Una de las jóvenes había cerrado el postigo de la claraboya y colgado de la pared un candil con pico de cobre. Su resplandor caía sobre las sábanas y el rostro dormido, como el de los cirios, sobre un sudario. ¡Ay! ¡Luego he velado yo así otros rostros que no despertaron!...

## XII

Nunca, tal vez, la mirada y el alma de un joven se abismaron durante tan largas horas en tan intensa y extraña contemplación. Suspenso entre la muerte y el amor, yo era incapaz de comprender si la angélica imagen dormida bajo mis ojos era un dolor eterno o una eterna adoración que aquella noche me preparaba en su misterio, o que la mañana iba a entregarme con el despertar en la vida. Los espasmos del sueño, que no eran bastantes fuertes para reanimarla, habían desviado el lienzo, dejando descubierto un hombro. Sus cabellos se arrollaban sobre él en gruesos anillos, ne-

gros y espesos. Su cuello, apoyado en la almohada, se doblaba al peso de la cabeza, que caía hacia atrás, un poco inclinada sobre la mejilla izquierda; un brazo, desembarazado de coberturas, pasaba bajo su cuello y dejaba ver sólo la desnudez de un codo del marfil, que se destacaba del color gris de la camisa de basto lienzo que las aldeanas le habían vestido. En uno de los dedos de la mano, hundidos en los cabellos, se veía brillar una fina sortija de oro con una chispa de rubí, donde la luz del candil reverberaba. Las muchachas de la casa se habían acostado, vestidas, en el suelo. La madre dormitaba en una silla de madera, con la cabeza apoyada en el respaldo. Cuando cantó el gallo en el corral, salieron las mujeres con los zapatos en la mano, y bajaron sin ruido la escalera para marchar al trabajo. Quedé solo.

Los primeros fulgores del crepúsculo matutino empezaron a filtrarse, casi insensibles, por los intersticios del postigo de la claraboya. Le abrí, esperando que el aire fresco, matinal y balsámico del lago y de las montañas, y acaso también el primer rayo del Sol, influirían, con el despertar general de la Naturaleza, en aquella vida que yo ya habría querido reanimar a costa de mi propio soplo vital. Un aire fresco y casi glacial llenó la estancia y sopló el candil medio consumido. Pero la enferma siguió sin movimiento. Oí a las pobres mujeres que rezaban juntas abajo, antes de emprender su jornada. La idea de rezar también me vino al corazón, como a toda alma que se sien-

te en la extremidad de sus fuerzas y necesita que una fuerza misteriosa y más que humana se sobreañada a la impotente tensión de sus deseos. Me arrodillé en el suelo, juntas las manos sobre el borde del lecho, las miradas fijas en el rostro de la joven. Imploré largamente, ardientemente, hasta verter lágrimas, que acabaron por inundar mis ojos y ocultarme la imagen de aquella cuyo despertar pedía yo tan apasionadamente. Así habría pasado sin advertir la duración del tiempo y sin sentir el dolor de mis rodillas sobre la piedra: tan absorbida estaba mi alma por una sola sensación y una sola voluntad. De pronto, al pasarme maquinalmente la mano por los ojos para enjugarlos, sentí una mano que tocaba la mía y caía dulcemente sobre mi cabeza como para separar mis cabellos, desvelar mi cara y bendecirme. Di un grito; miré; vi que los ojos de la enferma se reabrían; que su boca respiraba sonriente; vi un brazo tendido hacia mí para coger mi mano y escuché estas palabras: "¡Oh Dios mío! ¡Gracias! ¡Ya tengo un hermano!"

### XIII

El fresco de la montaña la había despertado mientras yo rezaba al borde de su lecho con el rostro cubierto por mis cabellos y mis lágrimas. Tuvo tiempo de ver el fervor de mi compasión en el fervor de mi plegaria. Tuvo también la

reflexión suficiente para reconocermé a la luz del día, que ya entraba en la estancia con toda su fuerza. Desvanecida en el aislamiento y la indiferencia, se recobraba en la piedad, en el interés, y acaso en el amor, de un compasivo desconocido. Privada de todo parentesco espiritual en la flor de su vida, súbitamente hallaba junto a sí la imagen, la actividad, los desvelos, la oración, las lágrimas de un joven hermano, y este nombre se escapaba de su corazón y de sus labios cuando volvía a percibir juntamente el sentimiento de aquella dicha con la sensación de vivir.

“¿Un hermano? ¡Oh no, señora!—le respondí cogiendo la mano que me tendía y apartándola con respeto de mi frente, como si no hubiese sido digno de que ella me tocara—. ¿Un hermano? ¡Oh, no; un esclavo, una sombra viviente de vuestros pasos, que no pide por bendición al cielo y como felicidad a la tierra más que el derecho de recordar esta noche y de recordar por siempre la imagen de esta aparición sobrehumana que le ha hecho desear seguirla hasta la muerte y es lo único que podría hacerle soportar esta vida!” Según estas palabras, embarazadas y vacilantes, iban saliendo de mis labios a media voz, los tintes rosa de la vida volvían a sus mejillas; triste sonrisa se extendía en derredor de su boca, como una obstinada incredulidad en la dicha; sus ojos, levantados hacia el techo de la cama, parecían escuchar con la mirada las pa'abras que

respondían a sus pensamientos. Jamás la transición de la muerte a la vida, y de un sueño a una realidad, fué tan rápida y visible en un rostro. Asombro, languidez, enajenamiento, sosiego, melancolía y regocijo, timidez y abandono, gratitud y reserva, todo se reflejó a la vez en sus facciones, refrescadas por el despertar, coloreadas por la juventud. Su irradiación esclarecía la sombría alcoba tanto como el resplandor de la mañana. Hubo más palabras, más revelaciones, más confidencias, más infinito en aquella cara y en aquel silencio que en millones de palabras. El rostro humano es la lengua de los ojos; la fisonomía, en la juventud, es un teclado que la pasión recorre de una ojeada. Por ella se transmiten de alma a alma misterios de intimidad muda que no son traducibles a ningún lenguaje de la tierra. También mi fisonomía revelaba, sin duda, un amigo a la mirada que se posaba con tanta avidez en sus facciones. Mis ropas, todavía húmedas; los mechones castaños de mis largos cabellos, mil veces revueltos durante la noche por mis manos; mi cuello, con la corbata floja y desanudada; mis ojos, enrojecidos por la vigilia; mi tez pálida por el insomnio y la emoción; el entusiasmo con que me inclinaba ante aquella santidad de la belleza doliente; la inquietud, la emoción, la alegría, la sorpresa; la semiluz de aquella estancia desnuda, en medio de la cual permanecía yo en pie, sin atreverme a dar un paso, cual si hubiese temido deshacer el encanto de tan

divino sueño; los primeros rayos del Sol, en fin, que pasaban por la claraboya y venían a deslumbrar mis ojos rielando en las lágrimas mal enjugadas, todo debía de dar a mi figura una potencia de expresión y una transparencia de ternura, que ella, sin duda, no volvería a encontrar en el curso de una larga vida. No pudiendo ya soportar el contragolpe de aquellas emociones ni la congoja interior de aquel silencio, llamé a las mujeres. Subieron. Pronunciaron en gritos de sorpresa al ver aquella resurrección que les parecía un milagro. En el mismo instante entró el médico que yo había mandado buscar la víspera. Recomendó reposo y algunas infusiones de plantas de aquellas montañas, que calman los sobresaltos del corazón. Nos tranquilizó a todos diciendo que se trataba de una enfermedad de las mujeres jóvenes, que suele mejorarse con los años; que no era sino un exceso de sensibilidad que hacía asemejarse a la muerte la superabundancia de vida; pero que nunca era la muerte, a menos que las penas interiores viniesen a agravarla con causas morales y a cambiar la melancolía habitual en incurable dificultad de vivir. Mientras las mujeres buscaban en los prados las hierbas indicadas por el médico, y las lavanderas repasaban y calentaban con la plancha las ropas mojadas de la enferma, en la sala baja, salí de la casa y me fuí a recorrer solo las ruinas de la antigua abadía.

## XIV

Pero estaba mi corazón demasiado lleno de sus propias impresiones para que pudiesen interesarle aquellas soledades. El ascetismo y el entusiasmo de los primeros monasterios vinieron a convertirse en una profesión. Más tarde, las vidas sin lazos de fraternidad ni utilidad para el mundo se evaporaron en los claustros y no dejaron trazas ni lamentaciones sobre las tumbas. Sólo admiraba yo la prontitud con que la Naturaleza se apodera de los lugares vacíos y las moradas abandonadas por el hombre, y cuán superior es su arquitectura viviente de arbustos que arraigan en los cimientos, zarzas, hienbas flotantes, alhelíes colgantes, plantas trepadoras que tienden su tupido manto sobre las brechas de los muros, a la fría simetría de las piedras y a la decoración muerta del cincel de los hombres. Había más sol, más perfumes, más murmurios, más santas salmodias de los vientos, de las aguas, de los pájaros, de los ecos sonoros del lago y de los bosques entre las columnas ruinosas, en las naves desmanteladas y bajo las bóvedas desgarradas, que antaño fulgores de cirio, vapor de incienso y cantos monótonos en las procesiones que las poblaban día y noche. La Naturaleza es el gran sacerdote, el gran decorador, el gran poeta sacro y el gran músico de Dios. El nido de golon-

drinas donde los pequeñuelos llaman y saludan al padre y a la madre bajo la cornisa desportillada de un viejo templo; los suspiros del viento del mar, que parecen llevar a los claustros despoblados de la montaña las palpitaciones de la vela, los gemidos de la ola y las últimas notas del canto de los pescadores; las emanaciones embalsamadas que cruzan la nave a veces; las flores que se deshojan y cuyos estambres llueven sobre los sepulcros; la ondulación de los lienzos de verdura que tapizan los muros; el eco sonoro del paso del visitante por los subterráneos donde duermen los muertos, todo esto es tan piadoso, tan recogido, tan infinito de impresiones como lo era antes el monasterio en todo su sagrado esplendor. Sólo hay de menos los hombres, con sus miserables pasiones humilladas por la angostura del recinto en que las habían confinado, pero no sepultado; pero hay de más un Dios nunca tan visible y perceptible como en la Naturaleza; Dios, cuyo esplendor sin sombra parece devolver a esas tumbas el espíritu con los rayos de sol y la vista del firmamento, que las bóvedas no interceptan ya.

## XV

Yo no era entonces bastante dueño de mis pensamientos para darme cuenta de estas vagas reflexiones. Era como un hombre a quien se acaba de descargar de un enorme peso y respira

a pleno pulmón estirando sus músculos contraídos y yendo de un lado a otro, como si quisiera devorar el espacio y encerrar en su pecho todo el aire del cielo. El peso de que yo acababa de librarme era mi propio corazón. Me parecía que, dándole, había conquistado por primera vez la plenitud de la vida. Tan creado está el hombre para el amor, que no se siente hombre hasta el día que tiene conciencia de amar plenamente. Hasta entonces, busca, se inquieta, se agita, errante en sus pensamientos. Desde ese momento se detiene, reposa; ha llegado al fondo de su destino.

Me senté en el parapeto, tapizado de yedra, de una inmensa y alta terraza que dominaba entonces el lago, con las piernas pendientes sobre el abismo, los ojos errabundos por la inmensidad luminosa de las aguas, que se fundía con la ruminosa inmensidad del cielo. De tal modo se confundían los dos azules en la línea del horizonte, que yo no habría podido decir dónde comenzaba el cielo ni dónde acababa el lago. Parecíame estar nadando en el puro éter y abismarme en el océano universal. Pero la interior alegría en que yo nadaba era mil veces más infinita, más luminosa y más inconmensurable que la atmósfera con la cual me confundía de aquel modo. Me habría sido imposible definirme a mí mismo aquella alegría, o, más bien, aquella interior serenidad. Era como un secreto insondable que se hubiese revelado en mí por sensaciones y no por palabras; algo pa-

recido, sin duda, a la sensación del ojo que entra en la luz después de las tinieblas, o de un alma mística que cree poseer a Dios. Una luz, un deslumbramiento, una embriaguez sin vértigo, una paz sin postración y sin inmovilidad. Habría vivido en aquel estado tantos millares de años como el lago llevaba tendiendo sus olas sobre la arena de la playa, sin darme cuenta de haber vivido más segundos de los que consumía cada una de mis respiraciones. Así debe de ser la cesación de la duración del tiempo para los inmortales en el cielo: ¡un pensamiento inmutable en la eternidad de un momento!...

## XVI

Esta sensación no tenía nada de preciso, de articulado ni de definido en mí. Era demasiado completa para ser medida, demasiado una para ser divisible por el pensamiento ni aun analizada por la reflexión. No era la belleza sobrenatural de la criatura que yo adoraba, porque todavía se extendía sobre su beldad y mis ojos la sombra de la muerte; ni el orgullo de ser amado por ella, porque yo ignoraba si para ella era algo más que un sueño de la mañana en sus ojos; ni la esperanza de poseer sus encantos, porque mi respeto estaba mil veces por encima de esas viles satisfacciones de los sentidos, y a ellas no podía rebajarme ni con el pensamiento; ni la vanidad,

satisfecha de una conquista ostentable, porque esa fría vanidad no se ha acercado nunca a mi alma, y yo no tenía en aquel desierto nadie ante quien profanar mi amor desvelándole para alabarme de él; ni la esperanza de encadenar su destino al mío, porque sabía que ella pertenecía a otro; ni la certidumbre de verla y de seguir sus pasos, porque yo tampoco era libre, y a los pocos días el destino iba a separarnos; ni, en fin, la seguridad de ser amado, porque yo lo desconocía todo en su corazón, exceptuados el gesto y las palabras de reconocimiento que me había dirigido.

Era otra cosa: un sentimiento desinteresado, puro, tranquilo, inmaterial; la satisfacción de haber encontrado al fin el objeto, siempre buscado y no hallado nunca, de aquella adoración, dolorosa por falta de ídolo; de aquel culto, inquieto y vago por falta de divinidad a quien rendírsele, en que el alma se atormenta por la suprema belleza, hasta que llegamos a entrever su objeto y el alma se une a él como el acero al imán, o en él se confunde y se disuelve como el soplo de la respiración en las ondas del aire respirable.

Y, cosa extraña: yo no sentía ansia de volverla a ver, de oír su voz, de acercarme y hablar en libertad a quien era ya todo mi pensamiento y toda mi vida. La había visto y la llevaba en mí; nada, en lo sucesivo, podía privar a mi alma de esta posesión; de cerca, de lejos, ausente o presente, yo la contenía en mí mismo; todo lo demás me era indiferente. El amor completo es

paciente, porque es absoluto y se siente eterno. Para arrancármele habría habido que arrancarme el corazón. Yo sentía aquella imagen tan mía como la luz es de los ojos una vez que la han mirado, como el aire es del pecho cuando le hemos respirado, como el pensamiento es del alma cuando ella le ha concebido. Yo retaba al mismo Dios a arrebatarme ya aquella aparición de mis deseos. La había visto y era bastante; para la contemplación, ver es gozar. Casi no me importaba que me amase o que pasara ante mis ojos sin advertirme. Su resplandor me había cegado y yo quedaba envuelto en sus rayos. Ni ella podía retirarlos de mí, como el Sol no puede recoger la luz con que ha inundado a la Naturaleza. Me parecía que no volvería a haber noche ni frío en mi corazón, aunque viviese un millar de años, porque ella luciría siempre como lucía en aquel momento.

## XVII

Esta convicción daba a mi amor la seguridad de lo inmutable, la calma de la certidumbre, la plenitud de lo infinito, la desbordante embriaguez de una alegría que no se amortiguaría jamás. Dejaba pasar las horas sin contarlas, convencido de que ante mí había horas sin fin. Cada una de ellas mantendría en mí eternamente aquella presencia interior. ¡Podía separarme durante

un siglo de aquel ser sin que el siglo entero disminuyera en un solo día la eternidad de mi amor! Iba, venía, me sentaba, me levantaba, corría, acertaba mis pasos; andaba sin tocar la tierra con los pies, como esos fantasmas de aérea naturaleza impalpable que se elevan y se deslizan sin posarse sobre el suelo. Abría los brazos al aire, al lago, a la luz, como si hubiese querido estrechar a la Naturaleza contra mi pecho y darle gracias por haberse encarnado y animado para mí en un ser que reunía a mis ojos todos sus misterios, todo su esplendor, toda su vida, toda su embriaguez. Caía de rodillas sobre las piedras o sobre las zarzas de las ruinas sin sentirlas, al borde de los precipicios sin verlos. Lanzaba gritos inarticulados que se perdían en el ruido de las olas resonantes. Clavaba en el cielo miradas bastante prolongadas y penetrantes para descubrir al mismo Dios y asociarle, en el himno de mi gratitud, al éxtasis de mi felicidad. Yo no era un hombre, sino un himno viviente que gritaba, cantaba, oraba, invocaba, agradecía, adoraba, se desbordaba en efusiones sin palabras; un corazón ebrio, un alma loca que agitaba y paseaba al borde de los abismos a un cuerpo que ya no sentía su materialidad, que ya no creía en el tiempo, ni en el espacio, ni en la muerte. ¡Como que la vida del amor que acababa de surgir en mí me daba el sentimiento, el goce anticipado y la plenitud de la inmortalidad!...

## XVIII

No advertí la fuga de las horas hasta que el sol del mediodía alcanzó la cima de las murallas abadiales. Bajé a saltos, a través del bosque, de roca en roca, de tronco de árbol en tronco de árbol. Me latía el corazón hasta hender el pecho. Al acercarme al pobre albergue, vi, en un prado que descendía de la trasera de la casa, a la joven enferma, sentada en unas peñas que los habitantes de aquel desierto habían adosado al pie de un muro, dando cara al Mediodía. Su blanco vestido brillaba al sol sobre el verde del prado. Una pila de heno daba sombra a su cara. Leía un librito, abierto sobre las rodillas. A ratos dejaba la lectura para jugar con los niños montañeses, que venían a regalarle flores y castañas. Al divisarme, quiso ponerse en pie para salirme al encuentro. Aquella demostración me dió valor para acercarme a ella. Me recibió ruborizándose y con un temblor de labios que no se escapó a mis ojos, y redobló mi timidez. Lo extraño de nuestra situación nos embarazaba de tal modo, que permanecimos buen rato sin encontrar nada que decirnos. Por fin, me hizo un gesto vago, apenas inteligible, para invitarme a que me sentara al pie de la muela de heno, no lejos de ella. Me figuré que me esperaba y me habría guardado el sitio. Me senté respetuosamente, algo alejado. Seguíamos en si-

lencio. Visiblemente buscábamos ambos, sin encontrarlas, esas vulgares palabras que suelen cambiarse como moneda falsa de la conversación y sirven para ocultar los pensamientos en vez de revelarlos; tan temerosos de decir demasiado como de no decir bastante, reteníamos el alma en los labios. Continuamos mudos, y este silencio aumentaba nuestro rubor. Por fin, alzando a un tiempo nuestras miradas y penetrando cada una en el fondo de la otra, yo vi en la suya tantos abismos de sensibilidad, y ella vió sin duda tanto ímpetu reprimido, tanta inocencia y tanta profundidad en la mía, que ya no pudimos separarlas de nuestros rostros; y sintiendo que nos subían lágrimas del corazón, instintivamente nos llevamos las manos a los ojos, como para velar en ellos nuestros pensamientos.

No sé cuántos minutos permanecemos así. Al cabo, con trémula voz, pero con un poco de esfuerzo e impaciencia en el acento:

—Me habéis dedicado vuestras lágrimas—dijo—; os he llamado hermano; me habéis adoptado como hermana, ¿y no nos atrevemos a hablarnos? ¡Una lágrima!—prosiguió—. ¡Una lágrima desinteresada de un corazón desconocido es más de lo que vale mi vida! ¡Y más de lo que ha valido nunca!

Luego, con ligera inflexión de reproche:

—¿Es que yo he vuelto a seros extraña desde que no necesito vuestros cuidados? ¡Oh! Por mi parte—añadió con un tono de resolución y seguridad—, no sé de vos más que vuestro nombre y

vuestro rostro; pero conozco vuestra alma. ¡Un siglo no me haría aprender más!

—Y yo, señora—dije balbuciente—, querría no saber nunca lo que hace de vos un ser que vive nuestra vida, atado por los mismos lazos que nosotros a este triste mundo; no necesito saber más que una cosa: ¡que habéis pasado por él, que me habéis permitido miraros de lejos y recordaros siempre!

—¡Oh! No os engañéis así—repuso—. No veáis en mí una ilusión divinizada. ¡Sufriría yo demasiado el día en que esa quimera se desvaneciese! No veáis en mí sino lo que soy: una pobre mujer que se muere en el desaliento y en la soledad de su agonía y que nada ha de llevarse de la tierra tan divino como un poco de piedad. Ya lo veréis cuando os diga quién soy—prosiguió—; pero antes decidme sólo una cosa que me inquieta desde el día en que os vi en el jardín. ¿Por qué, siendo tan joven y de fisonomía tan dulce, estáis tan triste y tan solo? ¿Por qué os alejáis siempre de la presencia y del trato de los huéspedes de casa para discurrir por los sitios poco frecuentados de las montañas o del lago o para encerraros en vuestra habitación? Se dice que tenéis luz hasta muy avanzada la noche. ¿Guardáis en el corazón un secreto que sólo confiáis a la soledad?

Esperaba con visible ansiedad, caídos los párpados para ocultar la impresión que mi respuesta hiciese en su espíritu.

—Mi secreto—le dije—consiste en no tener nin-

guno; en sentir el peso de un corazón que ningún entusiasmo aliviaba hasta ahora; en que, habiendo querido muchas veces darle a sentimientos incompletos, me he visto siempre obligado a recogerle lleno de amarguras o sinsabores que, siendo tan joven y sensible, me han quitado para siempre el deseo de amar.

Entonces le referí, como lo habría hecho ante Dios mismo, sin disimular nada, todo lo que podía interesarla de mi vida: mi nacimiento en condición modesta y pobre; mi padre, militar chapado a la antigua; mi madre, mujer de exquisita sensibilidad, cultivada en su juventud por la elegancia de las letras; mis hermanitos, jóvenes de piadosa y angelical sencillez; mi educación por la Naturaleza entre los niños montañeses de mi país; mis estudios fáciles y apasionados; mi ociosidad forzosa; mis viajes; el primer estremecimiento importante de mi corazón por la hija de un pescador de Nápoles; mis malas compañías al regresar a París; las ligerezas, los desórdenes, la vergüenza de mí mismo a que aquellas relaciones me llevaron; mi amor fervoroso a la milicia, apagado por la paz en el momento en que yo entraba en el ejército; mi salida del regimiento; mis expediciones sin causa; mi regreso, sin esperanza, a la casa materna; la melancolía que me devoraba; el deseo de morir; el desencanto de todo, y, en fin, el desmayo físico, resultado de la fatiga espiritual, que bajo los cabellos, las facciones y la aparente frescura de los veinticua-

tro años, ocultaba la precoz senilidad del alma y el despego de la tierra de un hombre maduro y abrumado de días.

Al insistir sobre estas arideces, estas contradicciones y estos desalientos de mi vida, gozaba yo interiormente, porque ya no los sentía. Una sola mirada me había renovado por entero. Hablaba de mí mismo como de un ser que murió; en mí había nacido un hombre nuevo.

Cuando acabé, alcé mis ojos a ella como si me hallase ante un juez. Estaba trémula y pálida de emoción.

—¡Dios mío—exclamó—, cómo me habéis hecho temblar!

—¿Por qué?—le dije.

—Porque si no hubieseis estado aislado y sin ventura en la tierra, habría una armonía menos entre nosotros. ¡Vos no habríais sentido la necesidad de compadecer a alguien, y yo habría llegado a morir sin vislumbrar la sombra de mi alma más que en el espejo donde se reflejaba mi fría imagen!... Si cambiamos el sexo y las circunstancias—prosiguió—, la historia de vuestra vida es la de mi propia vida. Sólo que la vuestra empieza, y la mía...

No la dejé acabar:

—¡No, no!—exclamé sordamente, pegando mis labios a sus pies y enlazándolos convulsivamente con mis brazos como para sujetarla a la tierra—. ¡No, no acabaré tampoco la vuestra; y si acabase, lo presiento, acabaría para los dos!...

Temblé por lo que había hecho y por el grito que involuntariamente había dejado escapar, y no me atrevía a alzar el rostro del trozo de tierra de donde ella había retirado los pies.

—¡Levantaos—me dijo con voz grave, pero sin cólera—; no adoréis un polvo que es mil veces más polvo que ese con que mancháis vuestro hermoso cabello, y que se aventará más rápido y más impalpable al primer soplo de otoño! No os forjéis ilusiones sobre la pobre criatura que tenéis ante los ojos. No es más que la sombra de la juventud, la sombra de la belleza, la sombra del amor que un día tal vez sintáis e inspiréis cuando esta sombra lleve mucho tiempo desvanecida. Guardad vuestro corazón para los que han de vivir, y no deis a la muerte sino lo que se da a los agonizantes: una dulce mano para sostenerlos en el último trance de la vida y una lágrima para llorarlos...

El acento grave, meditabundo y resignado con que pronunció estas palabras me hizo temblar hasta el fondo del corazón. Sin embargo, al alzar los ojos a ella, al ver cómo las luces coloreadas del sol poniente iluminaban aquel rostro en que la juventud de los trazos y la serenidad de la expresión resplandecían más a cada instante, como si un nuevo sol se levantase en su corazón, no pude creer que la muerte se ocultara tras de signos tan fulgurantes de vida. Pero, además, ¿qué podía importarme? Si aquella angélica aparición era la muerte, ¡a la muerta adoraba yo!

¿Acaso el amor inmenso que enteramente me invadía sería aquéllo y no más? ¿No sería, acaso, que Dios me mostraba un fulgor próximo a extinguirse sobre la tierra para que yo, siguiendo la huella de sus rayos, le siguiese a la tumbá y al cielo?

—No soñéis de ese modo— me dijo—; escuchadme—y no lo dijo con el acento de una amante que simula serenidad, sino con el tono de una madre, joven todavía, o de una hermana mayor y más sensata que hablan razonablemente a un hermano o un hijo—: No quiero que os aferréis a una vana apariencia, a una ilusión, a un sueño: quiero que sepáis a quién entregáis un alma que yo no podría detentar sino engañándola. La mentira ha sido siempre para mí tan odiosa e imposible, que no querría ni aun la suprema felicidad del cielo si fuese necesario engañarle para entrar en él. La dicha hurtada no sería para mí dicha, sino remordimiento.

Tenía, al hablar así, tal candor en los labios, tal sinceridad en el acento, tal limpidez en los ojos, que creía ver a la inmortal verdad sentada, bajo aquella forma pura, frente al sol, abriendo su voz á los oídos, su mirada a los ojos, su alma al corazón. Me recliné sobre la pila de heno, a sus pies; apoyé el codo en tierra y la cabeza en la palma de la mano derecha, y clavé la mirada en sus labios, para no perder una inflexión, un movimiento ni un suspiro.

## XIX

^Nací—dijo—cerca del país donde el poeta soñó la patria de Virginia, en una isla del trópico. Debéis verlo en el color de mis cabellos, en mi tez, más pálida que la de las mujeres de Europa; debéis percibirlo en el acento, que nunca he podido borrar de mis labios. En el fondo, me gusta conservar este acento, porque es el único recuerdo que he guardado del cielo de mi infancia; me recuerda no sé qué eco lastimero que canta en las brisas del mar, a las horas ardientes, bajo los cocoteros. Debéis verlo, sobre todo en esta incorregible indolencia de mis actitudes y de mis pasos, tan diferente de la vivacidad de las francesas, y que revela en el alma de las criollas abandono y un natural algo salvaje, incapaz de fingir nada ni de ocultar nada.

"El nombre de mi familia es de \*\*\*. Julia es el mío. Mi madre pereció en el naufragio de una lancha, al huir de Santo Domingo, cuando la manzanza de blancos. Una ola me arrojó a la orilla. Allí fuí encontrada y amamantada por una negra, que me devolvió a mi padre algunos años después. Despojado, proscrito, enfermo, mi padre me llevó a Francia, cuando yo tenía seis años, con una hermana mía mayor que yo. Murió poco después de su regreso, en casa de unos parientes pobres de Bretaña que nos habían recogido.

Allí recibí una educación adoptiva hasta la muerte de la segunda madre que me había dado el destierro. Tenía doce años cuando el Gobierno se encargó de proveer a mi vida en calidad de huérfana de un criollo que había prestado servicios a la patria. Fuí educada con todo el esplendor del lujo y entre las selectas amistades de esas casas suntuosas en que el Estado recoge a las hijas de los ciudadanos muertos por la nación. Allí crecí en edad, en talentos precoces, y, según decían, en lo que entonces se llamaba belleza: gracia grave y triste, que no era sino la flor de una planta tropical que se abría, por unos días, bajo un cielo extraño. Pero aquella beldad y aquellos inútiles talentos no tenían ojos ni cariños que alegrar fuera del recinto en que me veía encerrada. Mis compañeras, con las cuales había yo sellado esas amistades de la infancia que llegan a ser como parentescos de corazón, iban yéndose una a una para volver a casa de sus padres o seguir a sus maridos. Yo no tenía madre que me llamase. Ningún pariente venía a visitarme. Ningún joven oía hablar de mí en sociedad ni me pedía en matrimonio. Yo estaba triste por la marcha sucesiva de mis amigas; triste por el abandono del mundo entero y por aquella eterna viudez del corazón antes de haber amado. Con frecuencia lloraba en secreto. En mi interior, culpaba a la negra de no haberme dejado sepultar en las olas de mi primera patria, menos crueles que las del mundo en que me veía arrojada.

"Un hombre célebre y de edad venía de cuando en cuando a visitar la casa de educación nacional\* y a informarse de los progresos que hacían las alumnas en las ciencias y en las artes enseñadas por los mejores maestros de la capital; siempre me presentaban a él como el más cumplido modelo de la educación que se daba a las huérfanas. Me trataba, desde mi infancia, con singularísima predilección.

"¡Cuánto me pesa—decía en ocasiones, bastante alto para que yo lo oyese—no tener un hijo!

"Un día me llamaron al salón de la superiora. Allí encontré al ilustre anciano, que me esperaba. Parecía no menos intimidado que yo.

"Señorita—me dijo—, al fin, los años corren para todo el mundo: largos para vos, cortos para mí. Hoy tenéis diez y siete años. Dentro de unos meses alcanzaréis la edad en que esta casa debe devolveros al mundo. Pero el mundo no tiene otra donde recibiros. Carecéis de patria, de casa paterna, de bienes y de parientes en Francia. La tierra en que nacisteis está en poder de los negros. Vuestra falta de existencia independiente y de toda protección viene preocupándome hace años. La vida que una joven se gana con el trabajo está llena de emboscadas y de amargura. Los asilos que se aceptan en casas de amigos son precarios y humillantes para la dignidad del alma. La extremada hermosura de que os ha dotado la Naturaleza es una luz que delata la obs-

curidad de la suerte y que atrae el vicio, como el brillo del oro provoca el hurto. ¿Dónde pensáis resguardaros de esas tristezas o de esos peligros de la vida?

"—No lo sé—le dije—; ni veo, desde hace tiempo, qué puedan salvarme de mi destino más que la muerte o Dios.

"—¡Oh!—repuso con una sonrisa indecisa y triste—; habría otra salvación, en la cual he pensado y que casi no me atrevo a proponeros.

"—Decid, señor—le respondí—; hace tanto tiempo que tenéis para mí la mirada y el acento de un padre, que, al obedeceros, me parecerá que obedezco al mío.

"—¿Un padre?—replicó—. ¡Oh!, ¡mil veces dichoso el que tuviera una hija como vos! Perdonadme si he osado concebir semejante sueño. Escuchadme—me dijo, con una voz más grave y tierna—y respondedme con toda libertad y con toda la reflexión de vuestro corazón.

"Llego ya a mis últimos años; la tumba no ha de tardar mucho en abrirse para mí; no tengo parientes a quien legar mi única herencia: la modesta fama de mi nombre y la poca fortuna que mis obras me han proporcionado. He vivido solo hasta ahora, exclusivamente absorbido por los estudios que han gastado e ilustrado mi existencia. Llego al fin de la vida y advierto con dolor que no he empezado a vivir, porque no he pensado en amar. Es demasiado tarde para volver sobre mis pasos y emprender el camino de

la dicha en vez del camino de la gloria que, desgraciadamente, escogí; y, no obstante, no querría morir sin haber dejado en la memoria de alguien esa prolongación de nuestra existencia en la existencia de otro, que se llama un sentimiento, única inmortalidad en que creo. Ese sentimiento no puede ser sino un poco de gratitud; y noto que es de vos de quien querría obtenerlo. Mas para eso—añadió más tímidamente—sería necesario que tuvieseis el valor de aceptar a los ojos del mundo, y para el mundo solamente, el nombre, la mano, la unión de un viejo que no sería más que un padre con el título de esposo y que no pediría, a tal título, más que poder recibirnos en su casa y querernos como a una hija.

”Calló y se retiró, negándose a recibir aquel día la respuesta, respuesta que ya tenía yo en los labios. Era el único hombre, entre todos los que visitaban la casa, que me había mostrado otro sentimiento que esa admiración vulgar y casi insolente que delatan las miradas y las exclamaciones, y que para la inocencia y la timidez tienen tanto de ofensa como de homenaje. Yo no conocía el amor; no sentía en mí más que el vacío de todo lazo de familia, y me parecía dulce encontrarlo en un padre cuyo corazón me había adoptado con tanta generosidad. Hallaba un asilo honrado y seguro contra la incertidumbre de la existencia en que iba a ser lanzada el cabo de unos meses; un hombre célebre que sería mi diadema; cabellos blancos, pero blancos bajo la fama,

que rejuvenece a diario a sus favoritos; años que sumaban casi cinco veces la cifra de los míos, pero facciones puras y majestuosas que inspiraban el respeto del tiempo sin los desagradados de la vejez; un rostro, en fin, donde la bondad y el genio, esas dos bellezas de la edad, atraían la mirada y el afecto hasta de los niños...

"El día en que salí para siempre del establecimiento de las huérfanas entré en la casa de mi marido, no como su mujer, sino como su hija. El mundo le llamaba mi esposo; él no quiso nunca que le diese más nombre que el de padre. De tal tuvo para mí todo el respeto, toda la piedad, todos los cuidados. Hizo de mí el centro radioso y adulado de una sociedad numerosa y selecta, compuesta de lo más escogido de aquellos ancianos famosos en las letras, en la filosofía y en la política, que fueron honor del último siglo y que habían escapado al hacha de la Revolución y a la servidumbre voluntaria del Imperio. Me escogió amigas y guías entre las mujeres célebres en aquella época por su mérito y su talento. El mismo me animó a contraer lazos de corazón o de ingenio que pudieran distraer y variar mi vida monótona en la casa de un anciano. Lejos de mostrarse severo o celoso de mis relaciones, buscaba con atención complaciente los hombres notables cuyo trato podía serme atractivo. Habría sido feliz si yo hubiese mostrado preferencia por alguno entre todos y mi preferencia hubiera sido correspondida. Yo era el ídolo y el culto de la casa. Esa idolatría general de que yo

era objeto fué acaso lo que me libró de todo sentimiento de predilección. Era yo demasiado dichosa y se me incensaba demasiado para que tuviese tiempo de sentir mi propio corazón; y luego ¡había una paternidad tan tierna en las relaciones de mi marido conmigo, siquiera su ternura se limitase a estrecharme a veces contra su corazón y besarme en la frente, apartando con la mano mis cabellos! Yo habría temido ajar mi felicidad/ poniendo la mano en ella, aunque fuese para completarla. Y, sin embargo, mi marido me reprochaba algunas veces mi indiferencia bromeando conmigo; me decía que cuanto más dichosa fuera, más lo sería él con mi felicidad.

"Sólo una vez creí amar y ser amada. Un hombre de apellido ilustre por el talento; poderoso por el alto favor que disfrutaba cerca del jefe del Gobierno; seductor por la gloria que le envolvía y por la figura, bien que ya hubiese traspuesto la edad de la madurez, pareció interesarse por mí con un fuego que me engañó a mí misma. Yo estaba embriagada, no de orgullo, sino de gratitud y de asombro. Le amé algún tiempo, o, más bien, amé la ilusión que me producía su nombre. Iba a ceder a un sentimiento que yo creía ternura apasionada del alma y que en él sólo era delirio de los sentidos. Su amor se me hizo odioso cuando comprendí lo que había en él; me avergoncé de mi error, recobré mi alma y me encerré más que nunca en la monotonía de mi fría felicidad.

"Por la mañana, estudios serios y lecturas atra-

yentes en la biblioteca de mi marido: me gustaba servirle de discípulo; luego, paseos solitarios con él por los grandes bosques de Saint-Cloud o Meudon; por la tarde, un reducido número de amigos, casi todos graves y viejos, discurriendo acerca de todo con la libertad de la confidencia. Todos aquellos corazones fríos, pero indulgentes, parecían arrastrados hacia mi juventud por esa pendiente que hace descender el sentimiento del corazón de los viejos como el agua de las cimas cubiertas de escarcha. Esa era mi vida. Juventud ahogada bajo la nieve de los cabellos blancos; atmósfera tibia de hálitos de anciano, que me sostenía; pero acabó por hacerme languidecer. Había demasiados años entrado aquellas almas y la mía. ¡Oh! ¡Qué no habría yo dado por tener un amigo o una amiga de mi edad para templar un poco mis pensamientos, que se helaban en mí misma como el rocío de la mañana en una planta demasiado próxima a los ventisqueros de estas montañas!

"Mi marido me miraba con tristeza a menudo; parecía alarmarse por el desmayo de mi voz y la palidez de mi rostro. Habría querido a toda costa dar aire a mi alma y movimiento a mi corazón. No cesaba de proporcionarme todas las diversiones capaces de disipar mi melancolía. Me confiaba a las señoras de su sociedad; me obligaba tiernamente a mostrarme en las fiestas, en los bailes y en los espectáculos. El resplandor de mi juventud y de mi rostro podía reflejar sobre mí misma el orgullo y la embriaguez que yo espar-

cía en mi demredor. Al día siguiente, entraba en mi habitación cuando yo despertaba. Me hacía contarle la impresión que había producido, las miradas que había atraído, hasta los corazones que parecía haber conmovido.

"—¿Y vos—me decía con un tono de dulce interrogación—, no sentís nada de todo eso que inspiráis? ¿Será que vuestro corazón de veinte años ha nacido viejo como el mío? ¡Oh! ¡Cuánto desearía yo veros preferir entre todos esos adoradores un ser de naturaleza superior, que un día completase con un puro amor vuestra dicha, y que, muerto yo, continuara mi ternura, rejuveneciéndola cerca de vos!"

"—Vuestra amistad me basta—le respondía yo—; no sufro, no ansío nada, soy feliz.

"—Sí—replicaba—, ¡pero envejecéis a los veinte años! ¡Oh! Pensad que sois vos quien ha de cerrar mis ojos. ¡Rejuveneceos! ¡Amad! ¡Vivid a toda costa, porque yo no he de sobreviviros!"

"Llamaba médicos y más médicos; todos, después de abrumarme a preguntas, declararon unánimes que estaba amenazada de espasmos del corazón. Los primeros síntomas de la enfermedad se habían ya revelado. Necesitaba—decían—una violenta sacudida en mi vida, un amplio desplazamiento de mis costumbres sedentarias, un completo cambio de aires y de cielo que devolviese a mi naturaleza tropical, transida por las brumas de París, la energía y la expansión que requería para revivir. Mi marido no vaciló en sacrificar la alegría de

tenerme a su lado a la esperanza de conservarme. No pudiendo acompañarme, a causa de su edad y sus ocupaciones, me confió a una familia extranjera que llevaba dos hijas casi de mi edad a Suiza e Italia. Con aquella familia viajé dos años; vi montañas y mares que me recordaban los de mi infancia, respiré los aires tibios de las olas y ventisqueros: nada pudo la juventud ya marchita en mi corazón, aunque todavía florezca en el rostro, engañándome a mí misma algunas veces. Los médicos de Ginebra me mandaron aquí como última tentativa de su ciencia. Me han ordenado que prolongue mi estancia aquí mientras haya un rayo de sol en ese cielo de otoño; después iré a reunirme con mi marido. ¡Ay, cuánto habría querido que encontrase a su hija curada, rejuvenecida, radiante de porvenir, a mi regreso! ¡Pero, lo comprendo, no volveré a él sino para entristecer sus últimos días y tal vez para extinguirme en sus brazos! Es igual—prosiguió con una resignación que tenía casi el acento de la alegría—; ya no dejo la tierra sin haber entrevisto al hermano tan esperado, el hermano del alma en quien mi instinto de enferma me había hecho soñar en vano hasta ahora, y cuya imagen, anticipada por mi ideal, me había desilusionado de todos los demás seres reales. Sí—dijo terminando y cubriéndose los ojos con sus largos dedos rosados, entre los cuales vi correr una o dos lágrimas—; sí, el sueño de todas mis noches se ha encarnado en vuestras facciones esta mañana, al despertarme. ¡Oh, si no fuera ya

demasiado tarde para vivir! ¡Ah! ¡Ahora querría yo vivir siglos para prolongar el sentimiento de esos ojos que lloraban por mí; de esas manos juntas que oraban por mí; de esa alma que se apiadaba de mí, y de esa voz—añadió descubriéndose de pronto los ojos, que miraban al cielo—, de esa voz que me ha llamado hermana!... ¡Y que no dejará de darme ese dulce nombre—prosiguió, con tierna interrogación en la mirada y el acento—, ni durante mi vida ni después de mi muerte!...”

## XX

Caí, abrumado de felicidad, a sus pies; mi boca se posó en ellos, sin poder encontrar una palabra. Oí los pasos de los bateleros, que venían a decirnos que el lago estaba en calma y que quedaba justamente el tiempo para pasar antes de la noche a la orilla de Saboya. Nos levantamos para seguirlos. Andábamos los dos con pasos vacilantes, como ebrios. ¡Oh, quién podría describir lo que yo experimentaba sintiendo el peso de su cuerpo, ligero pero abatido por el sufrimiento, apoyarse deliciosamente sobre mí, como si ella involuntariamente se complaciese en pensar y hacerme pensar que yo era para en adelante el único sostén de su decaimiento, la sola confianza de su debilidad, el único punto de apoyo que la impedía desprenderse de la tierra! ¡Todavía oigo, al cabo de veinte años transcuridos desde aque-

lla hora, el ruido de las hojas secas que gemían al aplastarse bajo nuestros pasos; aun veo nuestras largas sombras fundidas en una, que el sol poniente proyectaba a la izquierda sobre la hierba de la floresta, como un sudario movible que seguía a la juventud y al amor para sepultarlos prematuramente! ¡Todavía siento la dulce tibieza de su hombro sobre mi corazón y el batir de una trenza de su pelo con que el viento del lago azotaba mi rostro y que mis labios querían retener para poder besarla! ¡Oh tiempo! ¡Cuántas eternidades de alegrías del alma sepultas en un minuto como aquél! Pero no; ¡qué impotente eres para sepultar, para hacer olvidar!

## XXI

La tarde en el lago era tan tranquila y tibia como glacial y tempestuosa había sido la víspera. Las montañas flotaban en suave luz violeta, que, velándolas, parecía agrandarlas y alejarlas; no podía decirse si eran montañas o grandes sombras movibles y cristalinas que dejaran divisar al trasluz el cálido cielo de Italia. Salpicaban el azul del cielo menudas nubes purpúreas, semejantes a las plumas ensangrentadas que se desprenden del ala de un cisne destrozado por las águilas. El viento se había encalmado al acabar el día.

Las olas, dilatadas y nacarinas, no lanzaban

más que una fina orla de espuma al pie de las rocas, de donde pendían las hojas mojadas de las higueras. Las leves humadas de las cabañas dispensas por las laderas del monte del Gato subían aquí y allá y trepaban por la montaña para elevarse, mientras las cascadas descendían a los barrancos como humaredas de agua. Las ondas del lago eran tan transparentes, que, inclinándose fuera de la barca, veíamos en ellas la sombra de las ramas y nuestros rostros, que nos miraban; tan tibias, que sumergiendo en ellas las puntas de los dedos para sentir la estela de la mano, sólo se percibía la caricia de los ligeros escalofríos voluptuosos del agua. Como en las góndolas de Venecia, una cortinilla nos separaba de los bateleiros. Ella iba echada en uno de los bancos de la embarcación, acodada sobre un cojín; el cuerpo, envuelto en un chal que la protegía de la humedad del crepúsculo; envueltos los pies en mi capote, plegado en varios dobleces; el rostro, tan pronto en sombra como esclarecido y deslumbrado por los últimos reflejos rosados del sol, que aparecía suspendido en la cima de los abetos negros de la Gran Cartuja. Yo me había tendido sobre un montón de redes en el fondo de la barca, con el corazón lleno, la boca muda, los ojos en sus ojos. ¿Qué habíamos de hablar, si el sol, la noche, las montañas, el aire, las aguas, los ramales, el balanceo voluptuoso de la barca, la leve espuma de la estela que nos seguía murmurando, nuestras miradas, nuestros silencios, nuestras res-

piraciones, nuestras almas unánimes, hablaban tan divinamente por nosotros? Antes, parecíamos temerosos de que el menor ruido de voz o de palabras viniese a disonar en el encanto de semejante silencio. Creíamos deslizarnos del azul del lago al azul del horizonte, sin ver las orillas que acabábamos de dejar ni las que nos esperaban.

Oí que una respiración más fuerte y prolongada fluía lentamente de sus labios, como si su pecho oprimido por un peso invisible hubiese devuelto, en un solo aliento, toda la aspiración de una larga vida. Me sobresalté.

—¿Sufrís?—le dije con tristeza.

—No—dijo—; no era un dolor, era una idea.

—¿En qué pensabais con tanta intensidad?—re-puse.

—Pensaba—respondió—que si Dios, en este instante, dejase inmóvil toda la Naturaleza; si ese Sol quedase suspendido así; el disco, semioculto por los abetos, que parecen pestañas de los párpados del cielo; si esta luz y esta sombra permaneciesen así confundidas e indecisas en la atmósfera; este lago, en la misma limpidez; este aire, en la misma tibieza; esas dos orillas, eternamente a la misma distancia de la barca; ese mismo rayo de luz etérea, sobre vuestra frente; esa misma mirada de vuestra piedad, en mis ojos, y esta misma plenitud de alegría, en mi corazón, yo comprendería al fin lo que no he podido comprender desde que pienso o sueño.

—¿Y qué es?—pregunté lleno de ansiedad.

—¡La eternidad en un minuto y lo infinito en una sensación!—exclamó, volviéndose hacia la borda de la barca, como para mirar el agua, y por evitarme el embarazo de una respuesta. Cometí la torpeza de contestar con una vulgar galantería que se vino zafiamente a mis labios, en vez de las castas e inefables adoraciones de que mi corazón estaba inundado. Lo que, en el fondo, dije, fué que tal felicidad no me bastaría si no era promesa y goce anticipado de otra felicidad. Ella me comprendió demasiado; enrojeció, más por mí que por sí misma. Volvióse, con el rostro impregnado de la emoción de una santidad profanada, y con un acento, tierno como siempre, pero el más íntimo y solemne que yo había oído de sus labios:

—Me habéis hecho mucho daño—dijo con voz queda—; acercaos más y escuchadme. Ignoro si lo que siento por vos y vos parecéis sentir por mí es lo que se llama amor en la lengua pobre y confusa del mundo, donde las mismas palabras sirven para expresar cosas que no se parecen más que en el sonido que producen al salir de los labios del hombre; no quiero saberlo; y en cuanto a vos, ¡oh, yo deseo que no lo sepáis nunca! ¡Pero sé que es la suprema y más completa dicha que el alma de un ser viviente puede aspirar del alma, de los ojos, de la voz de otro ser que se le parece, que le hacía falta y que se completa al encontrarle! Al lado de esa felicidad sin medida; de esta aspiración mutua de los pensa-

mientos por los pensamientos; de los sentimientos por los sentimientos; del alma por el alma, que los confunde en una sola e indivisible existencia y los hace tan inseparables como el rayo de ese Sol que se pone y el de esa Luna que se eleva, cuando se encuentran en el mismo cielo para remontarse confundidos a ese mismo éter, ¿hay otra felicidad, grosera imagen de ésta, tan lejos de la unión inmaterial y eterna de nuestras almas como el polvo lo está de esas estrellas y el minuto de la eternidad? “Yo no lo sé, no quiero saberlo. ¡Y no podré saberlo jamás!—añadió con un acento de desdenosa tristeza cuyo sentido enigmático no pude comprender al pronto—. Pero —prosiguió con tal abandono en la actitud, en el acento y en la confianza, que parecía entregarse a mí enteramente—: ¿Qué importan las palabras? ¡Os amo! La Naturaleza entera lo diría por mí si yo no lo dijese; o, más bien, dejadme decirlo muy alto la primera, decirlo por los dos: ¡Nos amamos!

—¡Oh! ¡Decidlo, decidlo más! ¡Volved a decirlo mil veces!—grité, levantándome como un insensato y recorriendo a grandes pasos la lancha, que resonaba y oscilaba bajo mis pies—. ¡Digámoslo juntos, digámoslo a Dios y a los hombres, al cielo y a la tierra, y a los elementos mudos y sordos! ¡Digámoslo eternamente, y que toda la Naturaleza lo repita eternamente con nosotros!...

Caí de rodillas ante ella, con las manos juntas y el rostro cubierto por mis cabellos.

—Calmaos—dijo poniéndome un dedo sobre la boca—y dejadme hablaros, sin interrumpirme, hasta el final.

Volví a sentarme y quedé en silencio.

—Os lo he dicho—continuó—, o, mejor, no os lo he dicho, os lo he gritado con un grito de mi alma, al reconocer: ¡Os amo! Os amo con toda la ansiedad, con todos los sueños, con todas las impacencias de una vida estéril de veintiocho años, que se ha pasado en mirar sin ver y en buscar sin hallar lo que la Naturaleza le había revelado por un presentimiento cuyo misterio erais vos. Pero, ¡ay!, os he conocido y amado demasiado tarde si entendéis el amor como el resto de los hombres y como vos mismo parecíais entenderlo hace un momento, según esa frase profana y ligera que me habéis dicho. Escuchadme aún—prosiguió—y comprendedme bien: soy vuestra, me doy a vos, os pertenezco como me pertenezco a mí misma, y puedo decirlo sin quitarle nada al padre adoptivo, que nunca ha querido ver en mí más que una hija. Nada me impide ser toda vuestra, y no retengo nada de mí sino lo que vos mismo me ordenéis que guarde. No os asombréis de este lenguaje, que no es el de las mujeres de Europa; ellas aman débilmente, se sienten amadas del mismo modo; temen desvanecer los deseos que inspiran si confiesan un secreto que quieren que se les arranque. Yo no me parezco a ellas ni por la patria, ni por el corazón, ni por la educación. Educada por un marido filósofo en el

seno de una sociedad de espíritus libres, desembarazados de las creencias y prácticas de una religión que ellos mismos han minado, no tengo ninguna de las supersticiones, de las debilidades de espíritu ni de los escrúpulos que hacen a las demás mujeres humillar la frente ante un juez que no es su conciencia. El dios de su infancia no es el mío. Yo no creo más que en el Dios invisible que ha escrito su símbolo en la Naturaleza, su ley en nuestros instintos, su moral en nuestra razón. La razón, el sentimiento y la conciencia son mis únicas revelaciones. Ninguno de esos tres oráculos de mi vida me impediría ser vuestra; mi alma, toda entera, se precipitaría en vuestros brazos si no pudieseis ser feliz más que a ese precio. Pero ¿pondríamos vuestra felicidad y la mía en esa fugitiva embriaguez cuando el privarme voluntariamente de ella da mil veces más goce al alma que el satisfacerla puede dar a los sentidos? ¿No creeremos más en la inmaterialidad y eternidad de nuestro amor si permanece elevado a la altura de un pensamiento puro, en las regiones inaccesibles a la mudanza y a la muerte, que si desciende a la abyecta naturaleza de las sensaciones vulgares degradándose y profanándose en indignas voluptuosidades? Además—continuó después de un corto silencio y enrojeciendo como si tuviese las mejillas junto al fuego—, si exigieseis alguna vez de mí, en un momento de incredulidad y de delirio, esa prueba de mi abnegación, ¡sabed que no sería sólo el sacrificio de mi dignidad, sino

también el de mi existencia; que mi alma, según dicen, puede exhalarse en un suspiro; que arrebatándome la inocencia de mi amor me habríais, al mismo tiempo, arrebatado la vida, y que creyendo tener vuestra felicidad entre los brazos, no habríais poseído más que a una sombra y no encontraríais luego más que la muerte!...

Permanecemos mucho tiempo sin voz. Al fin, con un suspiro arrancado del fondo de mi pecho:

—Os he comprendido—dije—, y en mi corazón había jurado la eterna inocencia de mi amor antes que hubieseis acabado de pedírmelo.

## XXII

Mi resignación pareció colmarla de dicha y redoblar el encantador abandono de su ternura. Había caído la noche sobre el lago; las estrellas se miraban en él; los grandes silencios de la Naturaleza adormecían la tierra. Los vientos, los árboles, las olas nos dejaban oír en nosotros mismos las fugitivas impresiones del sentimiento o del pensamiento que hablan en voz baja en los corazones dichosos. Los bateleros cantaban a ratos esas salmodias rastreantes y monótonas que se parecen a las ondulaciones musicales de las olas en la playa. Esto me hizo pensar en su voz, que resonaba sin cesar en mi oído.

—¡Ah!, si señalaseis para mí esta noche deliciosa lanzando algunos acentos a esas olas y a

esas sombras para que quedasen por siempre llenas de vos...—la dije.

A un ademán mío, los bateleros callaron y amortiguaron el ruido de los remos, cuyas gotas caían en el agua como un acompañamiento musical en leves notas argentinas. Ella cantó esa balada escocesa, marítima y pastoral a la vez, en que una joven a quien el pobre marinero, su amante, dejó para ir a las Indias en pos de la fortuna, cuenta que sus padres se han cansado de esperar el regreso del muchacho y la han hecho casarse con un viejo, junto al cual sería feliz si no soñase con el que amó primero. La balada empieza así:

“Cuando ya está el ganado en el aprisco  
y es el sueño tan dulce para todos,  
¡ay de mí!, sueño con las penas mías  
y duerme junto a mí mi anciano esposo.”

Tras de cada estrofa viene una larga melodía, cantada con notas vagas y sin palabras, que mece el alma en oleadas de tristeza infinita y hace subir a los ojos las lágrimas de la voz; luego prosigue el relato en la estrofa siguiente, con el acento sordo y lejano de un recuerdo que llora, sufre y se resigna. Si las estrofas griegas de Safo son el fuego mismo del amor, estas notas escocesas son las lágrimas mismas de la vida y la sangre del corazón mortalmente herido por el destino. No sé quién escribió esa música; pero quien fuere, sea bendecido por haber producido con unas cuantas notas un infinito de tristeza humana en los gemidos melódicos de una voz. Desde aquel día, no

me ha sido posible oír los primeros compases de ese aire sin huir como un hombre perseguido por una sombra; y cuando siento la necesidad de abrir mi corazón con una lágrima, me canto interiormente a mí mismo el estribillo lastimero, y estoy a punto de llorar; ¡yo, que no lloro nunca!

### XXIII

Llegamos al pequeño muelle del *Pertuis*, que se adentra en el lago, y donde se amarran las embarcaciones; es el puerto de Aix, y está situado a una media legua de la población. Era más de media noche. No había en el muelle coches ni asnos para conducir a los viajeros a la ciudad. El camino era demasiado largo para que una pobre mujer doliente lo hiciese a pie... Después de haber llamado en vano a las puertas de dos o tres viviendas próximas al lago, los bateleros propusieron llevar a la señora hasta Aix. Contentos y diligentes, sacaron los remos de los estrobos, los ataron con las cuerdas de las redes, colocaron sobre ellos uno de los almohadones de la barca, y así formaron una camilla ligera y muelle, en la cual hicieron acostarse a la extranjera. Luego, cuatro de ellos cogieron la camilla a hombros, y se pusieron en marcha sin imprimir al palanquín más balanceo que el de sus pasos. Quise disputarles la alegría de llevar una parte de tan dulce peso; pero se apresuraron, celosos, a rechazarme.

Marchaba yo al lado de la camilla, mi mano derecha entre las de la enferma, para que pudiese apoyarse en los balances. De ese modo evitaba yo que se deslizase del estrecho almohadón en que iba tendida. Caminábamos así en silencio, a la claridad del plenilunio, por la larga avenida de álamos. ¡Oh, qué corta se me hacía la alameda! ¡Habría yo deseado que ella me llevase así hasta el último paso de nuestras vidas! No me hablaba ni yo le decía una palabra; pero yo sentía todo el peso de su cuerpo confiadamente apoyado en mi brazo; yo sentía sus frías manos rodear la mía, y de tiempo en tiempo, un apretón involuntario, un aliento más cálido en mis dedos, me hacían comprender que había acercado mi mano a sus labios para calentarla. No, jamás un tal silencio contuvo tan íntimas expansiones. Habíamos gustado en una hora la felicidad de un siglo. Cuando llegamos a la casa del viejo médico y dejamos a la enferma en el umbral de su habitación, un mundo entero se derrumbó entre nosotros. Sentí mi mano mojada de lágrimas; las enjuagué con mis labios y mis cabellos, y fuí a arrojarme en mi lecho sin desnudarme.

## XXIV

Me volvía y revolvía en la almohada sin poder dormir. Las mil circunstancias de aquellos dos días se reproducían en mi espíritu con tanta fuer-

za y tal renovación de impresiones, que no podía creer que hubiesen ya pasado. Volvía a ver y oír todo lo que había visto y oído la víspera. La fiebre de mi alma se había comunicado a mis sentidos. Veinte veces me levanté y me acosté de nuevo sin poder hallar la calma. Al fin renuncié a ella. Intenté burlar con la agitación de mis pasos la de mis pensamientos. Abría la ventana; hojeaba libros sin entender lo que decían; andaba a pasos rápidos por mi cuarto; retiraba y volvía a poner en su sitio la mesa y la silla, según que pensaba pasar la noche sentado o de pie. Todos estos ruidos se oyeron en el salón vecino. Mis pasos sobresaltaron a la pobre enferma, sin duda tan despierta como yo. Oí ligeros pasos, que hacían crujir el pavimento y se acercaban a la puerta de encina, cerrada con doble cerrojo, que separaba su dormitorio del mío; pegué mi oído a la puerta, y escuché una respiración contenida y el roce de un vestido de seda en la pared. El resplandor de una lámpara se filtraba en mi habitación por las junturas y por debajo de la puerta. Era ella; estaba también allí, aplicando su oído, a unos pocos centímetros de mi frente; podía oír los latidos de mi corazón.

—¿Estáis enfermo?—me dijo muy quedo una voz que habría reconocido yo en un solo suspiro.

—No—respondí—; pero soy demasiado feliz, y el exceso de dicha es tan febril como el exceso de angustia. Esta fiebre es de vida; no la temo, no la esquivo, y velo para gozar de ella.

—¡Niño!—me dijo—. Id a dormir mientras yo velo; yo soy quien debe ahora velar por vos.

—Pero vos—le dije muy bajito—, ¿por qué no dormís?

—Yo no quiero dormir—replicó—por no perder un minuto del sentimiento de felicidad que me inunda. Tengo poco tiempo para saborear mi alegría; no quiero perder una gota de ella en el olvido del sueño. He venido a sentarme aquí para ver si os oía y para sentirme, al menos, cerca de vos.

—¡Oh!—murmuré, sin que las palabras salieran apenas de mis labios—. ¿Por qué estamos tan lejos, por qué este muro entre nosotros?

—¿Es entonces esta puerta y no nuestra voluntad y nuestro juramento lo que está entre nosotros?—dijo—. ¡Andad! Si no se opone a vuestro paso más que este impedimento material, podéis franquearlo.

Y oí que una mano descorría el cerrojo de su lado.

—Sí; ahora podéis hacerlo si no hay en vos algo más fuerte que vuestro mismo amor que domine, que subyugue vuestro arrebató; sí, podéis franquearlo—continuó con un acento a la vez más apasionado y más solemne—; no quiero deber nada sino a vos mismo; encontraréis un amor igual a vuestro amor; pero, ya os lo he dicho: ¡en este amor encontraréis también mi muerte!

El exceso de mi emoción; el impetuoso impulso de mi corazón hacia aquella voz; la violencia mo-

ral que me repelía, me hicieron caer aniquilado en la actitud de un hombre herido de muerte en el umbral de aquella puerta cerrada. Le oí sentarse del otro lado sobre el cojín de un sofá que puso en el suelo. Continuamos una parte de la noche hablando en voz baja a través del espacio que aquella grosera obra de carpintería había dejado entre el piso y los batientes. Palabras íntimas, inusitadas en la lengua ordinaria de los hombres, flotantes, como los sueños de la noche, entre el cielo y la tierra, a menudo interrumpidas por esos largos silencios durante los cuales los corazones se hablan porque ya los labios no tienen palabras para expresar lo inefable. Luego, los silencios se hicieron más prolongados, las voces más apagadas, y yo me dormí de cansancio, con la mejilla contra el muro y las manos juntas sobre las rodillas.

## XXV

Cuando desperté, el Sol, ya muy alto en el cielo, inundaba mi habitación de luminosas reverberaciones. Los petirrojos de otoño saltaban y picoteaban, gorjeando por las parras y los groselleros bajo mi ventana; toda la Naturaleza parecía haberse despertado, engalanado, iluminado y animado antes que yo para celebrar el día de nuestro nacimiento a una nueva vida. Todos los ruidos de la casa me parecían alegres como yo.

No oía sino los pasos ligeros de la doncella que iba y venía por el pasillo, sirviendo el desayuno a su señora; las voces infantiles de las niñas en la montaña, que llevaban flores cogidas en los bordes del ventisquero; el pataleo y el campanilleo de los mulos que la esperaban en el patio para llevarla al lago o a los abetales. Me cambié el traje, manchado de polvo y espuma; me lavé los ojos, fatigados y enrojecidos por el insomnio; peiné mis desordenados cabellos; me puse las polainas de cuero, a usanza de los cazadores de gamuzas de los Alpes; cogí la escopeta y bajé a la mesa redonda, donde el viejo médico tomaba el desayuno con su familia y sus huéspedes.

Se habló en la mesa de la tempestad en el lago, del peligro que había corrido la joven extranjera, de su desmayo en Haute-Combe, de su ausencia de dos días, de la fortuna que yo había tenido de encontrarla y volverla a traer el día anterior. Rogué al médico que, en mi nombre, le pidiese permiso para informarme del estado de su salud y para acompañarla en sus excursiones. Bajó con ella, más hermosa, más sugestiva, rejuvenecida por la felicidad como no se la había visto nunca. Deslumbraba a todo el mundo. No miraba a nadie más que a mí. Yo sólo comprendía aquellas miradas y aquellas palabras de doble sentido. Sus guías la alzaron, entre gritos de júbilo, a las jamugas que usan como silla de montar las mujeres saboyanas. Yo seguí a pie al mulo de tintineantes campanillas que la llevaba aquel

día a las quintas más elevadas de la meseta de la montaña.

Allí pasamos el día entero sin hablarnos casi; de tal manera nos entendíamos ya completamente sin palabras. Ora ocupados en contemplar el luminoso valle de Chambery, que parecía ahondarse y ensancharse a medida que íbamos elevándonos; ora en detenernos al borde de las cascadas, cuya neblina, coloreada por el sol, nos envolvía en iris ondulantes, que nos parecían sobrenatural encuadramiento y misteriosa aureola de nuestro amor; ya en coger las últimas flores de la tierra en las laderas que descienden de las quintas, cambiándolas entre nosotros como letras, que nadie sino nosotros podría nunca leer, de ese embalsamado alfabeto de la Naturaleza; ya amontonando las castañas olvidadas al pie de sus árboles y descascarándolas para que ella, por las noches, las cociese al fuego de su habitación; otras veces nos sentábamos al pie de los últimos hoteles de la montaña, ya abandonados por sus habitantes; nos decíamos cuán dichosos serían dos seres como nosotros relegados por su suerte a una de esas cabañas solitarias hechas de unos troncos de árbol y unas tablas, gozando de la proximidad de las estrellas, del murmullo de los vientos en los abetales, del calofrío de los ventisqueros y las nieves; pero separados de los hombres por la soledad y llenando su vida sólo con un pleno y desbordante sentimiento.

## XXVI

Al anochecer descendimos a paso lento. Nos mirábamos tristemente, como si nos hubiésemos dejado para siempre a la espalda nuestros dominios y nuestra felicidad. Ella subió a su habitación. Yo me quedé a cenar con la familia y los huéspedes. Después de la cena llamé, como habíamos convenido, a la puerta de su cuarto. Me recibió como a un amigo de la niñez a quien se halla al cabo de larga ausencia. Así pasé en adelante los días y las noches. Ordinariamente la encontraba reclinada en un canapé recubierto de tela blanca, en un ángulo entre la ventana y la chimenea; en una mesita de madera oscura, sobre la cual brillaba una lámpara de cobre, tenía libros, cartas recibidas o comenzadas durante el día, una cajita para te, de caoba, que me dió al partir, y que permaneció en mi chimenea desde entonces, y dos tazas de porcelana de china azul y rosa, en las cuales tomábamos el te a media noche. El bondadoso y viejo médico solía subir conmigo para charlar con su joven enferma; pero, al cabo de media hora, el buen señor, comprendiendo que mi presencia contribuía más que sus consejos y sus baños al restablecimiento visible de una salud tan deseada por todos, nos dejaba solos con nuestros libros y nuestras conversaciones. A media noche ella me tendía sobre la mesa su mano, yo se la

besaba y me iba a mi habitación. No me acostaba hasta que en la suya se dejaba de oír todo ruido.

## XXVII

Aun llevamos cinco largas y cortas semanas esta íntima y deliciosa vida común; largas si me refiero a las innumerables palpitaciones de felicidad de nuestros corazones durante su transcurso; ¡cortas, si pienso en la rápida imperceptibilidad de las horas que las llenaron! Parecía que, por un milagro de la Providencia, que no se reproduce un año de cada diez, la estación, cómplice de nuestra dicha, estaba de acuerdo con nosotros para prolongarse. El mes de octubre todo entero, y una larga mitad del de noviembre, parecían una primavera resucitada en el invierno, que sólo las hojas se había dejado olvidadas en la tumba. Las brisas eran tibias; las aguas, azules; los abetos, verdes; las nubes, rosadas; los soles, brillantes. Los días eran cortos; pero las largas noches, junto al rescoldo de su chimenea, nos aproximaban más aún; nos hacían más exclusivamente presentes el uno al otro, impedían que nuestras miradas y nuestras almas se evaporasen en el resplandor de la naturaleza exterior. Los preferíamos a los largos días de verano. Nuestro esplendor estaba en nosotros mismos. Le sentíamos mejor confinándonos en nuestra morada durante la larga tiniebla de las tardes y las noches

de noviembre, al leve crujido de las primeras ráfagas de escarcha o nieve en los cristales, y oyendo el gemido del viento en otoño, viento lluvioso que parecía relegarnos a nuestro propio interior y gritarnos: "Daos prisa a decir todo lo que nunca se ha dicho en vuestros corazones, y todo lo que debe decirse antes que el hombre y la mujer mueran, porque yo soy la voz de los malos días que se acercan y que van a separaros."

## XXVIII

Fuimos visitando juntos, sucesivamente, todos los senos, todas las olas, todas las arenas del lago, todas las cimas, todas las lomas, todas las gargantas, todos los secretos valles, todas las grutas, todas las cascadas que se despeñan por las grietas de roca de Saboya. Vimos más lugares sublimes o amenos, más soledades misteriosas, más desiertos encantados, más minúsculas casitas suspendidas entre los abismos y las nubes en los caminos salientes de las montañas, más vergeles, más aguas lechosas espumeando por los prados en pendiente, más bosques de abetos y castaños abriendo a las miradas sus columnatas sombrías y recogiendo en sus cúpulas el eco de nuestra voz, de los que harían falta para ocultar un mundo de amantes. En cada uno de estos sitios dejábamos un suspiro, un entusiasmo, una bendición. Les suplicábamos quedamente o en voz alta que

conservasen el recuerdo de la hora que habíamos pasado juntos, de los pensamientos que nos habían inspirado, del aire que nos habían hecho respirar, de la gota de agua que habíamos bebido en el hueco de la mano, de la hoja o de la flor que allí cogimos, de la huella que nuestros pasos habían impreso en la hierba húmeda; que todo aquello nos fuese devuelto un día, con la partícula de existencia que allí habíamos dejado al pasar y respirar, para no perder nada de la felicidad que se desbordaba de nuestros corazones y volver a hallar todos aquellos minutos, todos aquellos éxtasis, todas aquellas emanaciones nuestras en el fiel depósito de la eternidad, donde todo se recobra, incluso el soplo que se acaba de respirar y el minuto que se creía haber perdido.

¡Acaso nunca, desde la creación de aquellos lagos, aquellos torrentes y aquellos granitos, se hayan alzado a Dios desde aquellas montañas himnos tan tiernos e inflamados! Había en nuestras almas bastante vida y bastante amor para animar toda aquella naturaleza, aguas, cielo, tierras, rocas, árboles, y para que con suspiros, arrebatos, voces, gritos, perfumes y llamas se pudiese llenar el santuario entero de una naturaleza más vasta y más muda todavía que aquella en que desvariábamos. Si se hubiese creado un planeta para nosotros solos, nos habríamos bastado para ocuparle, vivificarle, darle la voz, la palabra, la bendición y el amor durante una eternidad. ¡Y que se diga que no es infinita el alma humana! ¿Quién

ha sentido, pues, los límites de su vida, de su poder de existir y amar al lado de una mujer adorada, frente a la Naturaleza y al tiempo y bajo el ojo de Dios? ¡Oh amor! ¡Que te teman los cobardes y te proscriban los malvados! ¡Tú eres el sumo sacerdote de este mundo, el revelador de la inmortalidad, el fuego del ara; y sin tu fulgor, el hombre no presentiría el infinito!

## XXIX

Aquellas seis semanas fueron para mí un bautismo de fuego que transfiguró mi alma y la limpió de todas las impurezas que hasta entonces la habían mancillado. El amor fué antorcha que, al abrasarme, me esclareció también la Naturaleza, este mundo, mi misma alma y el cielo. Comprendí lo enano de este mundo, viéndole desaparecer ante una sola chispa de la verdadera vida. Me avergoncé de mí mismo mirándome en el pasado y comparándome con la pureza y la perfección de mi amada. ¡Entré en el cielo de las almas al penetrar con los ojos y el corazón en aquel mar de belleza, sensibilidad, pureza, melancolía y amor que se entreabría más a cada hora en los ojos, en la voz, en las palabras de la celeste criatura que acababa de mostrármeme! ¡Cuántas veces me arrodillé ante ella, la frente en la hierba, en la actitud y con el sentimiento de la adoración! ¡Cuántas veces le supliqué, como se implora a un

ser de naturaleza distinta, que me lavara con una de sus lágrimas, que me quemase en una de sus llamas, que me aspirase en una de sus respiraciones para que no quedase nada de mí en mí mismo más que el agua purificadora con que ella me hubiese lavado, el fuego celeste en que ella me hubiera consumido, el nuevo soplo con que ella hubiese animado mi nuevo ser, a fin de que yo me convirtiese en ella o ella se convirtiera en mí, y el mismo Dios, al llamarnos a su presencia, no pudiese reconocer ni reparar lo que el milagro de amor hubiese transformado y confundido!... ¡Oh! ¡Si tenéis un hermano, un hijo o un amigo que nunca haya comprendido la virtud, rogad al cielo que le haga amar así! ¡Cuánto más ame, más capaz será de todas las abnegaciones, de todos los heroísmos, para igualarse al ideal de su amor! ¡Y cuando ya no ame, le quedará para siempre en el alma una dulcedumbre de celeste voluptuosidad que le hará aborrecer las aguas del vicio y alzar los ojos al manantial donde una vez le fué permitido beber!

No sé decir cuántas saludables vergüenzas de mí mismo me sobrecogían en presencia de la que yo amaba; pero sus reproches eran tan tiernos, y sus miradas, aunque penetrantes, eran tan dulces, y sus perdones eran tan divinos, que, al humillarme ante ella, no me sentía rebajado, sino elevado y engrandecido. ¡Parecíame casi sentir que nacía en mí, de mi propia naturaleza, el resplandor de su luz, que sólo para mí reverberaba! La

comparaba sin cesar, involuntariamente, a las otras mujeres que yo había entrevistado. Exceptuada Antonina, que se me aparecía como la infancia candorosa de Julieta; exceptuada mi madre, a quien ella se parecía en la santidad y en la gravedad, ninguna mujer resistía, a mis ojos, la menor comparación. Una sola mirada suya envolvía en sombras todo el resto de mi vida. Sus conversaciones me revelaban profundidades, extensiones, delicadezas, elegancias, divinidades de sentimiento y de pasión que me transportaban a regiones desconocidas, donde me parecía respirar por vez primera el aire natal de mis propios pensamientos. Todo lo que había habido en mí de ligereza, de vanidad, de puerilidad, de sequedad, de ironía o de amargura de espíritu durante aquellos malos años de mi adolescencia, desaparecía de tal modo que no me reconocía a mí mismo. Al separarme de ella me sentía bueno, me creía puro. Recobraba la seriedad, el entusiasmo, la oración, la interna piedad, las lágrimas ardientes que no salen de los ojos, pero que suben como un manantial cálido, oculto en el fondo de nuestras aurideces aparentes y lavan el corazón sin enervarle. Me prometía no volver a descender de aquellas celestes alturas sin vértigos adonde sus tiernos reproches, su voz, su sola presencia tenían el don de elevarme. Era como una segunda virginidad de mi alma que yo contraía bajo el reflejo de la eternal virginidad de su amor. Yo no podía decir si había más piedad que seducción en la impresión que

ella me producía; ¡hasta tal punto se mezclaban la pasión y la adoración en partes iguales y se trocaban mil veces por minuto en mi pensamiento el amor en culto y el culto en amor! ¡Oh! ¿No es esto la última cima del amor, el entusiasmo en la posesión de la belleza perfecta y la voluptuosidad en la suprema adoración?...

Cuanto ella había dicho me parecía perdurable; cuanto habían mirado sus ojos me parecía sagrado. Yo envidiaba a la tierra que ella hollaba al andar; los rayos de sol que la envolvían en nuestros paseos me parecían felices por haberla tocado. Yo hubiera querido recoger, para separarla por siempre de las ondas del aire, el aire que ella había divinizado, a mis ojos, respirándole; yo habría querido acotar hasta el lugar que ella acababa de dejar vacío en el espacio para que ninguna otra criatura inferior pudiese ocuparle en el resto de la duración de la tierra. ¡En fin, yo todo lo veía, lo sentía y lo adoraba, incluso al mismo Dios, a través de aquella divinidad de mi amor!... Si tales estados de alma fuesen duraderos en la vida, la Naturaleza se detendría, la sangre dejaría de circular, el corazón se olvidaría de latir, o, más bien, no habría ya movimiento, ni lentitud, ni precipitación, ni muerte, ni vida en nuestros sentidos; no habría más que una eterna y viviente satisfacción de todo nuestro ser en otro ser. ¡Ese estado debe de parecerse al estado del alma, a la vez estática y viviente en Dios!

## XXX

¡Qué felicidad! Los viles deseos de la pasión sensual se habían aniquilado—pues que ella lo quiso—en la plena posesión del alma del uno por la del otro. La dicha me hacía, como siempre ocurre, mejor y más piadoso que nunca. Dios y ella se confundían tan completamente en mi alma, que la adoración de ella en que yo vivía venía a ser también una perpetua adoración del Divino Ser que la había creado. Yo no era más que un himno, y en mi himno sólo había un nombre, porque Dios era ella, y ella era Dios. Nuestras conversaciones, de día, cuando nos deteníamos para respirar, para mirar, para admirar en las vertientes de la montaña, en las orillas del lago o sobre alguna raíz de castaño, al borde de las praderas inundadas de sol, solían tender, por el natural desbordamiento de dos almas demasiado llenas, al abismo insondable de todos los pensamientos; es decir, al infinito y a la palabra que por sí sola llena el infinito: Dios. Cuando yo pronunciaba esta palabra, con esa entusiasta bendición de corazón que contiene toda una revelación en un acento, me asombraba de verla desviar o abatir la mirada, disimulando bajo un lindo fruncimiento de cejas, o en las comisuras de su boca displaciente, una pena o una incredulidad que me parecían en contradicción con nuestros arrebatos. Un día le pregunté tímidamente el motivo.

—Es que esa palabra me hace daño—respondió.

—Y ¿cómo?—repliqué—la palabra que contiene el nombre de toda vida, de todo amor y de todo bien puede causar daño a la más perfecta de sus creaciones?

—¡Ah!—repuso con el acento de un alma desesperada—, es que esa palabra encierra para mí la idea del ser cuya existencia he deseado más apasionadamente que no fuese un sueño; ¡y es que ese ser—añadió con voz más sorda y apagada—no es para mí y para los sabios que me han instruído sino la más maravillosa, pero la más vacía de las ilusiones de nuestro pensamiento.

—¡Cómo!—le dije—, ¿vuestros maestros no creen en Dios? Pero vos que amáis, ¿podéis no creer? ¿Es que hay una palpitación de nuestros corazones que no sea una proclamación del infinito?

—¡Oh!—respondió vivamente—, no interpretéis como demencia la sabiduría de los hombres que han desvelado la filosofía para mí y han hecho brillar ante mis ojos la plena luz de la razón y de la ciencia, en vez de la lámpara fantástica y pálida con que las supersticiones humanas alumbran las tinieblas voluntarias extendidas intencionadamente en derredor de sus pueriles divinidades. El Dios de vuestra madre y de mi nodriza es el Dios en quien yo no creo: no así en el Dios de la Naturaleza y de los sabios. Creo, como ellos, en un ser, principio y causa, origen, espacio y fin de todos los demás; o, mejor dicho, que no es sino

la eternidad misma, la forma y la ley de todos esos seres visibles o invisibles, inteligentes o ininteligentes, animados o inanimados, vivos o muertos de que se compone el único nombre de ese Ser de seres: ¡el infinito! Pero la idea de la grandeza inconmensurable, de la fatalidad soberana, de la necesidad absoluta e inflexible de los actos de ese ser que vosotros llamáis *Dios*, y nosotros, *ley*, excluye de nuestro pensamiento toda inteligencia precisa, toda denominación exacta, toda imaginación razonable, toda manifestación personal, toda revelación, toda relación posible entre El y nosotros, hasta el homenaje de la plegaria; porque, ¿puede la consecuencia implorar al principio?

”¡Oh qué cruel es esto!—añadió—; ¡cuántas bendiciones, oraciones y lágrimas no habría yo derramado a sus pies desde que os amo!...—Y luego, recobrándose—: Os asombro y os aflijo—exclamó—; pero perdonadme; la primera de las virtudes, si es que hay virtudes, ¿no es la verdad? Únicamente en este punto no podemos entendernos; por tanto, no hablemos de El jamás. Vos habéis sido educado por una madre piadosa en el seno de una familia cristiana; habéis respirado con el aire las santas credulidades del hogar; os han llevado de la mano a los templos, os han mostrado imágenes, misterios, altares; os han enseñado a orar, diciéndoos: “Dios está ahí, y te escucha y te responde”; habéis creído porque no habíais llegado a la edad de examinar. Más tar-

de, habéis apartado de vos esos juguetes de la infancia para imaginar un Dios menos pueril y menos femenino que el de los tabernáculos cristianos. Pero el primer deslumbramiento ofusca todavía vuestros ojos; la claridad que creíais haber visto estaba mezclada, sin que lo supierais, a la falsa claridad con que os fascinaron al entrar en la vida; os han quedado dos debilidades en la inteligencia: el misterio y la oración. No existe el misterio—afirmó con voz más solemne—; no hay más que la razón, que disipa todo misterio; el hombre, falsario o crédulo, es quien ha inventado el misterio; Dios es quien ha hecho la razón. Ni la oración sirve de nada—prosiguió más tristemente—; porque una ley inflexible no puede doblegarse, ni una ley necesaria se puede cambiar.

”Los antiguos—agregó—, en su ignorancia popular, bajo la cual se ocultaba una profunda sabiduría, lo sabían bien; porque imploraban a todos los dioses de su invención, pero no imploraban a la ley suprema: el Destino.”

Quedóse en silencio.

—Me parece—le dije al cabo de un rato—que los maestros que os han transmitido esa sabiduría dejan, en sus teorías sobre la relación entre Dios y el hombre, excesivamente subordinado el ser sensible al ser pensante; en una palabra: que al pensar en el hombre se han olvidado de su corazón, órgano de todo amor, como la inteligencia es el órgano de todo pensamiento. Las ideas que el hombre se ha formado de Dios pueden ser pueriles y falsas. Tal

vez sus instintos, que son la ley no escrita, deben ser verdaderos. De otro modo, la Naturaleza habría mentido al creerle. Vos no creéis que la Naturaleza sea una mentira—añadí sonriendo—; porque decíais hace un momento que acaso la verdad es la única virtud. Pues bien: cualquiera que haya sido la finalidad de Dios al dotar de esos dos instintos, el misterio y la oración, al corazón del hombre; que haya querido revelarnos de ese modo que El, Dios, es incomprendible; o que haya querido que todas las criaturas le bendijesen y honrasen, y que la plegaria fuese el incienso universal de la Naturaleza, siempre será verdad que el hombre lleva en sí los dos instintos: la oración y el misterio cuando piensa en Dios. ¡El misterio!—proseguí—, la razón humana le ensancha, le esclarece, le aleja cada vez más, pero nunca le desvanece por completo. ¡La oración! Es la necesidad de desbordarse incesantemente en súplicas útiles o inútiles, oídas o no, como perfume vertido al paso de Dios. ¡Qué importa que este perfume bañe los pies de Dios o se derrame por tierra! ¡Siempre caerá como un tributo de debilidad, de humillación y adoración!...

”Pero ¿quién podrá decir que se ha perdido?—añadí con el tono de una esperanza que quiere triunfar, en los labios del que habla, de la duda misma—; ¿quién sabe si la oración, comunicación misteriosa con la omnipotencia invisible no es, en realidad, la más grande de las fuerzas sobrenaturales o naturales del hombre? ¿Quién sabe si la

voluntad suprema e inmortal no ha querido inspirarse y dejarse exorar por el que reza, haciendo así que el hombre, mediante la invocación, participe del mecanismo de su propio destino? ¿Quién sabe si Dios, en su amor y en su perpetua bendición sobre todos los seres amados de él habrá querido dejarles esa relación con él como cadena invisible que suspenda de su pensamiento el de los mundos? ¿Quién sabe si en su majestuosa soledad, poblada por él sólo, no habrá querido que ese viviente murmullo, esa inextinguible conversación con la Naturaleza se elevase y descendiese sin cesar en todos los puntos del infinito entre él y todos los seres que él vivifica, acaricia y ama? En todos los casos, la oración es el más sublime privilegio del hombre, porque es el que le permite hablar a Dios; había Dios de ser sordo a nuestras voces, y aun le rogaríamos; ¡porque si su grandeza estaba en no oírnos, la nuestra estaría en rezarle!”

Observé que mis razonamientos la enternecían sin convencerla; que su alma, algo desecada por la ciencia, todavía no había abierto sus fuentes hacia Dios. Pero el amor, después de haber enternecido su corazón, iba pronto a enternecer sus creencias; las delicias y las angustias de la pasión iban a hacer que en su corazón se abriesen la adoración y la oración como dos perfumes del alma que arde y languidece: el uno, lleno de embriaguez; el otro, lleno de lágrimas; los dos, divinos.

## XXXI

No obstante, la dicha, la soledad de dos, que es el edén de las almas tiernas; el descubrimiento que ella hacía a diario de algún abismo de mi pensamiento correspondiente a los misterios de su propia naturaleza; aquel aire de otoño en las ventanas, que guardan, como estufas encendidas durante el verano; la tibieza del sol casi hasta llegar las nieves; las largas excursiones a las quintas de la montaña y por el lago; el balanceo de la barca o el dulce movimiento de cuna del lomo de los mulos, que se parece al de las olas leves y lentas de la mar; la leche de aquellos pastos, que, hirviendo de espuma, le servían mañana y tarde en copas de madera de haya tallada por los pastores, y, sobre todo, aquella dulce exaltación, aquel apacible delirio, aquel continuo vértigo de un alma que el primer amor ha alzado en sus alas de la tierra y se siente llevada de pensamiento en pensamiento, de ensueño en ensueño a través de un nuevo cielo, en un perpetuo desvanecimiento del corazón, todo aquello restablecía visiblemente su salud. De la noche a la mañana se la veía rejuvenecer. Estaba como en una convalecencia del alma que se comunicaba a sus facciones. Su rostro, algo manchado al principio en torno de los ojos por esas manchas azuladas o cárdenas que parecen las huellas de los dedos de la muerte, recobraba la plenitud de las mejillas, el calor de la sangre, la fres-

cura del color, la tez de una joven que ha andado mucho tiempo por la montaña, donde han curtido sus mejillas las primeras brisas frías de los ventisqueros; sus párpados habían perdido el peso; sus ojos, la sombra; sus labios, los pliegues. Sus miradas flotaban en una perpetua niebla luminosa del alma, vapor de un corazón ardiente condensado, en el globo de los ojos, en lágrimas que no cesan de subir, pero que ese mismo fuego seca y no corren nunca. Sus actitudes recobraban fuerza; sus movimientos, agilidad; sus pasos, la ligereza y vivacidad de los de un niño. Cada vez que, de regreso de nuestras excursiones, entrábamos en el patio de casa, el viejo médico y su familia se hacían lenguas del prodigioso cambio operado por las últimas veinticuatro horas en su salud y del resplandor de juventud y de vida que brotaba de sus ojos.

La felicidad, efectivamente, parecía irradiar de ella, creandó en su derredor una atmósfera que envolvía también a los que la miraban. Este centelleo de la belleza, esta atmósfera del amor, no son, de ningún modo, como suele creerse, imágenes de poeta. El poeta no hace más que ver mejor lo que se escapa a las miradas distraídas o ciegas de los demás hombres. Se ha dicho muchas veces de una joven hermosa que esclarecía la obscuridad de la noche. De Julia podía decirse que caldeaba el aire en su derredor. Yo andaba y vivía envuelto en aquella tibia emanación de su belleza renaciente; los demás, la sentían al pasar.

## XXXII

Al volver a mi cuarto, durante los cortos instantes en que me veía obligado a separarme de ella, sentíame, aunque fuese al mediodía, como en un calabozo sin aire y sin luz. El sol más resplandeciente no me alumbraba, a menos que ella lo reflejase en mis ojos. Cuanto más la veía, más la admiraba y menos podía creer que fuese una criatura de la misma especie que yo. La divinidad de su amor había acabado por convertirse en mi imaginación en una fe. Sin cesar me prosternaba en espíritu ante aquel ser demasiado tierno para ser un dios, demasiado divino para ser una mujer. Buscaba nombres para ella y no los encontraba. ¡A falta de nombre, la llamaba en mi interior "misterio"! ¡Bajo este nombre, vago e indefinido, le rendía un culto que era de la tierra por la ternura; del sueño, por el entusiasmo; de la realidad, por la presencia, y del cielo, por la adoración!

Había logrado hacerme confesar que yo había, alguna vez, escrito versos; pero yo nunca se los había enseñado. Tampoco parecía sentir mucha afición por esa forma artificial y amañada del lenguaje, que altera, cuando no la idealiza, la simplicidad del sentimiento y de la impresión. Era de naturaleza demasiado viva, demasiado profun-

da y demasiado seria para condescender con esas formalidades, esos rodeos y esas lentitudes de la poesía escrita. Era ella la poesía sin lira: desnuda como el corazón, sencilla como la primera palabra, ensoñadora como la noche, luminosa como el día, rápida como el relámpago, inmensa como el espacio. Su alma era una escala infinita que ninguna prosodia habría podido fijar. Su misma voz era un canto perpetuo, inimitable con las armonías del verso. Para mí, ella era el poema viviente de la Naturaleza y de mí mismo. Mis sentimientos resonaban en su corazón; mis imágenes, en sus miradas; mi melodía, en su voz. Aparte de eso, la poesía, completamente materialista y completamente sonora de fines del siglo XVIII y del Imperio, cuyos principales volúmenes, como *Delille* y *Fontanes*, tenía en su habitación, no se había hecho para nosotros. ¡Su alma, que había sido acunada por las olas melodiosas de los trópicos, estaba llena de dolor, de amor, de desvarío que todas las voces del aire y de las aguas no habrían bastado a expresar! ¡Algunas veces, en mi presencia, procuraba leer aquellos libros y ensalzarlos por su reputación; los cerraba con un gesto de impaciencia y se quedaban mudos en sus manos, como cuerdas rotas cuya voz se busca en vano golpeando las teclas. La nota de su corazón estaba sólo en el mío; pero nunca pudo salir de él.

Los versos que ella había de inspirarme no debían resonar sino sobre su tumba. Nunca supo,

antes de morir, que amaba. Yo era para ella un hermano. Poco la habría importado que para los demás fuese un poeta. En su amor no había de mí nada que no fuese yo mismo.

Una sola vez le revelé involuntariamente un débil don de poesía, que ella estaba muy lejos de sospechar o de desear en mí. Mi amigo Luis... había venido a pasar unos días con nosotros. Habíamos llegado a la media noche entretenidos en lecturas, conversaciones íntimas, sueños en alta voz, tristezas y sonrisas. Comentábamos los tres que nuestros destinos, que poco antes se ignoraban mutuamente, se viesan ahora recogidos e identificados bajo el mismo techo, en un rincón del mismo hogar, a los murmullos de las mismas tempestades de otoño, en una casita de las montañas de Saboya; intentábamos adivinar por qué combinación de la Providencia o del azar los mismos vientos de la vida nos dispersarían o nos reunirían de nuevo. Tales ojeadas al horizonte de nuestras vidas futuras habían acabado por entristecernos.

Quedamos mudos ante la mesita de te en que estábamos acodados. Al fin, Luis, que era poeta, sintió surgir en su alma una nota de melancolía, y quiso escribirle. Le dió ella lápiz y papel, y él escribió, sobre el mármol de la chimenea, algunas estrofas muy lastimeras, bañadas en llanto, como las estrofas fúnebres de Gilbert. Luis tenía semejanza como poeta con Gilbert; habría podido escribir esas estrofas, que durarán

tanto como las lamentaciones de Job en la lengua de los hombres:

Al festín de la vida, infeliz convidado,  
llego una vez y muero.  
Muero y llego a mi tumba lentamente.  
¡Nadie vendrá a regarla con su llanto! etc.

Los versos de Luis me enternecieron. Cogí el lápiz de sus manos. Me retiré un momento al fondo de la habitación y escribí a mi vez estos versos, que morirán conmigo sin que los haya recogido nadie: los primeros versos que habían salido de mi corazón y no de mi imaginación. Helos aquí; pero no, los borro; todo mi genio estaba en mi amor, y se desvaneció con él.

Al terminar la lectura vi en el rostro de Julia, alumbrado por el reflejo de la lámpara, una expresión tan tierna de asombro y de belleza, tan sobrehumana, que quedé, como mis versos decían, indeciso entre el ángel y la mujer, entre el amor y la prosternación. Este último sentimiento venció en mi alma y en la de mi amigo. Ambos caímos de rodillas ante su canapé; besamos la orla del chaqué negro en que sus pies se envolvían. Aquellos versos le parecieron sólo la emanación instantánea y aislada del sentimiento que ella me inspiraba. Los elogió y no volvió a hablarme de ellos. Prefería nuestras conversaciones naturales, y aun los silencios soñadores, el uno junto al otro, a esos juegos del espíritu que más bien que expresar el alma, la profanan. Luis nos dejó unos días después.

## XXXIII

A consecuencia de aquellos primeros versos míos, débil estrofa del himno permanente de mi corazón, me rogó que le compusiese una oda, que ella enviaría, como un tributo de admiración y como una prueba de mi talento, a uno de sus amigos de París, a quien profesaba el mayor respeto y la mayor adhesión. Era monsieur de Bonald. Yo le conocía sólo de nombre y por la aureola de legislador filósofo y cristiano que con justicia le rodeaba. Me figuré que iba a dirigir mi voz a un Moisés moderno que de los rayos de otro Sinaí extraía la luz divina con que inundaba las leyes humanas. Escribí la oda en una noche. Por la mañana, bajo un castaño de la montaña, se la leí a aquella que me la había inspirado. Me la hizo leer tres veces, y por la noche la copió con su propia mano, ligera pero firme. Sus caracteres se deslizaban, como alas de sus pensamientos, sobre el papel blanco con la rapidez, la elegancia y la limpidez del vuelo de un pájaro en el aire. Al día siguiente la mandó a París. Monsieur de Bonald contestó haciendo muy buenos augurios sobre mi talento. Ese fué el origen de mis relaciones con aquel excelente hombre, a quien después admiré y quise por su carácter, sin compartir sus doctrinas teocráticas. Mi adhesión a sus símbolos, que yo desconocía, no había sido más que una complacen-

cia con el amor. Después había sido un homenaje a la virtud. Pero monsieur de Bonald era, como monsieur de Maitre, uno de esos profetas del pasado, uno de esos ancianos cuyas ideas se saluda con veneración. Sentados en el umbral del porvenir, no quieren entrar en él, y se detienen a escuchar un momento el bello gemir de las cosas que mueren en el espíritu humano.

## XXXIV

Había pasado el otoño; pero el invierno era todavía claro y tibio en los momentos en que el Sol asomaba entre las nubes. Nos hacíamos ilusiones, diciéndonos que el otoño duraba aún. ¡Tanto horror nos inspiraba el invierno, que había de separarnos! Frecuentemente, por las mañanas, caía la nieve en leves copos blancos, que, al posarse en las rosas de Bengala y en las perennes del jardín, parecían plumones de cisnes que hubiesen mudado de noche en los cielos, por donde los veíamos cruzar. A mediodía, el sol fundía la nieve; en el lago había horas deliciosas. El movimiento y la evaporación de las aguas, que reflejaban los últimos rayos de sol del año, entibaban la atmósfera. Las higueras, que desde las rocas expuestas al Mediodía se inclinan sobre las ondas, conservaban sus anchas hojas. La reverberación del sol sobre las rocas les daba todavía los colores, los esplendores y el color de las tar-

des de estío. Sólo que aquellas horas eran rápidas como el movimiento fugitivo de los remos que nos paseaban entre los luminosos escollos que forman la costa meridional del lago. La luz rasante del Sol sobre los abetos; los verdes musgos; los pájaros invernales, más ricamente engalanados de plumas, más joviales y familiares que los de primavera; la abundancia de espuma serpenteante de las mil cascadas que descienden por el declive de los prados y vienen a reunirse en los barrancos, desde los cuales caen al lago murmurando y saltando sobre las altas rocas lisas y negras; el ruido cadencioso de los remos; el triste rumor de la estela, que parecía una voz amiga y oculta bajo las olas que nos acompañaba en nuestro dolor con sus misteriosos gemidos, y, en fin, la placidez sobrenatural que experimentábamos en aquella atmósfera luminosa y cálida, el uno junto al otro y separados de la tierra por los abismos del agua, todavía nos inundaban a veces de tal voluptuoso sentimiento de existir, de tal alegría interior, de tal desbordamiento de paz en el amor, que habríamos pedido al cielo que nada añadiese a nuestra dicha. Pero a esta felicidad se mezclaba en nosotros el sentimiento de un próximo fin, y cada remada resonaba en nuestro corazón como un paso del día que nos acercaba a la separación. ¡Quién sabe, pensábamos, si mañana esas hojas trémulas no habrán caído al agua; si esos musgos, sobre los cuales todavía podríamos sentarnos, no estarán cubiertos de una espesa capa

de nieve; si esos arrecifes espléndidos, ese cielo azul, esas ondas centelleantes, no estarán sepultadas por las brumas de la noche próxima en un océano de pálidas y sombrías escarchas!

Estos pensamientos arrancaban de nuestro pecho un profundo suspiro; meditábamos sobre lo mismo sin decírnoslo, temerosos de evocar la desgracia al nombrarlo. ¡Oh! ¡Quién no ha sentido en su vida esas alegrías sin la seguridad del mañana, en que la vida se concentra en una hora que querríamos hacer eterna y que se nos escapa minuto a minuto, escuchando la oscilación del péndulo que señala los segundos; mirando a la aguja que devora la hora en la esfera; sintiendo la rueda del coche, que a cada vuelta acorta el espacio, oyendo el rumor de la proa que deja la ola atrás y nos acerca a la orilla donde habremos de descender del cielo de los sueños a la playa dura y fría de la realidad!

### XXXV

Una tarde, después de comer, cuando estábamos deliciosamente mecidos por la barca al sol, en una ensenada tranquila y tibia, entre los dos brazos del monte del Gato, oyendo el ruido lejano de una pequeña cascada que canta perpetuamente en las grutas, por donde pasa antes de ir a perdense en el abismo de las aguas, nuestros bateleros quisieron saltar a tierra para recoger las redes que habían

tendido la víspera. Nos quedamos solos en la embarcación, mal amarrada a una rama de higuera. El balance retorció y rompió la rama, y fuimos arrastrados lago adentro, sin darnos cuenta. Derivamos hasta el centro de la ensenada, a trescientos pasos de las rocas perpendiculares que la forman. Las aguas del lago tenían en aquel paraje ese color bronceado, ese espejo de metal fundido, esa plúmbea inmovilidad que les da siempre la sombra proyectada por los altos acantilados, en la vecindad de las rocas talladas a pico, y que anuncian la inconmensurable profundidad del lecho. Pude coger los remos para volver a la orilla; pero aquel aislamiento de toda naturaleza viviente nos producía un delicioso estremecimiento. Habríamos deseado perdernos así, no en un mar con orillas, sino en un firmamento que no las tiene. No oíamos ya la voz de los bateleros, que se habían perdido de vista por la playa de Saboya; sólo llegaban a nuestros oídos el ruido lejano e interminable de la cascada, el rumor de algunas ráfagas que de cuando en cuando cruzaban el aire inmóvil cargadas de armoniosos gemidos de los pinos y el sordo golpear de las ondas en los costados de la barca, cuando el solo movimiento de nuestras respiraciones la hacían balancearse.

El sol y la sombra de la montaña se repartía por igual en nuestra embarcación; la proa al sol, la popa en la penumbra. Yo estaba sentado a los pies de Julia, en el fondo de la lancha, como el primer día en que la traje de Haute-Combe. Nos compla-

cíamos en rememorar las circunstancias de aquel día, de aquella era íntima y misteriosa en que el mundo empezaba para nosotros, puesto que aquel día era la fecha de nuestro encuentro y de nuestro amor.

Ella estaba medio tendida en el banco, con un brazo por cima de la borda y pendiente sobre el agua. Apoyaba el otro en mi hombro, y su mano jugueteaba con un bucle de mis largos cabellos. Yo había echado la cabeza atrás para que mis ojos sólo viesen el firmamento y la silueta de ella, destacándose del fondo del cielo. Su rostro se inclinaba sobre el mío como para contemplar el Sol en mi frente y el día en mis ojos. Una expresión de dicha apacible, profunda, inefable, se desbordaba de su rostro y le daba un resplandor y una transparencia de alma dignos de aquel cuadro celeste sobre el cual la veía yo al adorarla. Súbitamente la vi palidecer, retirar un brazo de mi hombro y el otro de la borda, levantarse sobresaltada, llevarse a las manos a los ojos y cubrirse un instante la cara, reflexionar en silencio, y, por último, retirar las manos bañadas en lágrimas y exclamar con un acento de resolución firme y serena:

—¡Oh! ¡Muramos!...

Después de pronunciar esta palabra permaneció un momento callada, y luego prosiguió:

—¡Oh! ¡Sí, muramos! Porque la tierra no tiene ya nada que darnos, ni el cielo puede promernos más.

Miró largamente en su derredor el cielo, las

montañas, el lago, las ondas transparentes y semiluminosas bajo los costados de la barca.

—¡Mira—me dijo—fué la primera y última vez que empleó para hablarme esta forma de lenguaje solemne o familiar, según que se dirige a Dios o al hombre—, mira cómo todo está preparado en nuestro derredor para un desvanecimiento divino de nuestras vidas! He ahí el Sol del más bello de nuestros años, que se pone para no salir tal vez mañana; he ahí esas montañas, que por última vez se miran en el lago y extienden hasta nosotros sus largas sombras, como para decirnos: “Envolveos en ese sudario que os tiendo”; he ahí las ondas puras, diáfanas, profundas, silenciosas, que nos preparan un lecho de arena del cual nadie vendrá a levantarnos para decir: “¡Partamos!” Ningún ojo humano nos ve. Nadie sabrá por qué misterio irá mañana la barca vacía a encallar en alguna roca de la costa. Ni el más leve fruncimiento de esas ondas delatará a los curiosos o a los indiferentes el lugar donde dos cuerpos se deslizaron abrazados bajo las aguas, de donde dos almas se habrán elevado reunidas al eterno éter. ¡No quedará de nosotros sobre la tierra otro rumor que el de la onda que se cierre detrás de nosotros!... ¡Oh! ¡Muramos en esta embriaguez del alma y de la naturaleza, que no nos dejará sentir de la muerte más que su voluptuosidad! ¡Más tarde, querremos morir y moriremos quizás menos felices! Tengo algunos años más que tú; esta diferencia, insensible hoy, se

ahondará con el tiempo. Lo poco de atrayente que te ha seducido en mi rostro pronto se marchitará. No quedará en tus ojos más que el recuerdo y el asombro de tu entusiasmo desvanecido. Además, yo no puedo ser más que un alma para ti...- Tú sentirás la necesidad de otras dichas... Si las hallaras en otra mujer, yo moriría de celos. ¡Yo moriría de dolor si te viese desgraciado por mi culpa!... ¡Oh! ¡Muramos, muramos! ¡Ahoguemos ese porvenir, feliz o siniestro, en este último suspiro, que al menos no traerá a nuestros labios más que el sabor sin mezcla de la completa felicidad!...

Mi alma me decía al mismo tiempo y con la misma fuerza lo que su boca decía a mis oídos, lo que la Naturaleza, solemne, muda, fúnebre, en el esplendor de su hora suprema, decía a todos mis sentidos. Las dos voces que yo escuchaba, una fuera y otra dentro de mí, me decían las mismas palabras, como si uno de aquellos lenguajes hubiese sido nada más que el eco o la traducción del otro. Olvidé el universo, y la respondí:

—¡Muramos!.....

.....

Rodeé con ocho vueltas a nuestros cuerpos, estrechamente unidos como en un mismo sudario, las cuerdas de la red de los pescadores que hallé a mano en la embarcación. La levanté en mis brazos, que había dejado libres, para precipitarla conmigo en las olas... En el momento mismo en que el impulso que yo había dado a nuestros

cuerpos con mis pies iba a sepultarnos para siempre, sentí que su pálida cabeza se abatía con el peso de una cosa muerta sobre mi hombro y que su cuerpo se doblaba por las rodillas. El exceso de emociones, la alegría de morir juntos se habían anticipado a la muerte. Julia se había desmayado en mis brazos. Me sobrecogió con súbito horror la idea de que iba a abusar de su desmayo para arrastrarla, sin que ella lo supiese, y tal vez a su pesar, a mi propia tumba. Me retiré, bajo su peso, al fondo de la barca, y me apresuré a desatar las cuerdas que nos rodeaban. La tendí sobre un banco. Moje mis manos en el lago y estuve mucho tiempo salpicando de gotas de agua fría sus labios y su frente. No sé cuánto tiempo permaneció así, sin sentido, sin color y sin voz. Cuando observé que abría los ojos y volvía a la vida, ya llegaba la noche, y la ondulación insensible de las aguas nos había llevado a pleno lago.

—¡Dios no lo ha querido!—le dije—. Vivimos; lo que nos parecía un derecho de nuestro amor, ¿no sería un doble crimen? ¿No hay en la tierra alguien a quien nos debamos?... ¿Nadie tampoco en el cielo?—añadí mostrándole, respetuosamente, con una ojeada y un gesto, el firmamento, como si hubiese vislumbrado en él al juez y dueño de los destinos.

—No hablemos más de ello—me dijo quedamente—. ¡No hablemos jamás! ¡Habéis querido que viva, y viviré; mi crimen no era morir, sino hacerlos morir conmigo!

Había cierta amargura y como un tierno reproche en su acento y en su mirada.

—¿Hay en el mismo cielo—le dije respondiendo a sus pensamientos—, horas como las que acabamos de pasar juntos? En la vida sí las hay, y eso basta para que yo la adore.

Esta vez recobró rápidamente el color y la serenidad. Empuñé los remos y conduje lentamente la barca hacia la playa de arena. Allí oí la voz de los pescadores que habían encendido fuego en el hueco de una roca. Volvimos a cruzar el lago soñando y entramos en casa silenciosos.

### XXXVI

Cuando por la noche entré en su cuarto, la encontré sentada ante la mesa y deshecha en lágrimas; entre las tazas de té había varias cartas esparcidas.

—Mejor habríamos hecho en morir de una vez, porque he aquí la larga muerte de la separación, que va a empezar para mí—dijo, mostrándome con el dedo las cartas que traían el sello de Ginebra y París.

Su marido le escribía que comenzaba a inquietarle su larga ausencia en una estación que podría hacerse rigurosa de un momento a otro; que de mes en mes se sentía más débil y deseaba abrazarla y bendecirla antes de morir. Sus tristes instancias venían mezcladas de ternezas

paternales y sazonadas con joviales alusiones al hermoso y joven hermano que la hacía olvidarse demasiado de sus amistades. La otra carta era de un médico de Ginebra que había de venir a recogerla para llevarla a París. Decía que se veía obligado a partir aceleradamente, llamado por un príncipe soberano de Alemania, que reclamaba sus cuidados, y que en su lugar vendría a buscarla un hombre respetable y de confianza, que la acompañaría a París y la serviría de ayuda de cámara y de correo durante el viaje. Este hombre había llegado ya, y la salida se había fijado para dos días después.

Tales noticias, aunque presentidas a diario, nos impresionaron como si nunca hubieran debido llegar. Pasamos más de media noche en silencio, con los ojos secos, acodados en la mesita el uno frente al otro, sin osar mirarnos ni hablar, porque temíamos prorrumpir en llanto, y sin que interrumpiesen aquella larga agonía muda de nuestros pensamientos más que algunas palabras deshilvanadas y distraídas, pronunciadas con voz hueca y sorda, palabras que resonaban en la estancia como gotas de llanto sobre un fénetro. Yo decidí partir también.

### XXXVII

El siguiente día fué la víspera de nuestra separación. El día aventajó en calor y esplendor

a los más serenos de octubre, como si quisiera burlarse de nuestra separación.

Mientras se hacían las maletas y se cargaba el coche, partimos con los mulos y los guías. Fuimos a despedirnos del valle y de la montaña, y como a recorrer las estaciones de nuestro amor en todos aquellos lugares donde nos habíamos entrevisto primero y encontrado después; adonde luego habíamos ido juntos, y, más tarde, nos habíamos hallado, amado y sentado sobre la hierba durante aquel divino comercio entre la solitaria Naturaleza y nosotros. Empezamos por Tresserves, ¡encantador collado! Se eleva como una larga duna de verdura entre los lagos y el valle de Aix. Sus laderas, cortadas a pico sobre las aguas, están pobladas de castaños dignos de ser castaños de Sicilia. Las ramas, tendidas sobre el abismo, encuadran el cielo o el lago, según se mire desde abajo o desde arriba. Sentados sobre las raíces, aterciopeladas por el musgo de aquellos hermosos árboles, bajo los cuales pasan los jóvenes y las muchachas como hormigas, habíamos edificado la mayor parte de nuestros ensueños en horas de contemplación. Desde allí bajamos por una pendiente rápida hasta un solitario castillo que se llama Bon-Port. Esta fortaleza está sumida, por el lado de la tierra, en los castañares de Tresserves, y, por la parte del lago, en los profundos repliegues de una ensenada abrigada de las olas, que cuesta trabajo divisarla, tanto si se va caminando por la colina, como si se na-

vega por el pequeño mar de Bourget. Una terraza cubierta por algunas higueras separa al castillo de la playa de fina arena, adonde llegan continuamente, muriendo, espumando, lamiendo el suelo y balbuciendo, las lengüecillas azules de las olas. ¡Oh cómo envidiábamos a los poseedores de aquel nido ignorado de los hombres, oculto entre los ramajes y las aguas y sólo conocido de las aves del lago, del viento del Mediodía y del Sol! Mil veces le colmamos de bendiciones y le deseamos que abrigase corazones como los nuestros.

### XXXVIII

Desde Bon-Port subimos, contorneando la extremidad del collado de Tresserves, por el Norte, hacia las altas montañas que dominan el valle de Chambéry. Volvimos a ver las mesetas, las praderas, las cabañas sepultadas bajo los nogales, los ribazos musgosos donde mugen los ternerrillos, cuyas esquilas resonaban incesantemente como para advertir a los pastores que los cuidaban desde lejos. Subimos hasta las últimas quintas. Ya el viento glacial del invierno había abrasado la punta de las hierbas.

Recordamos las horas deliciosas que habíamos pasado allí, las palabras que allí nos habíamos dicho, las ilusiones que allí nos habíamos hecho de separarnos completamente del mundo, los suspiros que en aquel mismo lugar habíamos con-

fiado a los vientos y a la irradiación de las montañas para que los llevaran al cielo. Nos recordamos todas aquellas horas de paz y felicidad que velaron, todos aquellos sueños, todos aquellos gestos, todas aquellas miradas, todas aquellas aspiraciones, como se desamuebla una casa, al abandonarla, de todo lo máspreciado que hay en ella. Mentalmente, enterramos todos aquellos tesoros, todos aquellos recuerdos, todas aquellas esperanzas, entre las paredes de madera de aquellos hoteles cerrados hasta la primavera, como en un depósito de nuestras almas, para recobrarlos intactos al regresar, ¡si alguna vez habíamos de regresar!

## XXXIX

Descendimos por las anchurosas mesetas, cubiertas de bosques, hasta el lecho hirviente de una cascada. Hay allí un pequeño monumento fúnebre erigido en memoria de una hermosa joven, la señora de Broc, que hace años fué arrebatada por un torbellino de las aguas y cayó a la gruta, cuyas espumas, al cabo de mucho tiempo, devolvieron su vestido blanco, lo cual permitió hallar también el cuerpo de la víctima. Los amantes van con frecuencia a sentarse ante la húmeda tumba. ¡Allí, sus corazones se oprimen, enlázanse sus brazos al pensar que de un traspies sobre una piedra resbaladiza pende su frágil felicidad!

Desde aquella cascada, que ha tomado el nombre

de *Madame de Broc*, marchamos silenciosamente hacia el lago. Se le domina en toda su extensión desde el pie del castillo de San Inocencio. Allí nos apeamos de nuestros mulos, bajo un alto oquedal de encinas, dispersas entre matorrales, y que a la sazón estaba solitario. Después, un rico indiano ha construído allí una hermosa casa de campo, y ha plantado jardines en su recinto paternal. Dejamos que nuestros mulos paciesen sueltos por el monte bajo la guarda de los chicos que los conducían. Avanzamos solos de árbol en árbol y de clara en clara, hasta la punta de la lengua de tierra, desde donde veíamos brillar el lago y oíamos el murmurio de las aguas. Aquel oquedal de San Inocencio es un cabo que avanza entre las olas en la parte más melancólica y más despoblada de la ribera. Termina en unas rocas de granito grisáceo, lavadas por la espuma cuando el viento la solivianta, secas y lucientes cuando se calman las olas. Nos sentamos en dos de estas peñas. Enfrente, a la otra parte del lago, la abadía de Haute-Combe se erguía ante nosotros como una pirámide negra. Contemplamos una manchita blanca que brillaba al pie de las sombrías terrazas del monasterio: ¡era la casa del pescador adonde aquellas olas nos habían arrojado a los dos para reunirnos eternamente por el azar de aquel encuentro; era la estancia donde había transcurrido aquella noche, fúnebre y divina a la vez, que había decidido sobre nuestras vidas!

—¡Allí es!—me dijo ella, extendiendo el brazo sobre el lago y señalándome con el dedo el punto luminoso, apenas visible en la lejanía y en la sombra de la orilla opuesta—. Llegarán un día y un lugar—añadió tristemente—en que el recuerdo de lo que allí pasó entre nosotros en momentos inmortales no se os aparezca, desde la lejanía de vuestro porvenir, sino como esa manchita en el fondo tenebroso de esa costa.

No pude responder a esta palabras; hasta tal punto aquel acento, aquella perspectiva abierta sobre la muerte, sobre la inconstancia, sobre la fragilidad, sobre la posibilidad de olvidar, me habían destrozado el corazón y henchido el alma de presentimientos. Prorrumpí en lágrimas. Las ocultaba entre mis dedos, volviéndome hacia el viento de la tarde para que él las enjugase y no apareciesen en mis ojos; pero ella las vió.

—Rafael—añadió más tiernamente—; no, nunca me olvidaréis. Lo sé. Lo presiento; pero el amor es corto y la vida es lenta. Viviréis, después de mí, largos años. Agotaréis cuanto la Naturaleza ha puesto de dulce, de fuerte, de amargo en los labios humanos. Seréis un hombre. Lo advierto en vuestra sensibilidad, a la vez viril y femenina. ¡Seréis hombre con toda la miseria y toda la grandeza de ese nombre de hombre con que Dios ha designado a una de sus más extrañas criaturas! ¡En una sola de vuestras aspiraciones tenéis aliento para millares de vidas! ¡Vi-

viréis con toda la energía y en toda la extensión de esa palabra: la vida! Yo...—Calló un momento, y alzó el brazo y los ojos al cielo, humillando al mismo tiempo la cabeza para dar gracias—. ¡Yo, yo he vivido!...; he vivido bastante—prosiguió con acento de satisfacción—, puesto que he respirado, para llevármelo por siempre conmigo, el hálito de la única alma que esperaba en la tierra y que me vivificaría en la misma muerte, de donde me habéis llamado... ¡Moriré joven, y ahora no sentiré morir, porque he agotado en un aliento esta vida que vos no agotaréis hasta que esos hermosos bucles castaños sean blancos como la espuma que salta a vuestros pies!

”Este cielo, esta orilla, este lago, estas montañas han sido la escena de mi única y verdadera vida en este mundo. ¡Juradme confundir de tal modo en vuestra memoria ese cielo, esa orilla, ese lago y esas montañas con mi recuerdo; que la imágen de este lugar sagrado sea en adelante inseparable en vos de mi propia imágen; que esta naturaleza en vuestros ojos y yo en vuestro corazón no seamos más que uno! ¡A fin —prosiguió— de que, cuando volváis aquí, después de muchos días, para ver de nuevo esta magnífica Naturaleza, discurrir bajo estos árboles, sentaros al borde de estas ondas, escuchar estas brisas y estos murmurios, volváis a verme y oírme tan presente, tan viva y tan amante como aquí!...”

No pudo concluir. Rompió a llorar. ¡Oh cuán-

to lloramos! ¡Y cuánto tiempo lloramos! El ruido de nuestros sollozos, sofocados con las manos, se confundía con los sollozos del agua en la arena. Nuestras lágrimas formaban leves rizos en el agua que dormía a nuestros pies. ¡Al cabo de veinte años no puedo recordarlo sin sollozar todavía!

¡Oh, hombres! No os inquietéis por vuestros sentimientos y no temáis que el tiempo se los lleve. No existen el *hoy* ni el *mañana* en las resonancias de la memoria; sólo existe el *siempre*. El que ya no siente, es que nunca ha sentido. Hay dos memorias: la memoria de los sentidos, que se desgasta con ellos y que deja perder las cosas perecederas, y la memoria del alma, para la cual no existe el tiempo, que vuelve a ver a la vez todos los puntos del pasado y del presente de su existencia; ¡facultad del alma que tiene, como el alma misma, la ubicuidad, la universalidad y la inmortalidad del espíritu! Tranquilizaos los que amáis: el tiempo no tiene poder sino sobre las horas, no sobre las almas.

## XL

Intenté hablarle, pero no pude. Hablaron mis sollozos, juraron mis lágrimas. Nos levantamos para reunirnos con los espoliques. Volvimos, a la luz del sol poniente, por la larga calle de álamos deshojados, donde ella había retenido tanto

tiempo mi mano la primera vez que hizo aquel camino en el palanquín. Cuando cruzamos el largo suburbio de chozas que precede a la puerta de la ciudad, y al pasar por la plaza y la calle que sube hacia Aix, saludábannos caras entristecidas desde las ventanas y desde los umbrales, como las almas tiernas saludan la partida de dos golondrinas rezagadas que son las últimas en abandonar sus nidos. Las pobres mujeres se levantaban de los bancos de piedra donde estaban hilando junto a sus casas; los chiquillos abandonaban las cabras y los asnos que traían consigo; todo venían a dedicar: éstos, una mirada; aquéllos, una frase; los otros, una muda inclinación de cabeza a la joven señora y al que creían su hermano. ¡Les parecía tan bella, tan preciosa, tan amable! Diríase que era el último rayo de sol del año que se retiraba del valle.

Cuando llegamos a lo más alto de la población nos apeamos de los mulos. Nos despedimos de los niños. No queriendo perder ni una hora de aquel último día, que todavía brillaba en las nieves rosadas de los Alpes, trepamos lentamente, los dos solos, por un hondo camino que conduce al jardín de una linda casa que se llama *la casa Chevalier*. Desde la terraza donde está el jardín, la vista se expande libremente sobre la ciudad, el lago, las gargantas del Ródano, las mesetas escalonadas, los desfiladeros y las cimas del paisaje alpestre, respecto del cual este sitio es como una meseta erigida en el centro del panorama. Allí nos es-

tuvimos, sentados en el tronco de un árbol derribado, con los codos apoyados en el muro que sirve de parapeto a la terraza, mudos, inmóviles, contemplando uno por uno o todos a la vez los distintos lugares que desde hacía seis semanas habíamos llenado con nuestras miradas, nuestros pasos, nuestras conversaciones, nuestros comunes ensueños, nuestros suspiros. Cuando todos aquellos lugares se esfumaron en el crepúsculo y en la sombra; cuando sólo quedó un poco de luz boreal en un rincón del horizonte, al Occidente, nos levantamos como sobresaltados los dos, sin habernos puesto de acuerdo, y huímos, mirando atrás, aunque en vano, como si una mano invisible nos hubiese expulsado de aquel edén, plegando cruelmente a nuestro paso toda aquella decoración de nuestra dicha y nuestros amores.

## XLI

Volvimos a casa. La noche fué triste. Pero como yo había de acompañar a Julia en el pescante de su carruaje hasta Lyon, cuando la aguja del reloj señaló las doce me retiré para que pudiese descansar un poco hasta la mañana. Me acompañó hasta la puerta. La abrió. "¡Hasta mañana", le dije, besando la mano que me tendía en el pasillo. No contestó; pero la oí murmurar sollozando tras de la puerta, que yo cerraba: "¡No hay mañana para nosotros!"

Todavía las hubo, pero fueron breves y amargas como las últimas gotas de una copa apurada. Salimos antes de amanecer para Chambery, a fin de no mostrar a la luz del día nuestras mejillas pálidas de insomnio y nuestros ojos enrojecidos por las lágrimas. Allí pasamos el día en un modesto albergue del arrabal de Italia. Aquella posada, cuyas galerías de madera daban a mi jardín, atravesado por un riachuelo, aun nos conservaba la ilusión por unas horas recordándonos las galerías, la soledad y el silencio de nuestra vivienda de Aix.

## XLII

Queríamos, antes de salir de Chambery y su amado valle, ir juntos a visitar la casita de Juan Jacobo Rousseau y de madame de Warens, en los Charmettes. Un paisaje no es otra cosa que un hombre o una mujer. ¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso? ¿Qué es Sicilia sin Teócrito; el Paraclete sin Eloísa; Annecy sin madame de Warens; Chambery sin Juan Jacobo Rousseau? Cielo sin luz, voz sin eco, lugares sin almas. El hombre no anima solamente al hombre, sino a la Naturaleza entera. Lleva consigo al cielo una inmortalidad, y deja otra en los lugares que ha consagrado. Buscando sus huellas, se las halla, y, en realidad, se conversa con él.

Llevamos con nosotros el volumen de las *Confes-*

siones, donde el poeta de los Charmettes describe aquel retiro campesino. Rousseau fué arrojado allí por los primeros naufragios de su destino y acogido en el regazo de una mujer joven, bella, juguete de la suerte y náufraga como él. Aquella mujer parecía haber sido hecha ex profeso, por la Naturaleza, de debilidades y virtudes, de sensibilidad y de licencia, de piedad y de independencia de espíritu para incubar la adolescencia del aquel extraño genio en cuya alma convivían un sabio, un amante, un filósofo, un legislador y un insensato. Otra mujer acaso habría hecho florecer otra vida. En un hombre se encuentra siempre entera la primera mujer a quien amó. ¡Feliz quien hubiese hallado a madame de Warrens antes de su profanación! Era un ídolo adorable, pero ya hollado. Ella misma rebajaba el culto que un alma virgen y enamorada le rendía. Los amores de aquel joven con aquella mujer son una página de *Dafnis y Cloe*, que fué arrancada del libro y ha reaparecido mancillada y sucia en el lecho de una cortesana.

No importa. Era el primer amor o el primer delirio de un hombre joven y hermoso. El sitio donde ese amor nació; el pabellón donde Rousseau hizo sus primeras confidencias; la estancia donde sintió el rubor de las primeras emociones; el corral donde el discípulo se gloriaba de descender a los más humildes trabajos corporales para servir a su amante en su protectora; los castaños dispersos a cuya sombra se sentaban

juntos para hablar de Dios, intercalando en aquellas joviales teologías risas locas y caricias infantiles; dos figuras tan bien colocadas en el cuadro de aquel paisaje, tan bien confundidas en aquella Naturaleza salvaje, reconcentrada, misteriosa como ellas; todo aquello, tiene para los poetas, para los filósofos y para los amantes un atractivo oculto, pero muy hondo, que nos seduce sin que nos demos cuenta de él. Para los poetas, es la primera página de aquella alma que fué un poeta; para los filósofos, es la cuna de una revolución; para los amantes, el nido de un primer amor.

### XLIII

Discurriendo sobre este amor, subimos al sendero pedregoso que cruza el barranco por donde se va a los Charmettes. Estábamos solos. Hasta los cabreros habían abandonado las secas praderas y los setos sin hojas. El Sol brillaba a través de algunas nubes rápidas, y sus rayos concentrados calentaban más que los flancos, bien abrigados, del barranco. Los petirrojos saltaban casi al alcance de nuestra mano por los matonrales. De vez en cuando nos deteníamos y nos sentábamos al margen del sendero para leer una o dos páginas de las *Confesiones* e identificarnos con el sitio.

Evocábamos al joven vagabundo, casi andrajoso, llamando a la puerta de Annecy y entregando, todo ruboroso, su carta de recomendación a la bella re-

clusa, en el sendero desierto que conducía de su casa a la iglesia. El joven y la joven reclusa nos parecían tan presentes, que llegábamos a creer que nos oían y que íbamos a verlos en las ventanas o por las calles del jardín de los Charmettes. Reanudábamos en seguida el camino para detenernos de nuevo. Aquel lugar nos atraía y nos repelía al mismo tiempo como un sitio donde el amor había sido revelado y como un sitio donde fué profanado también. Para nosotros no existía ese peligro. Habíamos de conservar nuestro amor eternamente tan puro y tan divino como entonces lo llevábamos en nuestras almas.

“¡Oh!—me decía yo interiormente—; a ser yo Rousseau, ¿qué no habría hecho de mí esta otra madame de Warens, tan superior a la de los Charmettes como yo soy inferior, no en sensibilidad, pero sí en genio, a Rosseau?”

Así meditando, trepamos por una pradera de áspero declive, plantada aquí y allá, de viejos nogales. Estos árboles habían visto a los dos amantes jugar sobre sus raíces. A la derecha, en el paraje donde la garganta se estrecha como si fuese a cerrar del todo el paso al viajero, se alza sobre una terraza de piedras toscas y mal unidas la casa de madame de Warens. Es un pequeño cubo de piedras grises perforado, del lado de la terraza, por una puerta y dos ventanas; lo mismo del lado del jardín: tres habitaciones arriba y una gran sala en el piso bajo, sin otros muebles que un retrato de madame de Warens en su juventud. El lindo rostro

irradia, a través de la pátina del lienzo ahumado, belleza, ensueño y jovialidad. ¡Pobre mujer encantadora! Si no hubiese encontrado a aquel niño errante por las carreteras; si no le hubiese abierto su casa y su corazón, aquel genio sensible y doliente se hubiera extinguido en el cieno. Aquel encuentro parece un azar, pero ella fué la predestinación del grande hombre bajo la figura de una primera amante. Ella le salvó, le cultivó, le exaltó en la soledad, en la libertad y en el amor, como esas huríes de Oriente que preparan a los jóvenes seídes al martirio por la voluptuosidad. Ella le hizo de imaginación soñadora, de alma femenina, tierno de acento y apasionado por la Naturaleza. Al comunicarle su alma, le transmitió el entusiasmo por las mujeres, por los jóvenes, por los amantes, por los pobres, por los oprimidos, por los desventurados de su siglo. ¡Ella le dió el mundo y él fué ingrato!... ¡Ella le dió la gloria, y él la legó el oprobio!... Pero la posteridad debe ser agradecida con ellos y perdonar una debilidad que nos valió el profeta de la libertad. Cuando Rousseau escribió aquellas páginas odiosas para su bienhechora, no era ya Rousseau, era un pobre insensato. ¿Quién sabe si su imaginación enferma y conturbada, que entonces le hacía ver un insulto en el beneficio y el odio en la amistad, no le hizo ver también a la cortesana en la mujer sensible y el cinismo en el amor? Siempre he tenido esa sospecha. Yo reto a un hombre razonable a reconstituir con verosimilitud el carácter que Rousseau atribuye a su aman-

te con los elementos contradictorios que él asocia en aquella naturaleza de mujer. Cada uno de esos elementos excluye a otro. Si ella tenía bastante alma para amar a Rousseau, no amaba a la vez a Claudio Anet. Si lloraba a Claudio Anet y a Rousseau, no amaba al joven peluquero. Si era piadosa, deploraba sus debilidades, no se gloriaba de ellas. Si era seductora, bella y fácil, como Rousseau nos la pinta, no estaba en el caso de buscar adoradores entre los vagabundos, por las calles o los caminos reales. Si haciendo tal vida afectaba devoción, era una mujer calculadora o una hipócrita. Si era una hipócrita, no era la mujer abierta, franca y abandonada de las *Confesiones*. Ese retrato no es fiel. Es una cabeza y un corazón de fantasía. Debajo de eso hay un misterio. Este misterio está acaso en la mano extraviada del pintor más que en la naturaleza de la mujer cuyos trazos pinta. Ni es necesario acusar al pintor que no estaba en su pleno juicio, ni creer en el retrato que desfigura una adorable creación después de haberla bosquejado.

Por mi parte, nunca he creído que madame de Warens se reconocía en las sospechosas páginas de la vejez de Rousseau. Siempre me la he imaginado tal como se apareció en Annecy al joven poeta: bella, sensible, tierna, un poco ligera, aunque realmente piadosa; pródiga de bondades, trastornada de amor e inflamada en el deseo de confundir los dulces nombres de madre y amante en su afección por aquel niño que la Providencia la entregaba, y que ella adoptaba por ne-

cesidad de amar. He ahí el verdadero retrato, tal como los ancianos de Chambery y de Annecy me han dicho haberlo oído mil veces de labios de sus padres. El alma misma de Rousseau atestigua contra sus recriminaciones. ¿De dónde habría tomado él aquella piedad sublime y tierna, aquella melancolía femenina del corazón, aquellos finos y delicados rasgos de sensibilidad, si una mujer no se los hubiese dado al darle su corazón? No; la mujer que ha creado un hombre semejante no es una cínica cortesana: es una Eloísa caída. Pero una Eloísa caída en el amor y no en la depravación y la torpeza. Yo apelo ante el Rousseau joven y amante del Rousseau viejo y lúgubre calumniador de la naturaleza humana; y lo que yo voy frecuentemente a buscar en los Charmettes, en mis ensueños, es una madame de Warens, más sugestiva y seductora a mis ojos y a mi corazón que a los de él.

#### XLIV

Una pobre mujer nos encendió fuego en la habitación de madame de Warens. Habitada a las visitas de los extranjeros y a sus conversaciones, largas y recogidas en aquel teatro de los primeros años de un hombre célebre, prosiguió luego, sin preocuparse de nosotros, sus ocupaciones en la cocina y en el corral. Nos dejó calentarnos en paz a la lumbre, o discurrir libremente de la sala al jardín y del jardín a las otras estancias.

El jardín, inundado de sol, rodeado de una tapia que le separaba de los viñedos, mondado de hierbas y legumbres y plagado de plantas parásitas, malvas y ortigas, parecía uno de esos camposantos de pueblo adonde van los aldeanos el domingo a tomar el sol, recostados en los muros de la iglesia y con los pies sobre las tumbas. Sus paseos, antaño enarenados, ahora cubiertos de tierra húmeda y musgo amarillento, mostraban suficientemente el abandono en que los había dejado la ausencia de los pobladores. ¡Oh, cómo habríamos deseado descubrir en ellos la huella de un pie de madame de Warens, de los tiempos en que iba de árbol en árbol y de cepa en cepa, llenas las manos de flores, a coger peras en la huerta o racimos en la viña, loqueando con el discípulo o el confesor! Pero en la casa no queda más huella de ellos que ellos mismos. Su nombre, su memoria, su imagen, el sol que vieron, el aire que respiraron y que todavía parece inflamado de su juventud, tibio de su aliento, sonoro de su voz; os envuelven en los mismos fulgores, en las mismas respiraciones, en los mismos ensueños y en los mismos rumores con que ellos encantaron su primavera.

Notaba yo en el recogimiento, en la fisonomía meditabunda y en el silencio de Julia que la impresión de aquel santuario de amor y genio no la conmovía menos profundamente que a mí. Había momentos en que hasta me esquivaba para verse a solas con sus pensamientos, como si bu-

biera tenido miedo de comunicármelos todos; entraba, para calentarse, en la casa cuando yo estaba en el jardín, y volvía al jardín y se sentaba en el banco de piedra del cenador si yo iba a buscarla junto al fuego. Al fin, nos reunimos en el cenador; las últimas hojas amarillentas del emparrado pendían próximas a desprenderse de sus pámpanos, y dejaban al sol entrar en el cenador y como vestirle con su rayos.

—¿En qué queréis pensar sin mí?—le dijo con acento de dulce reconvención.

—¿Pienso yo nunca solo?

—¡Ay!—dijo ella—. ¡No me creeréis, pero pensaba en que, por una vez sola, querría ser para vos madame de Warens, aunque hubiese de ver extinguirse el resto de mis días en el abandono y mi memoria en la vengüenza, como ella! ¡Aunque vos hubiérais de ser tan ingrato y tan calumniador como Rousseau!...

”¡Qué dichosa es!—prosiguió perdiendo su mirada en el cielo como si hubiese buscado y entrevisto allí la imagen de la mujer a quien envidiaba—. ¡Qué dichosa es, ya que pudo ofrecer su propio sacrificio al ser que amaba!

”¡Oh, qué gratitud y que profanación de vos misma y de nuestra ventura!—le respondí, llevándola a pasos lentos sobre las hojas muertas, que gemían bajo nuestros pies, hacia la casa—. ¿Os he hecho yo notar por una sola palabra, por una sola mirada, por un solo suspiro, que le falte algo a mi amarga, pero completa felicidad?

¿No concebís, pues, en vuestra imaginación angelical, para otro Rousseau, si la Naturaleza hubiese hecho dos, otra madame de Warens; una madame de Warens joven, virginal, pura, ángel, amante y hermana a la vez, que diese su alma entera, su alma inviolable e inmortal, en lugar de sus encantos perecederos, a un hermano perdido y recobrado, joven, extraviado, errante también, como el hijo del relojero, por este mundo; abriendo a ese hermano, en vez de su casa y su jardín, el hogar luminoso de sus ternuras; purificándole con sus rayos; lavándole de sus manchas primeras con el agua de sus lágrimas; desilusionándole para siempre de toda otra voluptuosidad que la de una contemplación y una posesión interior; enseñándole a gozar de las mismas privaciones, mil veces superiores a las saciedades sensuales que el bruto comparte con el hombre; trazándole su camino en la vida al fulgor de sus miradas protectoras; excitándole a la gloria y a la virtud y recompensándole del sacrificio con este pensamiento: que gloria, virtud, sacrificios, todo se cuenta con el corazón de una amante, todo se acumula en su amor, todo se multiplica en su gratitud, todo va a aumentar ese tesoro de ternura que se calma aquí abajo y no ha de abrirse sino en el cielo?..."

Sin embargo de hablar así, caí anonadado, y cubriéndome con las manos el rostro, en una silla lejos de la suya, contra el muro. Allí permanecí callado mucho tiempo.

—Vámonos—me dijo—; tengo frío. ¡Este sitio no es bueno para nosotros!” Dimos a la buena mujer unas monedas, y tomamos lentamente el camino de Chambery.

## XLV

Al día siguiente salía Julia para Lyón. Por la noche vino a vernos Luis... a nuestro hospedaje. Le decidí a partir conmigo para pasar unas semanas en la casa de mi padre, situada en el camino de París a Lyón. Marchamos juntos. Entre los alquiladores de coches de Chambery buscamos una carretela, con la cual seguiríamos en posta al coche de mi amiga hasta la población donde era forzoso separarnos. Hallamos lo que buscábamos.

Antes del alba estábamos ya de camino y galopábamos silenciosos por las sinuosas gargantas saboyanas que en el puente de Beauvoisin se abren sobre las llanuras pedregosas y monótonas del Delfinado. A cada relevo nos apeábamos para ir al carruaje delantero e informarnos de la salud de la pobre enferma. ¡Ay! Cada giro de rueda que la alejaba del manantial de vida que había encontrado en Saboya, parecía robarle los colores y devolver a sus ojos aquel desfallecimiento y aquella sorda fiebre que me habían impresionado, como la belleza de la muerte, la primera vez que la vi. La proximidad del momento en que habíamos de separarnos la oprimían visiblemente.

te el corazón. Entre la Tour-du-Pin y Lyon entramos en su coche para distraerla por unos instantes. Le rogué que cantase a mi amigo la romanza del marinero escocés. Quiso obedecerme. Pero a la segunda estrofa, que cuenta la separación de los dos amantes, la semejanza de nuestra situación con la tristeza desesperada de las notas de la balada en su voz la hizo, como a nosotros, deshacerse en lágrimas. Se echó por el rostro un chal negro que llevaba aquel día. La vi mucho tiempo sollozar bajo el chal. Al último relevo sufrió un desmayo que le duró hasta la puerta del hotel donde nos alojamos en Lyon. Ayudamos a su doncella a llevarla al lecho. Por la noche se repuso, y al siguiente día seguimos nuestro camino hasta Mâcon.

## XLVI

Allí era donde habíamos de separarnos definitivamente. Mi amigo y yo dimos las necesarias instrucciones a su correo. Aceleramos la despedida, por miedo de empeorar su enfermedad prolongando emociones dolorosas, como se rasga aprisa una herida para no oír los quejidos. Mi amigo marchó a las tierras de mi padre, adonde yo pensaba seguirle al otro día.

Pero, apenas partió Luis, me sentí incapaz de mantener la palabra que le había dado. La idea de dejar a Julia seguir llorando un largo camino invernal, al cuidado de dos sirvientes, sin saber

si caería enferma, sola en algún hospedaje, y hasta moriría llamándome en vano, me impidió reposar. Yo no tenía dinero. El buen viejo que me prestó los veinticinco luses había muerto durante mi ausencia. Cogí mi reloj, una cadena de oro que tres años antes me había dado una amiga de mi madre, algunas alhajas, mis charreteras, mi sable, los galones de plata de mi uniforme; lo envolví todo en una capa, y me fuí a casa del joyero de mi madre; me dió treinta y cinco luses por todos mis despojos. Corrí al albergue donde dormía Julia, llamé a su correo y le dije que seguiría de lejos al coche hasta las puertas de París, pero que no quería que su señora lo advirtiese, temiendo que se opusiera por consideración a mí. Le pedí el nombre de las poblaciones y de los hoteles donde pensaba parar, a fin de parar yo también en los mismos puntos, pero en hoteles distintos. Anticipadamente pagué con largueza su discreción. En la posta tomé caballos, corrí y salí media hora después de haber visto arrancar el coche que yo quería seguir.

## XLVII

Ningún obstáculo imprevisto vino a contrariar la vigilancia misteriosa que yo quería ejercer. El correo avisaba secretamente a los postillones la llegada de un segundo carruaje, para el cual pedía caballos. Yo encontraba en todos los relevos

el tiro preparado. Aceleraba o disminuía la marcha, según que quería seguir alejado o acercarme más al primer coche. Interrogaba a los postillones sobre la salud de la joven señora a quien habían llevado delante de mí. Desde lo alto de las cuestas o a lo largo de las llanadas atisbaba el carruaje, que corría entre la bruma o el sol, llevándome mi dicha. Mi pensamiento se adelantaba a la carrera de los caballos, se asomaba al coche, contemplaba a Julia dormida en un sueño lleno de mí, o despierta y llorando ante la imagen de nuestros bellos días que pasaron. Cuando cerraba los ojos para mejor verla dentro de mí mismo, creía oír su respiración. Hoy no puedo comprender apenas cómo tuve bastante imperio sobre mí mismo para resistir durante un viaje de ciento veinte leguas el ímpetu interior, que me precipitaba sin descanso hacia aquel coche, tras del cual corría sin querer alcanzarlo, y donde iba encerrada toda mi alma, mientras mi cuerpo, solo, insensible a la nieve y a la lluvia helada, seguía, zarandeado de vaivén en vaivén, sin conciencia de sus propios sufrimientos. Pero el temor de causar a Julia una emoción inesperada que le fuese funesta, de renovar una escena de adioses desgarradores, y la idea de velar así por su seguridad como una providencia amorosa, con un desinterés angelical, me afirmaba en mi resolución.

La primera vez se hospedó en el gran hotel de Autun; yo, en una posada próxima. Antes de anochecer, los dos coches, siempre el uno a la

vista del otro, corrían nuevamente por la larga línea ondulante y blanca que traza la carretera a través de las estepas grises y los bosques de encinas drúidicas de la alta Borgoña. Nos detuvimos en el pueblo de Avallon; ella, en el centro; yo, en las afueras. Al siguiente día rodábamos hacia Sens. La nieve, acumulada por los vientos del Norte en derredor de las altas y áridas mesetas de Lucy-le-Bois y de Vermanton, caía en anchos copos semilíquidos sobre las montañas y sobre el camino, apagando el ruido de las ruedas. Apenas se distinguía el horizonte brumoso a unos pasos de distancia, a través de aquel polvo de nieve que el viento levantaba en torbellino de los barbechos que nos rodeaban. Ni el oído ni la vista podían medir la distancia entre los dos carruajes. De pronto vi, por encima de la cabeza de mis caballos, el coche de Julia, detenido en medio de la carretera, delante del mío. El correo había saltado del pescante y estaba de pie en el estribo, gritando y haciendo gestos de angustia. Salté también a tierra, y volé a la portezuela, llevado de un primer impulso más fuerte que mi prudencia; me abalancé al coche, donde la doncella se esforzaba por conseguir que su señora volviese de un desmayo producido por la fatiga y el huracán, y acaso también por el tumulto de su corazón. ¡Lo que yo experimenté sosteniendo entre mis brazos aquella cabeza adorada toda una larga hora de insensibilidad, deseando y temiendo a la vez que oyese y reconociese mi voz, que la

llamaba a la vida, en tanto que el correo iba en busca de fuego y agua caliente a las lejanas cabañas, y la doncella, sosteniendo sobre sus rodillas los pies helados de su señora, los frotaba con sus manos y los apretaba contra su pecho para calentarlos...; lo que yo experimenté nadie puede concebirlo ni decirlo si no ha sentido combatir así la vida y la muerte en su propio corazón.

Al fin, los tiernos cuidados, la impresión del agua caliente traída por el correo, la de mis manos en las suyas, de mi aliento en su frente, devolvieron el calor a sus extremidades. El color que de nuevo teñía sus mejillas y un débil y largo suspiro que se escapaba de sus labios me anunciaron que iba a despertar de su desvanecimiento. Salté del coche a la carretera para no ser reconocido cuando abriera los ojos. Permanecí allí un momento, un poco hacia atrás, junto a las ruedas, tapándome el rostro con la capa. Recomendé a los criados silencio sobre mi aparición. Me hicieron señas de que la viajera se reponía del todo. Oí su voz, que balbucía estas palabras como entre sueños: "¡Oh, si Rafael estuviese ahí! ¡He creído que era Rafael!" Corrí a mi coche. Los caballos reanudaron la marcha; en seguida nos separó largo espacio. Por la noche fui a la hospedería donde se alojó, en Sens, para informarme de su estado. El correo me aseguró que estaba restablecida y que dormía apaciblemente.

Aun seguí su huella hasta Fossard, relevo de postas, cerca del pueblo de Montereau. En aquel

punto, el camino de Sens a París se bifurca; un ramal va a pasar por Fontainebleau, y el otro, por Melun. Como este último era unas leguas más corto, continué por él a fin de llegar a París momentos antes que Julia, y verla bajar del coche a la puerta de su casa. Doblé las propinas a los postillones, y llegué, mucho antes de que anoche-ciese, al hotel donde yo solía alojarme en París. Al caer la tarde fuí a apostarme en uno de los muelles de París, frente a la casa de Julia, que ella me había descrito tantas veces; la reconocí como si hubiese pasado allí la vida. Ví en el interior, a través de los cristales, ese movimiento de sombras que van y vienen en una casa donde se espera a algún huésped extraordinario. Percibí en el techo de su habitación el resplandor del fuego encendido en la chimenea. La figura de un anciano se acercó varias veces al balcón como para mirar y escuchar los ruidos del muelle. Era su marido, su padre. Los porteros tenían la puerta abierta, y de vez en cuando salían al umbral para mirar y escuchar también. Un farol, sacudido por el viento tempestuoso de diciembre, proyectaba y recogía un fulgor pálido y fugitivo sobre el pavimento, delante de la puerta. Por fin, desembocó rápidamente de una de las calles un coche de postas y fué a detenerse bajo los balcones de la casa. Corrí a esconderme en la sombra de una columna, bajo una puerta vecina de aquella en que había parado el carruaje. Vi a los criados precipitarse a la portezuela. Vi a Julia

apearse en brazos del anciano, que la abrazaba y besaba como un padre besa a su hija al cabo de larga ausencia. El viejo subió los peldaños de la escalera, penosamente, apoyado en el brazo del portero. El coche fué descargado, y el postillón le llevó a encerrar en otra calle; se cerró la puerta. Yo volví a mi sitio, cerca del parapeto del río.

## XLVIII

Contemplé largamente los balcones alumbrados de la casa de Julia. Intentaba entrever lo que pasaba en el interior. Observé el movimiento ordinario de gentes quehaceradas que llevan maletas, abren paquetes y arreglan los muebles a la llegada de un viajero. Cuando todo aquel movimiento cesó, y las luces dejaron de ir de una estancia a otra, y la habitación del viejo, en el primer piso, se alumbró, sólo con la media luz de una lámpara de noche, vislumbré, a través de los cristales del entresuelo, la figura esbelta y vacilante de Julia, que se dibujaba en la sombra, un instante inmóvil, sobre los visillos blancos. Permaneció algún tiempo en aquella actitud. Luego la vi abrir el balcón, a pesar del frío, mirar un momento al Sena, hacia mi lado, como si sus ojos, por una revelación sobrenatural, se hubieran detenido en mí; luego, volverse y mirar mucho tiempo, del lado Norte, a una estrella que solíamos contemplar juntos, y en la cual nos ha-

bíamos prometido poner los ojos cuando estuviésemos separados, como para dar cita a nuestras almas en la inaccesible soledad del firmamento. Sentí aquella mirada como si hubiese caído un ascua en mi corazón. Comprendí que nuestras almas estaban unidas en un solo pensamiento. Mis resoluciones cayeron por tierra. Me abalancé a cruzar el muelle para acercarme a su balcón y gritarle una palabra que la hiciese reconocer a su hermano a sus pies. En aquel mismo instante cerró. El rodar de los coches apagó mi grito. Se extinguió la luz en el entresuelo. Permanecí inmóvil en medio del muelle. El reloj de un edificio próximo dió las doce lentamente. Me acerqué a la puerta, y la besé convulsivamente, sin atreverme a llamar. Me arrodillé en el umbral, y supliqué a la piedra que me guardase el bien supremo que yo había traído y confiado a sus muros, y me alejé.

## XLIX

Salí de París al día siguiente, sin haber visto ni a uno de los amigos que allí tenía entonces, y con la íntima alegría de no haber tenido una sola mirada ni una sola palabra, ni haber dado un solo paso que no fuese para ella. El resto del mundo no existía ya para mí. Pero, antes de marchar, eché al correo una carta fechada en París y dirigida a Julia. Debía recibirla al despertarse. La carta no contenía más que estas palabras: "Os

he seguido. He velado, invisible, por vos. No he podido dejaros antes de saber que estabais confiada al cuidado de los que os aman. Ayer, a media noche, cuando abristeis el balcón y suspirasteis mirando a la estrella, ¡estaba yo allí! HabrÍais podido oír mi voz. ¡Cuando leáis estas líneas estaré muy lejos!...”

## L

Viajé día y noche, tan aturdido por mis pensamientos, que no sentía el frío, ni el hambre, ni la distancia, y llegué a M... como si saliera de un sueño, y sin recordar casi que había ido a París. Encontré a mi amigo Luis... que me esperaba en la casita de campo de mi padre. Su presencia fué dulce para mí. Siquiera podía hablarle de lo que él admiraba tanto como yo. Nos acostábamos en el mismo dormitorio, y pasábamos una parte de la noche conversando sobre aquella divina aparición. A él no le había deslumbrado menos que a mí. La consideraba como una de esas ilusiones fantásticas, como una de esas mujeres fuera de lo natural, tales como la Beatriz del Dante, la Leonor del Tasso, la Laura de Petrarca, o como Victoria Colonna, poetisa, amante y heroína a la vez; figuras que pasan por la tierra casi sin tocarla y que sólo se detienen en ella para fascinar la mirada de algunos hombres privilegiados del amor, exaltar sus almas a inmortales aspiracio-

nes y ser el *Sursum corda* de las imaginaciones elegidas. Por parte de Luis, el amor no podía llegar adonde llegaba el entusiasmo. Su tierno corazón, enfermizo y herido precozmente, estaba entonces lleno de la conmovedora imagen de una pobre y piadosa huérfana emparentada con él. Su felicidad habría consistido en casarse con ella para vivir en paz y obscuridad en una casita de los campos de Chambery. La falta de fortuna de los dos pobres amantes los retenía en los límites de una tierna y triste amistad, temerosos de arrastrar un apellido en la indigencia y de legar la miseria a sus hijos. La joven murió unos años más tarde, de desaliento y de soledad. Fué una de las más dulces figuras que yo he visto extinguirse por falta de un poco de favor de la suerte. Su rostro, donde todavía quedaba el resto de una floreciente juventud, tan pronta a reflorar como a apagarse, era la más graciosa y sublime imagen de esa virtud del infortunio que se llama resignación. Se quedó ciega a fuerza de llorar en secreto durante sus largos años de espera e incertidumbre. La encontré una vez en uno de mis regresos de Italia. Llevábala de la mano una de sus hermanitas por las calles de Chambery. Cuando oyó mi voz, palideció y buscó a tientas un apoyo para su mano ciega. "¡Perdón!—me dijo—. Es que cuando yo oía esa voz en otros tiempos, escuchaba otra con ella." ¡Pobre muchacha! Hoy oye desde el cielo la voz de su amante.

## LI

¡Cuán largos fueron los dos meses que tuve que pasar lejos de ella en el campo, o en la ciudad, en la casa de mi padre, hasta que llegase la época en que habíamos de reunirnos en París! En los tres o cuatro meses que acababan de transcurrir había yo agotado la pensión que me pasaba mi padre, los recursos de la ternura de mi madre y la bolsa de mis amigos para pagar las deudas que la disipación, el juego y los viajes me habían hecho contraer. No contaba con ningún medio de procurarme la pequeña suma necesaria para ir a París y vivir allí, aunque fuese en el aislamiento y la privación. Había que esperar al mes de enero, plazo en que mi padre me pagaba uno de los cuartos de pensión, y época también en que un tío, rico pero severo, y unas viejas tías, buenas pero prudentes, tenían la costumbre de hacerme algunos regalillos. Esperaba, con la ayuda de todos aquellos recursos, reunir seis u ochocientos francos, cantidad suficiente para sostenerme unos meses en París. Mi vanidad no había de sufrir por tal mediocridad, porque mi vida estaba sólo en mi amor.

¡Todas las riquezas del mundo no me habrían servido más que para comprar el momento del día que yo aspiraba a pasar junto a ella!

Pasé los días de espera pensando en ella solamente. Los dos nos habíamos consagrado todas

nuestras horas. Por la mañana, al despertarse, ella se encerraba para escribirme. En el mismo momento estaba escribiéndole yo. Nuestras páginas y nuestros pensamientos se cruzaban a diario en el correo; se interrogaban, se respondían, se confundían sin interrupción de un día. Así no había, realmente, entre nosotros más que unas horas de ausencia, las de la tarde y la noche, y yo las llenaba con su contemplación. Me rodeaba de sus cartas. Las abría sobre mi mesa. Las desparramaba por mi lecho. Las aprendía con el corazón. Me recitaba a mí mismo los pasajes más penetrantes y más apasionados, e imaginaba en ellos su voz, su acento, su ademán, su mirada. La respondía. De ese modo lograba producir en mí tal ilusión de la realidad de su presencia, que me ponía triste e impaciente cuando se me interrumpía para las comidas o para las visitas. Me parecía que venían a arrebatármela o a expulsarla de mi habitación. En mis largas excursiones por las montañas o por las praderas brumosas y sin horizonte que bordean el río llevaba su carta en la mano. Me sentaba muchas veces en las peñas o en la orilla del agua para releerla, y cada vez me parecía descubrir una palabra o un acento que se me había escapado la vez anterior. Recuerdo que dirigía siempre mis excursiones al Norte, como si cada paso que daba hacia París me hubiese acercado a ella disminuyendo otro tanto la cruel distancia que nos separaba. Algunas veces me alejaba mucho por los cami-

nos de París con esa intención. Cuando tenía que volver atrás, luchaba conmigo mismo mucho tiempo. Me ponía triste y me volvía muchas veces a mirar al punto del horizonte donde ella respiraba. Regresaba despacio y pesadamente, ¡Oh cómo envidiaba las alas de los cuervos, llenas de nieve, que volaban hacia el Norte a través de la bruma! ¡Oh cuánto daño me hacían los coches que veía pasar por el camino corriendo hacia París! ¡Cuántos días de mi inútil juventud no habría yo dado por ocupar el puesto de uno de aquellos viejos ociosos que miraban distraídamente por el cristal de las portezuelas al joven solitario que marchaba por la orilla del camino a contrapaso de su corazón! ¡Oh qué interminablemente largos me parecían los días, sin embargo, tan cortos, de diciembre y enero! Sólo una hora entre tantas era buena para mí: aquella en que sentía desde mi habitación el paso, la carraca y la voz del cartero que distribuía las cartas por las puertas del barrio. En cuanto le oía, abría mi ventana. Le veía subir del fondo de la calle con las manos llenas de cartas, que entregaba a las criadas, y esperaba delante de cada casa a que le pagaran el importe. ¡Cuánto maldecía yo la lentitud de aquellas buenas mujeres que nunca acababan de contar la moneda entre sus manos! Antes que el cartero llamase a la puerta de mi padre, había yo bajado la escalera y atravesado el vestíbulo, y me plantaba palpitante en el umbral. Mientras el viejo aquél revolvía su paquete

de cartas, rebuscaba yo con los ojos el sobre de fino papel de Holanda y la dirección de bella letra inglesa que me revelaban mi tesoro entre todos aquellos papeles groseros y aquellos letreros toscos de letras de comercio o vulgaridades por el estilo. Velaba mis ojos una nube. Latía mi corazón. Se me doblaban las piernas. Ocultaba la carta entre mis ropas, temeroso de encontrar a alguien en la escalera y de que mi madre sospechara de tan frecuente correspondencia. Me refugiaba en mi habitación. Me encerraba con cerrojo para devorar en libertad aquellas páginas sin ser interrumpido. ¡Qué de lágrimas, de besos, de dentelladas no imprimía yo en el papel! ¡Ay de mí! Cuando, al cabo de los años, he vuelto a repasar aquellas cartas, ¡cuántas palabras borradas por mis labios cortaban el sentido de las frases lavadas o rasgadas por mis lloros y mis transportes!

## LII

En cuanto acababa de almorzar volvía a mi cuarto para releer mi carta y contestarla. Eran aquéllas las horas más deliciosas y más febriles del día. Cogía cuatro hojas del más grande y fino papel de Holanda, que Julia me había enviado de París para ese objeto. Empezaba muy arriba, acababa muy abajo, escribía en los márgenes, volvía a escribir a través de las líneas, y así, cada página contenía millares de palabras. Todas las

mañanas llenaba las cuatro hojas, y aún me parecían llenas demasiado pronto y demasiado estrechas para el desbordamiento tumultuoso y apasionado de mi pensar. No había en mis cartas principio, medio ni fin, ni gramática, ni nada de eso que generalmente se entiende por estilo. Era mi alma que, desnuda ante otra, expresaba, o, más bien, balbucía, como podía buenamente, las turbulentas sensaciones de que estaba llena, valiéndose del insuficiente lenguaje humano. ¡Nuestro lenguaje no se ha hecho para expresar lo inefable; signos imperfectos, frases vacías, palabras huecas; lengua de hielo que la plenitud, la concentración y el fuego de nuestras almas hacían fundirse como un metal refractario, para formar con ella no sé qué vago idioma etéreo, fulgente, que acariciaba como una lengua de fuego que nadie podía comprender sino nosotros, porque era nuestra esencia misma! Nunca la efusión de mi alma se detenía o enfriaba. ¡Si el firmamento hubiese sido no más que una página, y Dios me hubiese dicho que la llenara con mi amor, en esa página no habría podido contenerse todo lo que yo sentía dentro de mí! ¡No me detenía hasta que las cuatro páginas estaban colmadas, y siempre me parecía que nada había dicho! Y es que, en efecto, no había dicho nada, porque, ¿quién puede expresar lo infinito?

## LIII

Aquellas cartas en que yo no ponía ninguna mísera pretensión de ingenio, que no eran una obra, sino una voluptuosidad, me habrían servido maravillosamente más tarde si Dios me hubiese destinado a hablar a los hombres o a pintar en obras de imaginación los matices, los desfallecimientos o el furor de las pasiones del alma. Puedo asegurar que yo luchaba desesperado, como Jacob con el ángel, al escribirlas, contra la pobreza; la rigidez y la resistencia del lenguaje de que me veía obligado a servirme, ya que no conocía el del cielo. Los esfuerzos sobrenaturales que yo hacía para vencer, dulcificar, dilatar, plegar, espiritualizar, colorear, inflamar o apagar las expresiones; la necesidad de decir con palabras los más íntimos e incoercibles matices del sentimiento; las aspiraciones más etéreas del pensamiento; los impulsos más irresistibles y las castidades más contenidas de la pasión, y, en fin, hasta las miradas, las actitudes, los suspiros, los silencios, los desmayos, los aniquilamientos del corazón en la adoración del invisible objeto de su amor; aquellos esfuerzos, digo, que rompían la pluma bajo mis dedos como un instrumento rebelde, la hacían, sin embargo, algunas veces encontrar, al romperse, la palabra, el giro, el órgano, el grito que buscaba para dar una voz a lo imposible. Yo no había hablado en ningún idioma, pero había gritado

el grito de mi corazón y me había entendido. Cuando me levantaba de la silla, después de este rudo y delicioso combate con las palabras, la pluma y el papel, recuerdo que, a pesar del frío de mi estancia en invierno, corría un sudor helado por mi frente. Abría la ventana para refrescarme y enjugarme los cabellos.

#### LIV

Pero mis cartas no eran sólo gritos de amor, eran más frecuentemente invocaciones, contemplaciones, ensueños sobre lo porvenir, perspectivas celestes, consuelos, plegarias.

Aquel amor, privado por su naturaleza de todas las voluptuosidades que desahogan el corazón al satisfacer los sentidos, había reabierto en mí las fuentes de la piedad, enturbiadas o agotadas por los placeres viles. Este sentimiento se elevaba en mi alma a la altura y la pureza del amor divino. Yo hacía por alzar conmigo hasta el cielo, en las alas de mi imaginación exaltada y casi mística, aquella segunda alma doliente y seca. ¡Hablabla de Dios, único ser bastante perfecto para haber creado aquella perfección sobrehumana de belleza, inteligencia y ternura; único Ser bastante grande para contener la inmensidad de nuestras aspiraciones; único Ser infinito e inagotable para absorber y sepultar en su seno el amor que había encendido en nosotros para que su llama, al consumirnos

el uno por el otro, nos hiciese exhalar, al uno y al otro, nuestros suspiros en El! Yo consolaba a Julia de los sacrificios de una dicha más completa que el deber nos imponía en el mundo. Le hacía notar el mérito de tales sacrificios de un instante a los ojos del eterno remunerador de nuestras acciones. Bendecía yo la pureza y el desinterés de nuestros sentimientos malheridos, puesto que habían de procurarnos un día la felicidad más inmaterial y angélica en la atmósfera perdurable de los espíritus puros! ¡Llegaba al extremo de declararme dichoso y a entonar el himno de una resignación a que estábamos condenados por un amor más grande que el amor mismo! Conjuraba a Julia a no pensar en mis penas y a no pasarlas ellas tampoco. Le mostraba un valor, un desprecio de la felicidad terrenal, que muy a menudo no estaban más que en mis palabras. Le hacía el holocausto de todo lo que había en mí de humano. Me elevaba a la inmaterialidad de los ángeles para que no sospechara un sufrimiento o una nostalgia en mi adoración. Le rogaba que buscase en una religión tierna y confortable, en la sombra de las iglesias, en la fe misteriosa del Cristo, Dios de las lágrimas, en la genuflexión y la invocación, las esperanzas más próximas, los consuelos y las dulzuras que en todo ello había encontrado yo cuando era niño. Ella me había devuelto el sentimiento de la piedad. Yo componía para ella aquellas oraciones encendidas y tranquilas que suben al cielo como una llama que ningún viento hace oscilar. Le decía que pronun-

ciase aquellas oraciones a ciertas horas del día y de la noche en que yo las pronunciaria también, para que nuestros pensamientos, unidos en las mismas palabras, se elevaran juntos a la misma hora en una misma invocación. Y luego dejaba correr mis lágrimas, que ponían sobre las palabras huellas más elocuentes y más íntimas, sin duda, que las palabras mismas. Iba a echar al correo furtivamente aquella medula de mis huesos. Al volver me sentía exonerado, como si hubiese arrojado una parte del peso de mi propio corazón.

## LV

Pero cualesquiera que fuesen mis esfuerzos continuos, la perpetua tensión de mi imaginación fogosa y joven para encender mis cartas en el fuego que me consumía, para crear un lenguaje a mis suspiros y para hacer que mi alma, vertiéndose hirviente en el papel, salvase la distancia que la separaba de la suya, en este combate contra la impotencia de expresión resultaba siempre vencido por Julia. Sus cartas tenían más intensidad en una frase que las mías en mis ocho páginas; se respiraba su aliento en las palabras. Se veía su mirada en las líneas; se sentía en sus frases el calor de los labios que acababa de inspirarlas. Nada de ella se evaporaba en esa lenta y pesada transición del sentimiento a la palabra que deja enfriar y palidecer la lava del corazón

bajo la pluma del hombre. La mujer no tiene estilo; por eso lo dice todo tan bien. El estilo es una vestidura. En la boca o en la mano de la mujer está su alma desnuda. Ella surge del sentimiento en desnudez. Nace de sí misma, se asombra de haber nacido y no sabe que ha hablado cuando se la adora ya.

## LVI

¡Qué cartas, qué llama, qué claroscuro, qué colores, qué acentos, qué fuego y qué pureza confundidos, como el destello y la limpidez en el diamante, como el ardor y el pudor en la frente de una joven enamorada! ¡Qué fuerte candor! ¡Qué inagotable efusión! ¡Qué súbito rehacense en el desfallecimiento! ¡Qué cantos y qué gritos! Luego, ¡qué tristes retrocesos, como notas inesperadas al final de una canción! Después, ¡qué acariciadoras palabras que yo sentía pasar por mi frente como cuando la madre sopla jugando en la frente de su niño, que sonríe! ¡Y qué voluptuoso arrullo de palabras a media voz y de frases delirantes y balbucientes que parecen envolverse en rayos de luz, en murmullos, en perfumes, en calma, y conduciros insensiblemente, por el apagamiento de las sílabas, al reposo del amor, al sueño del alma, hasta el beso sobre la página que dice: "¡Adiós!"; ¡adiós y beso que uno recoge sin ruido, como fué puesto por los labios!

He encontrado todas aquellas cartas. He hojeado página por página aquella correspondencia, clasificada y atada cuidadosamente después de la muerte por la mano de una piadosa amistad. Una carta responde a la otra desde la primera hasta la última palabra, trazadas por una mano ya embargada por la muerte, pero que todavía el amor sostenía con firmeza. Las he releído y las he quemado llorando, encerrado como para cometer un crimen, y disputando veinte veces a la llama la página medio consumida para releerla una vez más!... “¿Por qué?—me dices—. ¡Las he quemado porque su misma ceniza habría sido demasiado ardiente para la tierra, y la he arrojado a los vientos del cielo!”

## LVII

Llegó, por fin, el día en que pude contar las horas que me separaban de Julia. Todos los menudos recursos que pude allegar no se elevaban a la suma suficiente para pasar en París tres o cuatro meses. Mi madre, que veía mi angustia, sin saber su verdadero motivo, sacó de sus joyeros, que ya su ternura había dejado vacíos, un grueso diamante montado en una sortija. El único, ¡infeliz!, que le quedaba de las alhajas de su juventud. Me le deslizó secretamente en la mano, llorando: “Yo sufro tanto como tú, Rafael— me dijo con cara triste—, al ver que tu

juventud se consume en la ociosidad de un pueblo o desvariando por los campos. Siempre he esperado que los dones de Dios, a quien he bendecido en ti, desde tu primera infancia, te harían notable en el mundo y te abrirían algún camino de fortuna y honor. La pobreza con que luchamos no nos permite abrírtelo nosotros mismos. Dios no lo ha querido hasta ahora. Hay que someterse con resignación a su voluntad, que siempre es lo mejor. Pero te veo, con desesperanza, sumido en ese decaimiento moral que sucede a los esfuerzos infructuosos. Tentemos una vez más el destino. Parte, puesto que el suelo de este país te abrasa los pies. Vive en París algún tiempo. Llama con reserva y dignidad a las puertas de los antiguos amigos de nuestra familia que hoy gozan de renombre. Da a conocer los escasos talentos que la Naturaleza y el trabajo te han dado. Es imposible que los jefes del nuevo Gobierno no quieran rodearse de jóvenes capaces, como tú lo serás, de servir, sostener y decorar el reinado de los príncipes que Dios nos ha dado. Tu pobre padre, bastante trabajo tiene con educar a sus seis hijos y no caer por bajo de su rango en los apuros de nuestra vida rústica. Tus otros parientes son buenos y cariñosos, pero no quieren comprender que necesita acción y aire que respirar la actividad devoradora de un alma de veinte años. Aquí tienes mi última joya." Prometí a mi madre no desprenderme de ella sino en un caso de suprema necesidad. "Tómala, véndela; que te

sirva para vivir en París unas semanas más! ¡Es la última prenda de ternura que yo entrego por tí a la lotería de la Providencia! Te traerá buena suerte, porque con ese anillo van todas mis oraciones, toda mi ternura y toda mi solicitud."

Cogí el anillo besando la mano de mi madre y dejando caer sobre el diamante una lágrima. No me sirvió, ¡ay!, para buscar o esperar el favor de los hombres poderosos y los príncipes, que huían de mi obscuridad, pero sí para vivir tres meses la vida del corazón, un solo día de la cual vale por siglos de grandezas. ¡Aquel diamante sagrado fué para mí la perla de Cleopatra disuelta en la copa de mi vida, donde bebí algún tiempo el amor y la felicidad.

### LVIII

Cambié, no obstante, en aquel momento de naturaleza por respeto a los multiplicados sacrificios de mi pobre madre y por la concentración de todos mis pensamientos en uno solo: volver a ver lo que amaba y prolongar lo más posible, mediante la más estrecha economía, los contados días que había de pasar cerca de Julia. Me hice calculador y avaro, como un viejo, del poco oro que llevaba. Parecíame que cada pequeña cantidad que gastaba era una hora de mi felicidad o una gota de mi vida que se perdía. Decidí vivir, como Juan Jacobo Rousseau, con nada o con poco;

prescindir en mi vanidad, en mis vestidos y en mi alimentación de todo lo que quería dar a la santa embriaguez de mi alma. Sin embargo, no dejaba de abrigar una confusa esperanza de sacar, para mi amor, algún partido de mi talento de poeta, que sólo algunos amigos conocían. Durante los tres últimos meses había escrito, en las horas de insomnio, un pequeño volumen de poesías amorosas, soñadoras, piadosas, según que la imaginación cantaba en mí sus notas tiernas o sus notas graves. Había copiado mis versos cuidadosamente y con mi más hermosa letra, y leí algunos a mi padre, que era buen juez, pero de gusto muy severo. Algunos de mis amigos sabían fragmentos de memoria. Guardé mi tesoro en una carpeta de cartón verde, color de buen augurio para una gloria en esperanza. A mi madre se lo oculté, porque su casta y piadosa pureza de espíritu se habría alarmado ante la voluptuosidad poco cristiana de algunas de mis elegías. Esperaba yo que la gracia candorosa y el alado entusiasmo de aquellas poesías seducirían a un editor inteligente, que me compraría el volumen, que, por lo menos, consentiría en imprimirle por su cuenta, y que el gusto del público, tentado por la novedad de aquel estilo, nacido en los bosques y brotado de manantial, me daría, acaso a la vez, un nombre y una pequeña fortuna.

## LIX

No tenía que preocuparme del alojamiento en París. Uno de mis amigos, el joven conde de V\*\*\*, recientemente regresado de sus viajes, iba a pasar allí el invierno y la primavera. Me había ofrecido compartir conmigo un reducido entresuelo, encima de la portería, que ocupaba en el magnífico hotel del mariscal Richelieu, en la calle Nueva de San Agustín, hotel que después ha sido demolido. El conde de V\*\*\*, con quien yo sostenía correspondencia casi cotidiana, estaba informado de todo. Le había yo dado una carta de presentación para Julia, a fin de que conociese al alma de mi alma y comprendiese, si no mi delirio, al menos mi adoración por aquella mujer. A la primera impresión comprendió, en efecto, y casi compartió, mi entusiasmo. Las cartas que me escribía estaban impregnadas de respeto y casi de piedad por aquella melancólica aparición, suspendida entre la muerte y la vida, pero retenida, me decía él, por el amor inefable que sentía por mí. No cesaba de hablarme de ella como de un don celeste que Dios había otorgado a mis ojos y a mi corazón, y que me elevaría por cima de la humanidad mientras yo estuviese envuelto en sus divinos rayos. Convencido de la índole sobrenatural y santa de nuestros lazos, V\*\*\* consideraba nuestro amor como una virtud. No se avergonzaba de ser nuestro confidente e intermediario. Julia, por su parte, me

hablaba de V\*\*\* como del único amigo digno de mí, cuya amistad querría ver aumentada y nunca disminuída por cualquier mezquina rencilla. Ambos me apremiaban a ir. Sólo V\*\*\* conocía los secretos motivos y la imposibilidad material que me había detenido hasta entonces. A pesar de su devoción por mí, que luego me ha demostrado hasta su muerte, en todas las dificultades de mi vida, no estaba en situación de vencer aquellos obstáculos. Su madre se había arruinado por darle una educación digna de su clase y hacerlo viajar por toda Europa. Había regresado, además, lleno de deudas. No podía ofrecerme en París más que un rincón del alojamiento que le pagaba su familia. Para todo lo demás estaba tan pobre como yo, e igualmente encadenado por esa penuria que tan cruelmente describe Juvenal: *Res angusta domi!*

Salí de M\*\*\* en uno de aquellos pequeños carricoches de un caballo, que se componían de un asiento de tablas sobre el eje y cuatro estacas que sostenían un toldo de lienzo alquitranado para proteger a los viajeros de la lluvia. Se relevaba el caballo en los pueblos cada cuatro o cinco leguas. Servían entonces aquellos carruajes para conducir de Lyon a París a los obreros albañiles del Borbonesado y Auvernia, a los peatones que se fatigaban en el camino y a los pobres soldados despedados por la marcha, que así hacían una etapa por unos pocos sueldos. No me dió dolor ni vergüenza aquella trivial manera de viajar. Por

la nieve y con los pies descalzos habría hecho el camino sin sentirme menos orgulloso ni menos feliz. De ese modo ahorrraba un luis o dos, con los cuales compraría días de felicidad. Llegué a extramuros de París sin haber sentido los baches ni las piedras en todo el camino. La noche estaba sombría; llovía a torrentes. Me eché el equipaje al hombro, y fuí a llamar a la puerta del modesto alojamiento del conde V\*\*\*.

Me esperaba. Me abrazó y me habló de ella. Yo no me cansaba de interrogarle y oírle. ¡Vería a Julia aquella misma noche! V\*\*\* iría a anunciarle mi llegada y a prepararla en su alegría. Cuando todo el mundo hubiese salido del salón de Julia, V\*\*\*, que se habría quedado el último, vendría a avisarme a un café próximo, donde yo estaría esperando, e iría a arrojarme a sus pies. Hasta que no me dió todas estas noticias, no pensé en secar mis ropas en la estufa, tomar algún alimento e instalarme en la sombría alcoba de su antecámara. La antecámara recibía luz de una claraboya, y calor, de una estufa. Me vestí con el suficiente decoro para que ella no tuviese que avergonzarse del que amaba, ante sus amigos.

A las once salimos juntos y fuimos a colocarnos bajo el balcón que yo ya conocía. Había tres coches a la puerta. V\*\*\* subió, y yo fuí a esperarle en el lugar convenido. ¡Cuán larga fué la hora que pasé esperando! ¡Cómo maldecía yo aquellos visitantes, indiferentes acaso, cuya involuntaria inoportunidad detenía sin saberlo, y

por gastar horas ociosas, el pulso de dos corazones que contaban su martirio por sus palpitaciones! Por fin, apareció V\*\*\*. Corrí en pos de él. Me dejó a la puerta y subí.

## LX

Si mil años viviera, no olvidaría aquel momento y aquella visión. Estaba ella de pie, a la luz, con el codo negligentemente apoyado sobre el mármol blanco de la chimenea; el esbelto talle, los hombros y el perfil, reflejados y duplicados por el espejo; el rostro, vuelto hacia la puerta; los ojos, fijos en un oscuro pasillo que precedía al salón; la cabeza, un poco tendida o inclinada, en la actitud del que quiere escuchar un rumor de pasos que se acercan. Vestía traje de luto, de seda negra, guarnecido de encajes, negros también, alrededor de la garganta, y del talle a los pies. Aquellos encajes, chafados por los almohadones de la butaca en que solían retenerla su indolencia y la languidez de su vida, se asemejaban a los racimos negros del saúco cuando el viento los ha desgranado.

La obscuridad del vestido no dejaba a la luz más que los hombros, el cuello y la cara. El luto de la ropa se completaba con el luto natural de los negros cabellos, recogidos por bajo de la nuca. La uniformidad del color subrayaba aún más la esbeltez y la graciosa flexibilidad de la figura. Los

reflejos de la lumbre en el espejo; el fulgor de la lámpara colocada en un ángulo de la chimenea y que iluminaba sus mejillas; la excitación de la espera, de la impaciencia y del amor, daban a su rostro un esplendor de juventud, coloración y vida que la hacían aparecer transfigurada por el amor.

Mi primer grito fué un grito de alegría y un pasmo de dicha al verla más viva, más bella y más inmortal a mis ojos que nunca había podido verla bajo el más dulce sol de Saboya. Al mismo tiempo que su figura entraba por mis ojos, invadió mi corazón un sentimiento de posesión eterna y de engañosa seguridad. Al verme intentó balbucir algunas palabras, pero no pudo. La emoción hacía temblar sus labios. Caí a sus pies y posé la boca en el tapiz que hollaba con sus pasos. Alcé la frente para volver a mirarla y cerciorarme de que su presencia no era un sueño. Puso una mano sobre mis cabellos, que se estremecieron, y, apoyándose con la otra en el ángulo de mármol, cayó también de rodillas ante mí. Nos mirábamos a distancia y buscábamos palabras que nos impedía encontrar el exceso de dicha. Permanecemos en silencio, sin otro lenguaje que aquel silencio mismo y aquella prosternación del uno ante el otro. Prosternación llena de adoración en mí, llena de felicidad reprimida en ella; actitud que claramente decía: "¡Se adoran; pero hay entre ellos un fantasma de muerte. Se embriagarán en sus miradas; pero nunca se estrecharán entre los brazos!"

## LXI

No sé cuántos minutos estuvimos así, ni cuántos millares de interrogaciones y respuestas, torrentes de lágrimas y olas de alegría pasaron sin expresarse entre sus labios mudos y mis labios cerrados, entre sus ojos húmedos y los míos, entre su fisonomía y la mía. La felicidad nos había dejado inmóviles. El tiempo no existía ya. ¡Aquello era la eternidad en un instante!

Se oyó un aldabonazo en la puerta y pasos en la escalera. Me levanté. Ella volvió, vacilante, a sentarse en el sofá. Me senté al otro extremo, en la sombra, para ocultar el enrojecimiento de mis mejillas, abrasadas por las lágrimas. Un hombre de edad ya avanzada, de imponente estatura y rostro noble, luminoso y dulce, entró en la estancia a pasos lentos y se acercó, sin hablar, al canapé. Besó paternalmente la mano trémula de Julia. Era monsieur de Bonald. A pesar de que la llegada de un desconocido había roto mi éxtasis con su aldabonazo, bendije en mis adentros a monsieur de Bonald por haber venido a cortar una primera mirada en que la razón podía sucumbir a la embriaguez. Era uno de esos momentos en que el alma necesita ese hielo que el acento de un hombre prudente echa al incendio de los sentidos para templar de nuevo el resorte de una enérgica resolución.

## LXII

Julia me presentó a monsieur de Bonald como el joven cuyos versos había leído. El se asombró de mi juventud y me acogió con indulgencia. Habló con Julia con la llaneza paternal de un hombre ilustre por el talento y serenado por la edad que busca en una mujer joven un vago reflejo de belleza para sus ojos y unas horas de tranquila charla para rematar el día. Su voz era profunda, como una voz que viene del alma. Su conversación se explayaba con esa grave y graciosa negligencia de un espíritu que se desciene para reposar. El acento de aquel excelente anciano era a su palabra lo que el carácter a su frente. Como la conversación se prolongaba y el reloj señalaba la media noche, creí que debía yo salir el primero para disipar toda sombra de sospecha de una familiaridad demasiado íntima en el ánimo de aquel amigo de la casa, más antiguo y respetable que yo. No me llevé más que una mirada y un silencio como premio de una espera tan abrasadora y un viaje tan duro. Pero me llevaba también su imagen y la certidumbre de verla ya todos los días; era bastante, era demasiado. Discurrí mucho tiempo por los muelles de París, abriendo mi capa al aire y mis labios al viento para refrescar mi pecho y calmar la fiebre de felicidad que me agitaba. Cuando volví a casa, V\*\*\* llevaba varias horas durmiendo. Yo

no pude dormir hasta la primera luz del alba, cuando ya llenaban los gritos de los vendedores las calles de París. ... ..  
 ... ..

Fueron aquéllos los días más inmutables de mi vida, porque no fueron sino un solo pensamiento concentrado en mi alma y en mi misma fisiónomía, como un perfume del cual no se quiere dejar evaporarse una sola partícula exponiéndola al aire exterior.

Me levantaba a la primera claridad del día, tardío en la sombría alcoba de la antecámara donde mi amigo me albergaba como a un mendigo del amor. Empezaba mi jornada por una larga carta a Julia. Así reanudaba, con la cabeza en sosiego, la conversación de la víspera. Explayaba las ideas que se me habían ocurrido después de separarme de ella. ¡Tiernos olvidos, deliciosos remordimientos del amor de que él se acusa, que él se reprocha y que le privan de todo sosiego hasta que los ha reparado; diamantes caídos del alma o de los labios del objeto amado, que hacen retroceder sobre sus pasos el pensamiento del amante para reunirlos y aumentar el tesoro de sus sentimientos! Julia recibía esta carta al despertar, como una continuación de la conversación de la noche, que hubiese proseguido en voz baja, en su estancia, durante su sueño. Yo también recibía la respuesta antes del mediodía.

Apaciguado así mi corazón de la turbación de la madrugada, empezaba a dominarme la impa-

ciencia por la entrevista de la noche inmediata, y me esforzaba por calmarla. Proporcionaba intensas distracciones, no a mi alma, sino a mi pensamiento y a mis ojos. Habíame impuesto largas horas de lectura, estudio y trabajo, a fin de lograr que desapareciese el tiempo entre la hora en que me separaba de Julia y el momento en que volvía a verla. Quería perfeccionarme, no para los demás, sino para ella. Quería que el hombre a quien amaba no la hiciese ruborizarse de haberle preferido; que los hombres superiores que formaban su sociedad, y que algunas veces me hallaban en su salón como una esfinge modesta, de pie, en el rincón de la chimenea, o como una estatua de la contemplación, descubriesen, si por acaso me dirigían la palabra, un alma, una inteligencia, una esperanza, un porvenir bajo el exterior de aquel joven desconocido, tímido y silencioso. Además, yo me hacía no sé qué confusas ilusiones de actuación brillante, de destino activo, que tal vez un día llegaría a arrebatarme como el torbellino arrancaba la hoja del árbol en el humilde jardín de mi padre para llevarla a lo más alto de los aires; ¡destino que haría gozar a Julia viéndome, lejos de combatir con la fortuna, luchar con los hombres, elevarme en fuerza, en grandeza y virtud, y ella se gloriaría por lo bajo de haberme adivinado antes que la muchedumbre y de haberme amado antes que la posteridad!

## LXIII

Todo esto, y, sobre todo, el ocio forzoso en que me tenía la obsesión de un pensamiento único, el desdén por todo lo demás, la carencia de dinero que me prohibía toda distracción, y la reclusión claustral en que me había encerrado, me condenaba a una vida de estudio tan intenso y apasionado como yo no había conocido hasta entonces. Pasaba el día entero sentado ante una mesita de trabajo, alumbrado por el tragaluz que daba al patio del hotel de Richelieu. Un hornillo de barro calentaba la habitación; un biombo aislaba la mesa y la silla y me libraba de las miradas de los jóvenes elegantes que venían frecuentemente a visitar a mi amigo. Había en el horizonte de aquel vasto patio retumbar de carruajes, silencios y algunos hermosos rayos de sol de invierno que luchaban con la bruma que se alzaba de las calles de París. Aquellos ruidos y aquellos silencios me recordaban algo los juegos de luz, los ruidos del viento y las brumas transparentes de mis montañas.

En el patio veía jugar algunas veces a un guapo chiquillo de ocho o diez años. Era el hijo del portero. Su cabeza de ángel doliente; su hermoso cabello hecho bucles sobre la frente; su fisonomía inteligente y sensible, me traían a los ojos las candidas figuras de los niños de mi país. Su familia era, efectivamente, de una aldea vecina de

la de mi padre, caída en la miseria y transplantada a París. Viéndome siempre asomado al tragaluz, que daba sobre la habitación de su madre, el niño acabó por simpatizar conmigo. Se consagró a mi servicio voluntaria y gratuitamente. Me hacía todos los recados en la calle; me traía mi trozo de pan, un poco de queso y las frutas para el almuerzo; iba todas las mañanas a comprarme provisiones en la frutería. Yo tomaba esta frugal refacción en mi mesa de trabajo, en medio de los libros abiertos y las páginas interrumpidas.

El niño tenía un perro negro, que un extranjero se dejó olvidado en el hotel. No se separaban. El perro también acabó por unirse a mí, como el niño. Una vez que habían subido la breve escalera de madera, ya no querían bajarla. Durante la mayor parte del día permanecían juntos, acostados o jugando sobre la estera, a mis pies, debajo de la mesa. Más tarde, me llevé de París el perro y le tuve conmigo muchos años, como un recuerdo fiel y amante de aquellos tiempos de soledad. Le perdí, no sin llorarle, en 1820, al atravesar los bosques pantanosos de Pontins, entre Roma y Terracina. El pobre muchacho creció y aprendió el oficio de grabador, que ejerce, con talento, en Lyon. Habiendo oído luego, desde su taller, la resonancia de mi nombre, vino a visitarme, y lloró de alegría al volverme a ver y de tristeza al enterarse de la pérdida del perro. ¡Pobre corazón del hombre, que necesita todo lo

que una vez amó, y que llora con lágrimas de la misma agua por la pérdida de un imperio que por la pérdida de un animal!...

#### LXIV

Durante aquellos millares de horas, y así encerrado entre la estufa, el biombo, la claraboya, el niño y el perro, releí toda la antigüedad escrita, excepto los poetas de que nos habían saturado en el colegio, y en cuyos versos no distinguían entonces nuestros ojos fatigados más que cesuras, largas o breves. Triste efecto de una saciedad precoz que marchita en el alma del niño la flor más coloreada y perfumada del pensamiento humano. Pero releí a todos los filósofos, a todos los oradores y a todos los historiadores en sus lenguas respectivas. Adoraba, principalmente, a los que reunían en sí estas tres potencias del entendimiento: el relato, la palabra, la reflexión. El hecho, el discurso, la moralidad. Tucídides y Tácito sobre todos los demás.

Luego, Maquiavelo, ese sublime práctico de las enfermedades de los imperios. Después, Cicerón, ese vaso sonoro que todo lo contiene, desde las lágrimas privadas del hombre, del marido, del padre, del amigo, hasta las catástrofes de Roma y del mundo, hasta los trágicos presentimientos de su propio destino. Cicerón es como un filtro donde todas las aguas se posan y se clarifican sobre un fondo de filosofía y divina serenidad, y que luego deja dila-

tarse su grande alma en olas de elocuencia, de sabiduría, de armonía y de piedad. Hasta entonces le había yo tenido por un grande y huero charlatán que encerraba poco sentido en largos períodos: me había equivocado. Es el hombre-verbo de la antigüedad después de Platón; es el más grandioso estilo de todas las lenguas. Se le cree seco, porque está magníficamente vestido. Pero quitadle la púrpura, y queda un alma que sintió, comprendió y dijo cuanto había que sentir, comprender y decir en su tiempo en Roma.

## LXV

En cuanto a Tácito, ni siquiera intenté discutir mi pasión por él. Le prefería, incluso a Tucídides, ese Demóstenes de la Historia. Tucídides expone más que hace vivir y palpar. Tácito no es el historiador, sino el resumen del género humano. Su relato es el contragolpe del hecho en un corazón de hombre libre, virtuoso y sensible. La contracción que imprime en la frente del que le lee no es sólo calofrío de la piel, sino estremeamiento del alma. Su sensibilidad es más que emoción, es piedad. Sus juicios son más que venganza, son justicia. Su indignación es más que cólera, es virtud. Confunde uno su alma con la de Tácito, y se siente orgulloso del parentesco. ¿Queréis hacer imposible el crimen a vuestros hijos? ¿Queréis que su imaginación se apasione por la virtud? Nutridlos de Tá-

cito. Si tal escuela no los convierte en héroes, es que la Naturaleza los ha hecho cobardes o pérfidos. Un pueblo que tuviese a Tácito por Evangelio político, crecería muy por cima de la estatura común de los pueblos. Ese pueblo representaría ante Dios la tragedia del género humano en toda su grandeza y en toda su majestad. Por mi parte, debo a este escritor, no todas las fibras de carne, sino todas las fibras metálicas de mi ser. El es quien las ha templado. Si alguna vez nuestros vulgares tiempos tomasen el giro grandioso y trágico de su tiempo, y yo viniese a ser digna víctima de una digna causa, diría al morir: "¡Honrad mi vida y mi muerte en el maestro y no en el discípulo, porque es Tácito quien ha vivido y ha muerto en mí!"

## LXVI

También me gustaban apasionadamente los oradores. Los estudiaba con el presentimiento de un hombre que un día había de hablar a las multitudes sordas, y que necesitaba conocer con antelación el teclado de los auditorios humanos: Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, lord Chatham sobre todo, más moderno y más sugestivo, a mis ojos, que todos los demás, porque su elocuencia, toda inspiración y lirismo, es más un grito que una voz. Esta elocuencia vuela sobre el auditorio limitado y por encima de la pasión del tiempo, con las más altas alas de la poesía, hasta las

regiones permanentes de la eterna verdad y el eterno sentimiento. Chatham toma la verdad de la mano de Dios, y no sólo hace de ella la luz, sino que hace el rayo de la discusión. Desgraciadamente, no ha quedado de él, como de Fidias en el Partenón, más que despojos, cabezas, brazos, torsos mutilados. Pero, recomponiendo con el pensamiento esos despojos, se hacen prodigios y divinidades de elocuencia. Yo me figuraba tiempos, circunstancias, pasiones, ambiciones, *forums* parecidos a los que habían arrebatado a aquellos grandes hombres, y, como Demóstenes a las olas del mar, yo hablaba interiormente a los fantasmas de mi imaginación.

## LXVII

En aquella época leí por primera vez los discursos de Fox y Pitt. Encontraba a Fox declamador, aunque prosaico; uno de esos genios enredadores, nacidos para contradecir y no para decir, abogados sin toga que no tienen conciencia más que en la voz, y que defienden las causas mirando ante todo a su propia popularidad. Pitt me pareció un hombre de Estado cuyas palabras son actos, y que, en el derrumbamiento de Europa, sostiene casi solo a su país sobre la base de un buen sentido y sobre la constancia de su carácter. Pitt era Mirabeau, con la integridad de más y el ímpetu de menos. Mirabeau y Pitt se

hicieron entonces, y han seguido siendo después, los dos estadistas modernos de mi predilección. Montesquieu me pareció al lado de ellos un disertador erudito, ingenioso y sistemático; Fenelón, divino, pero quimérico; Rousseau, más apasionado que inspirado, gran instinto más que gran verdad; Bossuet, lengua de oro, alma adulatora, reuniendo en su conducta y en su lenguaje ante Luis XIV el despotismo de un doctor y las complacencias de un cortesano.

De estos estudios históricos y oratorios pasé, naturalmente, a la política. El sentimiento del yugo, apenas roto, del Imperio, y el horror del régimen militar que acabábamos de sufrir, me impulsaban a la libertad. Los recuerdos de familia, los compromisos de amistad, lo patético de aquella familia real, pasando del trono al cadalso y al destierro y nuevamente del destierro al trono; aquella princesa huérfana en el palacio de sus padres; aquellos ancianos tan coronados por el infortunio como por sus abuelos; aquellos príncipes de cuya juventud y cuyas desventuras, severos preceptores, podía esperarse todo; todo esto me hacía desear que el antiguo trono y la libertad reciente pudiesen conciliarse con la realza de nuestros padres. El Gobierno habría reunido así los dos grandes prestigios de las cosas humanas: la antigüedad y la novedad, el recuerdo y la esperanza. Era un hermoso sueño, natural a mi edad.

Cada mañana se disipaba una parte de él en

mi espíritu. Entreveía, no sin dolor, que las viejas formas contienen mal las ideas nuevas, y que nunca la monarquía y la libertad podrían atarse con el mismo nudo sin una perpetua tirantez, y que esta tirantez agotaría las fuerzas del Estado; que la monarquía sería eternamente sospechosa, y la libertad, eternamente traicionada.

### LXVIII

De aquellos estudios generales pasé, durante algunos meses, a otro que me embargaba tanto más el espíritu cuanto que, por su naturaleza más árida, más seca y más glacial, era más ajeno al corazón de un joven ebrio de fantasía y amor. Me refiero a la Economía política o ciencia de la riqueza de las naciones. V\*\*\* la estudiaba con más curiosidad que pasión. Los libros italianos, ingleses y franceses escritos hasta entonces sobre esta ciencia abrumaban sus mesas y sus estantes. Los leímos juntos, discutiendo y escribiendo las reflexiones que nos sugerían. Esta ciencia de la Economía política, que sentaba entonces, y todavía sienta hoy, más axiomas que verdades, y plantea más problemas de los que resuelve, tenía precisamente para nosotros el atractivo de un misterio. Nos servía, además, de interminable motivo para esas conversaciones de labios afuera que dan trabajo a la inteligencia sin turbar el fondo del alma; que permiten sentir, sin dejar de char-

lar sobre ellos, la presencia de otros pensamientos secretos y ocultos en el fondo del corazón. Especie de enigmas cuya solución se busca sin poner un gran interés en encontrarla. Después de haber leído, discutido y anotado todo cuanto constituía entonces esta ciencia, creí distinguir algunos principios teóricos, verdaderos en su generalidad, dudosos en su aplicación, ambiciosos en su pretensión de clasificarse en la categoría de las verdades absolutas, frecuentemente vacíos o engañosos en sus fórmulas. Yo no tenía nada que oponer a ellos; pero mi ansia de evidencia no se satisfacía del todo. Tiré los libros a mis pies y esperé la luz. Esta ciencia no estaba hecha todavía. Ciencia experimental, no tenía aún años ni madurez para afirmar tanto. Luego ha envejecido y promete a los hombres de Estado algunos dogmas que pueden aplicarse con medida a las sociedades humanas, algunas fuentes de bienestar y algunos lazos de fraternidad que estrechar entre las naciones.

## LXIX

Entremezclé con estos intensos estudios el que más me había atraído desde mi niñez: el estudio de la diplomacia o de las relaciones de los gobiernos entre sí. Un azar me abrió el camino. Había yo escrito durante mi aplicación a la Economía política un folleto de un centenar de páginas sobre una cuestión que preocupaba viva-

mente los espíritus. Se titulaba así: *¿Cuál es el lugar que la nobleza debe ocupar en Francia bajo un Gobierno constitucional?* Trataba este asunto, delicadísimo en tales momentos, con el buen sentido instintivo y bastante claro que me había dado la Naturaleza, y con la imparcialidad de un espíritu joven e independiente que se eleva sin esfuerzo sobre las vanidades de arriba, las envidias de abajo y los prejuicios de su tiempo. Hablaba con amor del pueblo, con inteligencia de las instituciones, con respeto de aquella nobleza histórica cuyos apellidos han sido durante mucho tiempo el nombre mismo de Francia en los campos de batalla, en la magistratura y en el extranjero. Proponía la supresión de todo privilegio de nobleza que no fuese la memoria de los pueblos, que no se suprime. Pedía la pairía electiva, y demostraba que en un país libre no hay otra nobleza que la de elección, perpetuo estimulante al servicio del país y recompensa temporal del mérito o la virtud de los ciudadanos.

Julia, a quien yo había dejado el manuscrito para que compartiese mis trabajos como compartía mi vida, se lo dió a leer a un hombre distinguido, de su intimidad, por cuyos juicios sentía extrema deferencia. Aquel señor era monsieur de M\*\*\*, digno hijo del ilustre miembro de la Asamblea constituyente, mucho tiempo secretario del emperador, y a la sazón realista constitucional, uno de esos espíritus que no tienen juventud, que nacen maduros y mueren jóvenes, dejando una

alta vida en su tiempo. Monsieur de M\*\*\*, después de leer mi trabajo, preguntó a Julia quién era el hombre político que había escrito aquellas páginas. Ella, sonriendo, le confesó que eran obra de un muchacho muy joven, sin nombre ni experiencia ni antecedentes en las cuestiones públicas. Monsieur de M\*\*\* quiso verme para creerlo. Le fui presentado. Me mostró una benevolencia que luego se convirtió en amistad, y que no se ha desmentido hasta su lecho de muerte. No se imprimió aquel trabajo, pero monsieur de M\*\*\* me presentó a su amigo monsieur de Rayneval, espíritu luminoso, corazón abierto, inteligencia atrayente y jovial, aunque laboriosa y grave. Era entonces el alma de nuestros secretos exteriores. Murió de embajador en Madrid. Monsieur de Rayneval, que había leído mi trabajo, me acogió en su casa con esa amabilidad alentadora, esa sonrisa cordial que suprimen la distancia y llenan de ánimo a la primera mirada el corazón de un joven. Era uno de esos hombres de quienes gusta aprender, porque parecen explayarse enseñando, y dan en vez de imponer. Se conocía mejor a Europa en unas mañanas de conversación con él que en una biblioteca de diplomacia. Tenía ese talento innato de las negociaciones que se llama tacto. Le debo la afición a estos asuntos que él manejaba, reconociendo toda su importancia, pero sin sentir su peso. Su fuerza lo hacía todo leve, su facilidad daba espiritualidad a los negocios. Mantuvo en mí el deseo de entrar en la carrera diplomática.

El mismo me introdujo en casa de monsieur de Hauterive, director de los Archivos, y le autorizó para franquearme los documentos de nuestras negociaciones. Monsieur de Hauterive, anciano encanecido sobre los legajos, era la tradición inmutable y el dogma viviente de nuestra diplomacia. Con su estatura imponente, su voz sorda, sus cabellos espesos y empolvados, sus largas cejas que sombreaban unos ojos tiernos y profundos, tenía el aspecto de un siglo que hablase. Me recibió como un padre, contento de transmitirme la herencia de sus viejas economías de ciencia; me hizo leer, compulsar, trabajar y anotar bajo su mirada, en su despacho. Dos veces por semana iba yo a estudiar unas horas bajo su dirección. Siento cariño por el recuerdo de aquella jugosa y pródiga ancianidad, que así se daba a un joven de quien ni siquiera el nombre conocía. Monsieur de Hauterive murió durante el combate de julio de 1830 y al ruido del cañón que desgarraba la política de la Casa de Borbón y los tratados de 1815.

## LXX

Tal era la ocupación de mis días, todo estudio y recogimiento. Yo no deseaba más; mi misma ambición de entrar en una carrera no era, en el fondo, sino la ambición de mi pobre madre y el dolor de gastar su diamante sin darle alguna compensación con la mejora de mi suerte. Si me

hubiesen ofrecido en aquel momento una embajada que me alejase de París, y un palacio para dejar mi yacija en mi antecámara, habría cerrado los ojos para no ver la fortuna, y los oídos para no escucharla. Era demasiado feliz en mi obscuridad, con la luz, para los demás invisible, que esclarecía y abrasaba mis noches.

Mi felicidad se levantaba cuando declinaba el día. Comía, generalmente, solo en mi celda. Pan, un trozo de buey cocido y sazonado con perejil, y algunas ensaladas, componían habitualmente mi refacción. No bebía más que agua, para ahorrarme el gasto de un poco de vino, tan necesario para corregir el agua, insípida y con frecuencia pestilente, de París. De ese modo, veinte sueldos diarios bastaban para mi mesa. Con eso alimentaba también al pobre perro que había adoptado.

Después de comer me tendía en el lecho, abrumado por la soledad y por el trabajo del día; así abreviaba, gracias al dueño, las largas horas nocturnas que todavía me separaban del solo instante en que comenzaba verdaderamente el tiempo para mí; horas que los jóvenes de mi edad gastan, como yo lo había hecho antes de mi transformación, en los teatros, en los lugares públicos y en las dispendiosas distracciones de una capital.

A las once me despertaba. Me vestía con la sencillez decorosa de quien ya cuenta con que la estatura, la apostura y el cabello ondulado por el

peine no dejarán de contribuir a su adorno; calzado lustroso, limpia ropa blanca, un traje, siempre negro, cepillado por mis propias manos y abotonado hasta el cuello, como los discípulos de las escuelas de adolescentes; una capa militar recogida sobre el hombro izquierdo y que protegía al vestido de las salpicaduras de la calle; tal era el traje, uniforme, sencillo y obscuro, que, sin revelar mi situación, no mostraba lujo ni miseria, y me permitía pasar desde mi soledad a un salón, sin atraer, pero también sin chocar, a los ojos de los indiferentes.

Salía a pie, porque el precio de una carrera de coche me habría costado un día de vida. Seguía las aceras, pegado a los muros de las casas; huía de las calles populosas. Andaba despacio y de puntillas para que no me salpicase el barro, que en el salón, alumbrado por bujías, habría delatado al humilde peatón. No me apresuraba, porque sabía que Julia recibía todas las noches a los amigos de su marido en su gabinete o en su salón. Quería que el último coche se separase de la puerta antes de llamar a ella. Me reservaba de este modo, no sólo para evitar observaciones sobre la asiduidad con que un joven visitaba la casa de una mujer tan joven y tan bella, sino, principalmente, para no compartir su mirada y sus palabras con los indiferentes a quienes, por fuerza, a aquellas horas, tenía que sostener y animar la conversación. Me parecía que cada uno de ellos me hurtaba una parte de su pre-

sencia y de su alma. Verla, oírla y no poseerla yo solo era para mí más cruel en algunas ocasiones que no verla en absoluto.

## LXXI

Para matar el tiempo, paseaba de punta a punta el puente que cruza el Sena casi enfrente de la casa que habitaba Julia. ¡Cuántas miles de veces no habré yo contado las losas de ese puente, que resonaban a mi paso! ¡Cuántas monedas de cobre no habré echado, al pasar, en el platillo de hoja de lata del pobre ciego sentado, nevase o lloviese, al pie del parapeto de ese puente! ¡Suplicaba yo que mi óbolo, resonando en el corazón del infeliz, y repercutiendo desde allí en el oído de Dios, me deparase en premio la marcha de uno de los importunos que retardaban mi dicha y la seguridad de una larga noche!

Sabiendo Julia cuánto me desagradaba encontrar extraños en su casa, tenía convenida conmigo una seña que, desde lejos, había de comunicarme la ausencia o la presencia de visitantes en su saloncillo. Cuando había gente, las maderas de su ventana estaban cerradas, y yo no veía más que el resplandor de las bujías que se filtraba entre los dos batientes. Cuando no había más que uno o dos íntimos que iban a retirarse, uno de los dos batientes aparecía cerrado. Y cuando se habían ido todos, los dos batientes se

abrían, así como los cortinajes, y yo podía ver desde la otra orilla la claridad de la lámpara colocada sobre la mesa en que ella leía o escribía esperándome. Mis ojos no perdían nunca de vista aquel fulgor lejano, visible e inteligible sólo para mí entre tantos millares de fulgores de ventanas, faroles, tiendas, carruajes, cafés y de esas avenidas de luces móviles o inmóviles que de noche iluminan las fachadas y los horizontes de París. Todas estas iluminaciones desaparecían para mí. No había más claridades en la tierra ni otra estrella en el firmamento que aquella ventanita redonda que se abría para mí como un ojo que me buscase en la sombra, y hacia la cual se dirigían únicamente mis ojos, mi pensamiento y mi alma. ¡Oh poderío incomprendible de esta infinita naturaleza del hombre que puede llenar los espacios de mil universos y aun hallarlos estrechos para su universalidad, o puede concentrarse en un solo puntito luminoso, que brilla a través de la bruma de un río entre el océano de luces de una ciudad inmensa, y encontrar su infinito de deseos, de sentimientos, de inteligencia y de amor en esa sola chispa que no rivalizaría sin trabajo con el gusano de luz en una noche de estío! ¡Cuántas veces me repetía yo esto al dirigirme, embozado hasta los ojos, a mi puente obscuro! ¡Cuántas veces no grité, al divisar aquella claraboya brillante en la lejanía: "¡Dios mío! ¡Soplad sobre todas las claridades de la tierra, apagad todos esos globos luminosos del firmamento, pero dejad que

luzca eternamente esa débil claridad, misteriosa estrella de dos vidas! ¡Ese fulgor alumbrará bastante todos los mundos y será suficiente para mis ojos por toda vuestra eternidad!”

¡Ay! Yo vi después extinguirse aquella estrella de mi juventud, aquel hogar de mis ojos y de mi corazón! Yo vi los postigos de las ventanas permanecer largos años cerrados sobre la fúnebre obscuridad de la pequeña estancia. Después los vi reabrirse un día, un año; después me decidí a mirar para ver quién se atrevía a vivir donde había vivido ella; después vi en aquella ventana, inundada de sol y adornada con flores, a una joven desconocida que jugaba y sonreía con un niño recién nacido, sin saber que jugaba sobre un sepulcro, que sus sonrisas se convertían en lágrimas en los ojos de un transeunte y que aquella vida era una ironía de la muerte... ¡Después volví muchas veces, de noche, y todavía vuelvo todos los años para acercarme a aquel muro con pasos temerosos, tocar aquella puerta, sentarme en aquel banco de piedra, mirar los resplandores, escuchar los ruidos que vienen de allá arriba y figurarme un momento que veo el reflejo de su lámpara, que oigo el timbre de su voz, que voy a llamar a la puerta, que ella me espera y que voy a subir!... ¡Oh memoria! ¡Eres un beneficio del cielo, o un suplicio infernal?

... ..

—Pero, perdón, amigo mío; puesto que lo desees, prosigo mi relato.

## LXXII

Al día siguiente de mi llegada me había presentado Julia al anciano que le servía de padre, y cuyos últimos días iluminaba ella con la irradiación de su alma, de su ternura y de su bondad. Me recibió como a un segundo hijo. Conocía por ella nuestro encuentro en Saboya, nuestro mutuo afecto fraternal, nuestra diaria correspondencia y aquella afinidad de nuestras almas revelada por la conformidad de nuestros instintos, nuestras edades y nuestros sentimientos. Sabía la pureza sobrenatural del cariño que la naturaleza y la sociedad nos impedirían alterar jamás. No sentía inquietud ni celos sino por la dicha, el renombre y la vida de su ahijada. Temía únicamente que hubiese sido seducida o engañada por esas primeras miradas, que unas veces son la revelación y otras la ilusión de las jóvenes, y que hubiese dado su corazón a un hombre creado por su imaginación tan sólo. Mis cartas, de las cuales ella le leía muchos pasajes, le habían tranquilizado un poco, sin embargo. Sólo mi fisonomía podía decirle si mis sentimientos eran como las cartas, porque el estilo puede mentir, pero el rostro nunca.

El anciano me examinó con esa atención inquieta que se oculta bajo una mirada un momento replegada. Pero, según iba contemplándome e interrogándome, veía yo aquella mirada abrirse, esclarecerse de íntima satisfacción, enter necerse de con-

fianza y posarse en mí con esa seguridad y esa caricia de los ojos que son como palabras mudas, pero las mejores palabras de una primera conversación.

El ardiente deseo de serle agradable; la natural timidez de un joven que ve la suerte de su corazón pendiente del juicio que se va a formar de él; el temor de que la primera impresión me fuese contraria; la presencia de Julia, que me turbaba aún, dándome aliento; todos aquellos matices de mi pensamiento, legibles en la modestia de mi actitud y en el rubor de mis mejillas, hablaron, sin duda, por mí mejor que lo hubiera hecho yo mismo. El anciano me cogió las manos con un ademán enteramente paternal, y me dijo: "Estad seguro, señor, de que contáis con dos amistades en vez de una en esta casa. Julia no habría podido elegir mejor un hermano, y yo no he podido elegir mejor un hijo." Me abrazó y hablamos, como si me hubiese visto desde mi infancia, hasta la hora en que un anciano servidor venía invariablemente todas las noches, al dar las diez, para subirle del brazo la escalera y llevarle a su habitación.

### LXXIII

Era una hermosa y simpática ancianidad a la cual sólo podía desearse la seguridad del mañana. Aquella ancianidad completamente desinteresada y paternal no extrañaba ni sorprendía al lado de la joven. Era un poco de sombra de la noche so-

bre un amanecer, pero sombra protectora que amparaba, sin ajarlas, aquella juventud, aquella inocencia y aquella hermosura.

Las facciones de aquel hombre ilustre eran regulares, como esas líneas puras de los perfiles antiguos, que el tiempo ha descarnado un poco sin descomponerlas. Sus ojos azules tenían la mirada dulce, pero penetrante, como ojos fatigados que miran a través de ligera bruma. Su boca era fina, jovial, como la sonrisa de un padre a sus hijos. Sus cabellos, escasos por razón de la edad y el estudio, tenían la flexibilidad y las ondulaciones del plumón del cisne. Sus manos eran afiladas y blancas, como las de la estatua en que Séneca moribundo dice adiós a Paulina. Su cara, demacrada y pálida por los largos trabajos del espíritu, no tenía arrugas, porque nunca había tenido carne. Algunas venas azules y exhaustas de sangre serpenteaban por las deprimidas sienes. Su frente, ese órgano que los pensamientos labran y pulen, como última belleza del hombre, reflejaba los fulgores de la humbre. Las mejillas tenían esa delicadeza de piel, esa transparencia de color de un rostro que ha envejecido a la sombra de los muros y que nunca han curtido el sol ni el aire: tez de mujer que afemina al fin de la vida el rostro de los viejos, les da algo de aéreo, de fugitivo, de impalpable, como una sombra que estaría a punto de volar si se le sopla con fuerza. Sus palabras maduras, reflexivas, naturalmente engastadas en frases breves, claras, luminosas,

tenían la precisión propia de una boca que ha escogido mucho, al dictar o al escribir, la forma de sus pensamientos. Dejaba entre sus frases largos silencios, como para darles tiempo de entrar en el oído y ser gustadas por el espíritu de los que oían. Las sazonaba con una jovialidad siempre graciosa, nunca cínica, con lo cual parecía darles alas ligeras que de vez en cuando elevasen la conversación y la librasen de la continua pesadumbre de las ideas.

## LXXIV

Al cabo de unos días adoraba yo a aquel sabio y encantador anciano. Sólo una cosa me afligía al mirarle: que avanzase con paso sereno hacia la muerte sin creer en la inmortalidad. Las ciencias naturales, que había estudiado mucho, habían acostumbrado su espíritu a confiar no más que en el juicio de los sentidos; lo que no era palpable no existía para él; lo que no era calculable carecía a sus ojos de elementos de certeza; la materia y la cifra componían para él el universo; los números eran su Dios; los fenómenos, su revelación; la Naturaleza, su Biblia y su Evangelio; su virtud era el instinto. No veía que los números, los fenómenos, la Naturaleza y la virtud no son más que jeroglíficos escritos en la cortina del templo, y cuyo sentido único es: Divinidad. ¡Espíritus sublimes, pero reacios, que suben maravillosamen-

te de peldaño en peldaño la escalera de la ciencia, sin querer nunca salvar el último, que conduce a Dios!

## LXXV

En pocos días, aquel segundo padre me tomó tal afecto, que quiso darme por las mañanas, en su biblioteca, lecciones de las altas ciencias que habían hecho su renombre y ahora constituían su recreo. Yo iba, de cuando en cuando, por la mañana. Julia solía subir a las mismas horas. Era un espectáculo raro y conmovedor el de aquel anciano sentado en medio de sus libros, monumento de los conocimientos humanos y de la filosofía, cuyas páginas había él agotado durante toda su vida, revelando los misterios de la Naturaleza y del pensamiento a un joven que se mantenía en pie detrás de él, mientras que una mujer joven y bella, como la Beatriz del poeta de Florencia—filosofía idealizada, sabiduría amorosa—, servía de primer discípulo al viejo y de condiscípulo al joven hermano. Ella traía los libros, hojeaba las páginas, señalaba con su lindo dedo de rosa los capítulos; circulaba entre las esferas, los globos, los instrumentos, los montones de volúmenes envueltos en el polvo de la ciencia humana; parecía el alma de la Naturaleza redimiéndose de la materia para iluminarla y hacerla amar.

En pocos días aprendí y comprendí más que en

años de secos y solitarios estudios. Las frecuentes indisposiciones, propias de la edad del maestro, interrumpían con harta frecuencia aquellas entrevistas y aquellas lecciones matutinas.

## LXXVI

Pero yo continuaba yendo a consumir una parte de la noche junto a aquella que era, por sí sola, noche y día, tiempo y eternidad para mí. Como ya te he dicho, yo llegaba en el momento en que los importunos dejaban el salón. Algunas veces permanecía largas horas en el puente o en el muelle, a veces andando, a veces quieto, esperando en vano que las maderas se abriesen a medias o del todo, en señal de aquel mudo llamamiento que teníamos convenido. ¡Cuántas perezosas ondas del Sena, que llevaban consigo los fulgores flotantes de la luna o las reverberaciones de los balcones de la ciudad seguí con mis ojos en su fuga! ¡Cuántas horas y medias horas oí sonar en las iglesias lejanas o próximas, maldiciéndolas unas veces por su lentitud, y otras acusándolas por su precipitación! Conocía el timbre de las voces de acero de todas las torres de París. Había días felices y días nefastos. Algunas veces subía sin esperar ni un instante. No encontraba a su lado más que a su marido, que empleaba en relatos alegres y en gratas conversaciones las horas que le preparaban para el sue-

ño. Otras veces encontraba sólo a uno o dos amigos de la casa. Entraban un momento, con la noticia o la emoción del día. Daban a la amistad las primicias de su noche, que iban en seguida a terminar en los salones políticos. Generalmente, eran hombres parlamentarios, oradores eminentes de ambas Cámaras: Suard, Bonald, Mounier, Rayneval, Lally-Tollendal, viejo de alma juvenil; Lainé, la más pura copia de la elocuencia y la virtud antiguas que yo he venerado en nuestros tiempos modernos; romano de corazón, de lengua y de aspecto a quien sólo faltaba la toga romana para ser el Cicerón o el Catón de su época. Sentía yo singular admiración y tierno respeto por esta encarnación de gran ciudadano. También monsieur Lainé me distinguió con miradas y palabras de predilección. Luego fué mi maestro. Si yo tuviese algún día una patria a quien servir y una tribuna que ocupar, el recuerdo de su patriotismo y su elocuencia permanecería ante mí como un modelo, imposible de igualar, pero digno de imitación, siquiera aproximada.

Aquellos hombres se sucedían en derredor de la mesita de trabajo. Julia estaba medio tendida en su canapé. Yo, respetuoso y callado, en un rincón de la estancia, lejos de ella, escuchando, meditando, admirando o desaprobando para mis adentros, pero rara vez abriendo los labios, a menos que me interrogasen, y sin mezclar en aquellas conversaciones más que palabras reservadas

y tímidas, dichas a media voz. Siempre he tenido, al mismo tiempo que convicciones fortísimas, un extremo embarazo para enunciarlas delante de los hombres. Todos me parecían infinitamente superiores a mí en edad y en autoridad. El respeto al tiempo, al genio y al renombre forma parte de mi naturaleza. Un rayo de gloria me deslumbra. Un cabello blanco me impone. Un hombre ilustre me hace inclinarme voluntariamente. A menudo, esta timidez ha obscurecido mi mérito real; pero no lo he lamentado nunca. El sentimiento de la superioridad ajena es bueno en la juventud y en todas las edades. Eleva el ideal a que se quiere aspirar. La confianza en sí mismo es una insolencia para con la Naturaleza y para con el tiempo. Si este sentimiento de la superioridad ajena es una ilusión, es, al menos, una ilusión que engrandece a la humanidad y mejor que la ilusión que la empequeñece. ¡Por desgracia, bien pronto queda reducido a sus justas y tristes proporciones!

Al principio, aquellos hombres no se fijaban casi en mí. Algunas veces los veía inclinarse hacia Julia y preguntarle en voz baja quién era aquel joven. Mi fisonomía pensativa y la inmovilidad modesta de mi actitud parecían asombrarlos y agradarlos. Insensiblemente fueron acercándose a mí, y con gesto de benévola intención dirigían hacia mi lado algunas de sus palabras. Era como alentarme indirectamente para que tomase parte en la conversación. Yo lo hacía con pocas

palabras para expresarles mi reconocimiento. Pero volvía en seguida a mi sombra y a mi silencio, temeroso de prolongar la conversación si la animaba. Los consideraba no más que como el marco de un cuadro. El único interés real para mí estaba en el rostro, la palabra y el alma de aquella que me robaban con su presencia.

## LXXVII

Pero también, ¡qué alegría y qué latir del corazón cuando se iban, cuando yo oía rodar bajo la bóveda el coche del último! Quedábamos solos. Ya la noche había avanzado. La seguridad de nuestras horas solitarias aumentaba a cada paso del minuterero, que se aproximaba a la media noche en la esfera del reloj. No se oía más que algún que otro carruaje resonar a intervalos sobre el pavimento del muelle, o los ronquidos del viejo portero, que dormía en una banqueta del vestíbulo, al pie de la escalera.

Nos mirábamos primero sin hablar, como asombrados de nuestra ventura. Yo me acercaba a la mesa a la cual trabajaba Julia, bajo la luz de la lámpara, en alguna labor femenil. La labor se escapaba de sus dedos distraídos. Nuestras miradas se dilataban, se despegaban nuestros labios. Se desbordaban nuestros corazones. Nuestras palabras, ansiosas, como olas contenidas por una abertura demasiado estrecha, vacilaban antes

de correr, y sólo gota a gota vertían el torrente de nuestros pensamientos. Entre la confusión de cosas que teníamos que decirnos, no podíamos escoger bastante aprisa lo que más pronto queríamos revelarnos. A veces, se producía un largo silencio, por el mismo embarazo y el exceso de palabras que se acumulaban en nuestros corazones sin poder salir. Luego comenzaban a correr lentamente, como esas primeras gotas que deciden a la nube a fundirse y estallar. Aquellas primeras palabras llamaban a otras, que las respondían. El sonido de la voz del uno suscitaba el sonido de la voz del otro, como un niño arrastra a otro al caer. Nuestras palabras se confundían un momento sin orden, sin respuesta ni continuación, porque ninguno de los dos quería ceder al otro la dicha de anticipársele en la expresión de un sentimiento común. Cada uno de los dos creía haber sido el primero en experimentar lo que revelaba de sus pensamientos desde la entrevista de la víspera o desde la carta de la mañana. Aquel desbordamiento tumultuoso, que acababa por darnos rubor y risa, se apaciguaba al fin, y le sucedía un tranquilo desahogo de nuestros labios, que a un tiempo o alternativamente vertían la plenitud de sus expresiones. Era una transfusión continua y murmurante del alma del uno en la del otro, un cambio sin reserva de nuestras naturalezas, una transmutación completa de ella en mí y de mí en ella, por la comunicación recíproca de cuanto vivía, sentía, pensaba o ardía

en nosotros. Nunca, de fijo, dos seres tan irreprochables en sus miradas y en sus mismos pensamientos pusieron más al desnudo su corazón el uno ante el otro, ni se revelaron más inmaterialmente el fondo más misterioso de sus sentimientos. Aquella inocente desnudez de nuestras almas seguía siendo casta, aunque tan libre de velos. Era como la luz que todo lo muestra y nada mancilla. No teníamos que revelarnos sino el amor inmaculado que, abrasándonos, nos purificaba.

Por su misma pureza, nuestro amor se renovaba constantemente con los mismos fulgores en el alma, el mismo rocío en los ojos, el mismo sabor virginal de su primera floración. Todos los días eran como el primero. Todos los momentos se parecían a ese inefable momento en que uno siente abrirse el amor dentro de sí y repetirse en el corazón y la mirada de otro que es como él mismo; siempre flor, siempre perfume, siempre embriaguez: porque el fruto no ha de ser cogido nunca.

## LXXVIII

Aquel amor tomaba, para traducirse, todas las infinitas formas por las cuales Dios ha permitido que el alma se comuniqué con el alma a través de la barrera transparente de los sentidos: desde la mirada que contiene la mayor parte de nuestro ser en un rayo casi inmaterial, hasta los

párpados cerrados que parecen recoger en nosotros la imagen recibida para impedir que se escape; desde la languidez hasta el delirio; desde el suspiro hasta el grito; desde el largo silencio hasta esas palabras inagotables que corren de los labios sin pausa y sin fin, que cortan el aliento y fatigan la lengua, que se las pronuncia sin oír las uno mismo y que en el fondo no significan más que un esfuerzo impotente para decir y repetir lo que nunca puede decirse...

Muchas veces habíamos hablado así horas enteras, a media voz, el codo en la mesita, el rostro cerca del rostro, las miradas casi confundidas, sin darnos cuenta de que la conversación hubiese durado más de lo que dura una respiración; y nos asombraba que los minutos hubiesen corrido tan de prisa como nuestras palabras, y que el reloj diese la hora inexorable de separarnos.

Eran interrogaciones y respuestas sobre los más fugitivos matices de nuestra naturaleza o nuestros pensamientos; diálogos en voz tan queda que apenas se oía; alientos articulados, más que palabras sensibles; confusiones ruborosas de nuestros más secretos y sordos gemidos interiores; asombros y exclamaciones de dicha al descubrirnos impresiones semejantes, como reflejadas del uno en el otro, como la luz en la reverberación, el golpe en el eco, la figura en la imagen. Nos levantábamos con un impulso simultáneo, exclamando: "¡No somos dos! Somos un solo ser bajo dos distintas naturalezas que nos en-

gañan. ¿Quién dirá *vos* al otro? ¿Quién dirá *yo*? ¡No hay *yo*, no hay *vos*: hay *nosotros!*...” Y caíamos abrumados de admiración por aquella conformidad maravillosa, llorando de la delicia de sentirnos dobles no siendo más que uno y de haber multiplicado nuestro ser dándole.

## LXXIX

A veces, lo más a menudo, eran retrocesos escrupulosamente atentos a todos los lugares, a todas las circunstancias, a todas las horas que habían traído o señalado el principio de nuestro amor: como una joven a quien, según iba andando, se le han desgranado las perlas del collar, y vuelve, paso a paso, y bajos los ojos, sobre su camino para buscarlas y reunir las una a una. No queríamos perder la memoria de uno de aquellos sitios, de una de aquellas horas, por miedo de perder también la memoria y el goce avaro de una sola de nuestras felicidades. Las montañas de Saboya; el valle de Chambery; las cascadas, los torrentes, el lago, las praderas musgosas, negras de sombra o iluminadas por resplandores que pasaban dispersos a través de los largos brazos extendidos de los castaños; el cielo entrevisto por los claros de la cúpula de follaje; la sabana azul y las velas blancas a nuestros pies; nuestras primeras entrevistas involuntarias, de lejos, en los senderos de la montaña; las conjeturas que en-

tonces hacíamos el uno respecto del otro; nuestros encuentros en el lago, cuando bajábamos en dirección contraria, antes de conocernos; sus negros cabellos arrebatados por el viento; mi actitud indiferente; mis miradas que se apartaban de las gentes; el doble enigma que así presentábamos perpetuamente el uno ante el otro, y cuya solución, para ambos, había de ser un amor eterno; luego, el día funesto de la tempestad y el desmayo; la noche de oraciones en la muerte y en las lágrimas, y el despertar en el cielo; el regreso juntos, por la calle de álamos, a la luz de la Luna, mi mano en la suya; sus ardientes lágrimas por mí sentidas y bebidas; las primeras palabras por las que se escaparon nuestras almas; la felicidad, la separación... ¡Todo, en fin!

No podíamos saciarnos de detalles. Era como si nos hubiésemos contado una historia que no fuese la nuestra. Pero ¿qué había ya en el universo fuera de nosotros? ¡Oh inagotable curiosidad del amor! ¡No eres una pueril distracción del momento: eres el amor mismo, que no puede cansarse de mirar lo que admira, que no quiere dejar escapar una impresión, un cabello, una pestaña, un estremecimiento, un rubor, una palidez, un suspiro de lo que ama, para tener un motivo de amar más y de arrojar con cada recuerdo un alimento más a la hoguera de entusiasmo en que él mismo goza de verse consumido!...

## LXXX

Algunas veces, de pronto, Julia lloraba con una tristeza extraña; era de verme condenado por aquella muerte siempre oculta, pero siempre interpuesta entre nosotros, a no ver en ella más que un fantasma de felicidad que se desvanecería en el momento en que yo quisiera estrecharle contra mi corazón. Gemía y se acusaba de haberme inspirado una pasión que jamás podría hacerme dichoso. “¡Oh, yo querría morir, morir pronto, morir joven y todavía amada!—me decía—. ¡Oh, morir, ya que no puedo ser para ti sino el objeto y la ilusión amarga del amor y la felicidad, el delirio y el suplicio a la vez! ¡Ah! ¡Es la más divina de las venturas y la más cruel de las condenaciones, confundidas en el mismo destino! ¡Que el amor me mate y que tú me sobrevivas para amar, después de mí, según tu naturaleza y tu corazón! ¡Menos infeliz sería si muriese que viendo cómo vivo de tus penas y cómo te entrego a la perpetua muerte de tu juventud y de tu dicha!”

“¡Oh blasfemia contra la suprema felicidad!—le respondí, poniendo mi mano temblorosa bajo sus ojos para que sus lágrimas cayesen en mis dedos—. ¿Qué vil idea os habéis formado entonces del que Dios ha considerado digno de hablaros, de comprenderos y de amaros? ¿No hay más océanos de ternura en esta lágrima que cae ardiendo de vuestro corazón en mi mano, que yo

bebo como la gota de sangre del suplicio divino de nuestra alma, que en los millares de deseos saciados y de voluptuosidades culpables en que se encenagan los vulgares cariños que echáis de menos por mí? ¿Os ha parecido alguna vez que yo deseara algo más que este sufrimiento común, que hace de nosotros dos víctimas voluntarias y puras? ¿No es éste un holocausto de amor como tal vez desde Eloísa no se había ofrecido en espectáculo a los ángeles? ¿Me he quejado yo nunca al destino, ni aun en el delirio de mis horas solitarias, por haberme elevado, para vos y por vos, sobre la condición de los hombres? El me ha dado a amar en vos, no una mujer a quien se puede estrechar y marchitar entre brazos mortales, sino una encarnación impalpable y sagrada de la belleza inmaterial. El fuego celeste en que deliciosamente me abraso, ¿no consume todo el carbón de los vulgares deseos? ¿No me convierte todo entero en llama? Y esta llama, ¿no es tan pura y tan suave como los rayos de vuestra alma, que la han encendido y la alimentan eternamente para vuestros ojos? ¡Ah Julia; tened de vos una idea más digna de vos misma, y no lloréis por las penas que creéis infligirme! Yo no sufro. Mi vida es un continuo desbordamiento de felicidad, está llena sólo de vos; es una paz, un sueño que vos inspiráis. Me habéis transformado en otra naturaleza. ¿Sufrir yo? ¡Ah, yo querría algunas veces sufrir, en efecto, para tener algo que ofrecer al destino en pago de lo que él me ha dado en vos,

aunque no fuese más que el sentimiento de una privación y la amargura de una lágrima! Porque sufrir por vos sería quizá la única cosa que pudiese añadir una gota a la copa de mi dicha. Sufrir así, ¿es sufrir, o gozar? No; vivir así es morir, en verdad; ¡pero es morir unos años antes en esta miserable vida para vivir anticipadamente la vida del cielo!”

## LXXXI

Ella lo creía y yo también lo creía al decirselo. Juntaba mis manos ante ella. Nos separábamos al fin de estas entrevistas, guardando ella, llevándome yo, para alimentarnos de ella durante nuestra separación, hasta el día siguiente, la impresión de la última mirada, el eco del último acento que había de permitirnos vivir y esperar todo un largo día.

La veía abrir su balcón cuando yo había traspuesto el umbral de la puerta; acodarse, entre las flores, en la barandilla, y seguirme con la mirada hasta donde la bruma del Sena dejaba que mi sombra se dibujase sobre el puente. Cada ocho o diez pasos me volvía para enviarle mi alma con mi mirada y mis suspiros. Me parecía que mi ser se desdoblaba en dos; mi pensamiento se quedaba para revolar y habitar cerca de ella, y mi cuerpo, solo, como un ser maquinal, volvía lentamente, por las sombras de las calles desiertas, a la puerta del hotel donde iba a acostarme.

## LXXXII

Así transcurrieron, sin más variación que la de mis estudios y nuestras impresiones, los meses deliciosos del invierno. Llegaban a su fin. Ya los primeros esplendores de la primavera entrelucían en la cima de los tejados, sobre el dédalo húmedo y obscuro de las calles de París. Mi amigo V\*\*\* partió, llamado por su madre. Me dejó solo en la reducida estancia donde me había alojado. V\*\*\* debía volver en otoño. Había pagado la habitación por un año entero. Ausente, todavía me dejaba su fraternal hospitalidad. Le vi marchar oprimiéndoseme el corazón. Ya no tenía nadie a quien hablar de Julia. Mis sentimientos iban a pesar sobre mi corazón con mayor pesadumbre, porque no podría depositarlos en otro corazón. Pero era todavía un peso de felicidad que yo podía sobrellevar. Bien pronto fué un peso de angustia que yo no podía confiar a nadie, y menos a la mujer a quien amaba.

Mi madre me escribió que mi padre había sufrido desastres inesperados de fortuna y quebrantos domésticos tan rudos, que la casa paternal, antes tan holgada, abierta y hospitalaria, había caído en una indigencia relativa. Mi padre se veía obligado a reducirme la pensión a la mitad para poder, y no sin trabajo, atender a la educación de los otros seis hijos. Era necesario, pues —decía mi madre—, que me apresurase a buscar

por mi propio esfuerzo medios de decorosa existencia en París, o que volviese a la casa familiar y a vivir, en el campo, del pan de todos en la mediocridad y en la resignación. La ternura de mi madre se anticipaba a consolarme de esta dolorosa necesidad. Me pintaba su alegría de volverme a ver. Extendía ante mis ojos la perspectiva, delicadamente coloreada, de los trabajos del campo y los sencillos placeres de la vida rural. Por otra parte, algunos de los amigos de juego y de placer de mis primeros años de desorden, caídos en la miseria, a quienes encontré en París, me recordaron pequeñas obligaciones que tenía contraídas con ellos, y me rogaron que acudiese en su ayuda. Así fueron despojándome poco a poco de la mayor parte de las economías que yo había amasado para sostenerme en París más tiempo. Tocaba ya al fondo de mi menguada bolsa. Pensé en intentar fortuna por el renombre.

Una mañana, después de violenta lucha entre mi timidez y mi amor, el amor venció en mí. Oculté entre mis ropas el pequeño manuscrito, encerrado en la carpeta verde; contenía mis poesías, mi última esperanza. Me encaminé, vacilando y retrocediendo a veces en mi designio, a casa de un célebre editor, cuyo nombre va asociado a la gloria de las letras y de la librería francesas: monsieur D\*\*\*. Su nombre fué el primero que me atrajo, porque, independientemente de su fama como editor, monsieur D\*\*\* era un escritor bastante estimado entonces. Había publicado sus pro-

pios versos con todo el lujo y la resonancia de un poeta que puede ser vocero de su propio nombre. Llegado a la calle de Jacob, a la puerta de monsieur D\*\*\*, puerta alfombrada de glorias, tuve que redoblar los esfuerzos sobre mí mismo para transponer el umbral; luego, para subir la escalera; luego, más aún, para llamar a la puerta de su despacho. Pero veía detrás de mí el rostro adorado de Julia que me alentaba y su mano que me empujaba; me atreví a todo.

Monsieur D\*\*\*, hombre de edad madura, de rostro preciso y comercial, de palabra clara y breve, como la de un hombre que conoce el precio de los minutos, me recibió cortésmente. Me preguntó qué tenía que decirle. Balbucí un buen rato. Me extravié en esos rodeos de frases ambiguas con que se oculta un pensamiento que quiere y no quiere llegar al fin. Yo creía ganar valor ganando tiempo. Por fin, me desabroché la levita. Saqué el pequeño volumen. Se lo presenté humildemente y con mano trémula a monsieur D\*\*\*. Le dije que había escrito aquellos versos, que deseaba imprimirlos para alcanzar, si no la gloria, porque no abrigaba tan ridícula ilusión, al menos la atención y la benevolencia de los hombres poderosos de la literatura; que mi pobreza no me permitía sufragar los gastos de la impresión; que iba a someterle mi obra y a pedirle que la publicase si, después de haberla leído, la juzgaba digna de alguna indulgencia o del favor de los espíritus cultos.

Monsieur D\*\*\* sonrió con ironía mezclada de bondad, movió la cabeza, cogió el manuscrito con dos dedos, habituados a arrugar desdeñosamente el papel; lo dejó sobre la mesa y me dijo que dentro de ocho días me daría una contestación sobre el objeto de mi visita. Salí.

Aquellos ocho días me parecieron ocho siglos. Mi porvenir, mi fortuna, mi renombre, el consuelo o la desesperación de mi pobre madre, mi amor, en fin, mi vida y mi muerte, estaban en las manos de monsieur D\*\*\*. Unas veces me figuraba que leía mis versos con el mismo enajenamiento que me los había dictado en las montañas o al borde de los torrentes de mi país; que encontraba en ellos el rocío de mi alma, las lágrimas de mis ojos, la sangre de mis jóvenes venas; que reunía a los hombres de letras amigos suyos para leerles aquellos versos; que yo mismo oía, desde el fondo de mi alcoba, el ruido de sus aplausos. Otras veces me avergonzaba de haber entregado a las miradas de un desconocido una obra tan indigna de salir a luz; de haber desvelado mi debilidad y mi desnudez por la vana esperanza de un éxito, que se cambiaría en humillación sobre mi frente en vez de convertirse en alegría y en oro entre mis manos. Sin embargo, mi esperanza, tan obstinada como mi indigencia, se sobreponía a mis sueños y me llevaba de hora en hora hasta la hora señalada por monsieur D\*\*\*.

## LXXXIII

Desfallecía mi corazón, cuando al octavo día subí su escalera. Estuve mucho tiempo de pie en el desembarque de su puerta sin atreverme a llamar. Salió alguien y se quedó la puerta abierta. Tuve que entrar. El rostro de monsieur D\*\*\* estaba inexpressivo y ambiguo como el oráculo. Me hizo sentar, y buscando mi volumen, sepultado entre pilas de papeles: "He leído vuestros versos—me dijo—. No les falta talento, pero les falta estudio. No se parecen en nada a lo que se busca y se admite entre nuestros poetas. No se sabe de dónde habéis tomado el lenguaje, las ideas, las imágenes de esta poesía. No se clasifica en ningún género definido. Y es lástima, porque tiene armonía. Renunciad a esas novedades que desnaturalizarían el genio francés. Leed a nuestros maestros Delille, Parny, Michaud, Raynouard, Luce de Lancival, Fontanes, que son los poetas queridos del público. Pareceos a alguno si queréis que se os reconozca y se os lea. Yo os daría un mal consejo si os alentase a publicar este volumen, y os haría un mal servicio publicándolo a mi costa." Hablando así, se levantó y me devolvió el manuscrito. No intenté discutir con el destino: el destino hablaba para mí en los labios de aquel oráculo. Volví a guardar el volumen entre mis ropas. Di las gracias a monsieur D\*\*\*. Le pedí que me disculpase por el tiempo que le había

hecho perder, y bajé, con las piernas temblorosas y los ojos húmedos, los peldaños de la escalera.

¡Ah! Si monsieur D\*\*\*, hombre bueno y sensible, protector de las letras, hubiese podido leer en el fondo de mi corazón y comprender que no eran la gloria ni la fortuna lo que iba a mendigar con su obra en la mano aquel joven desconocido, sino que era el amor y la vida lo que yo le pedía, estoy convencido de que habría impreso el volumen. ¡El cielo, siquiera, le habría devuelto el precio!

#### LXXXIV

Regresé desesperado a mi habitación. El niño y el perro hubieron de asombrarse por primera vez de las tinieblas de mi fisonomía y de la obstinación de mi silencio. Encendí el hornillo y arrojé en él, hoja por hoja, el volumen entero, sin salvar ni una página.

“Puesto que no sirves para comprarme un día de vida y de amor—exclamaba sordamente viéndolo arder—, ¡qué me importa que la inmortalidad de mi nombre se consuma contigo! ¡Mi inmortalidad no es mi gloria, es mi amor.”

Salí al caer de la tarde. Vendí el diamante de mi pobre madre. Lo había guardado hasta entonces con la esperanza de adquirir su valor con mis versos y devolverle su anillo intacto. Recé furtivamente y mojó de lágrimas el diamante al entregárselo al lapidario. El mismo comerciante

parecía enternecido. Harto comprendía, viendo mi dolor al entregar la joya, que yo no la había hurtado. Al contar los treinta luises que me dió, mis dedos dejaron caer aquel oro, como si hubiese sido el precio de una profanación. ¡Oh! ¡Cuántos diamantes veinte veces más valiosos no habría yo dado después por recobrar aquél, aquel diamante único para mí, porque era un pedazo del corazón de mi madre, una de las últimas lágrimas de sus ojos, la luz de su amor!... ¿A qué dedo habrá pasado?...

## LXXXV

Pero había llegado la primavera. Ya las Tullerías cubrían por las mañanas a los ociosos con el toldo verde de su follaje y la perfumada nieve de la flor de los castaños. Desde lo alto de los puentes se vislumbraban, más allá del horizonte de piedra de Chaillot y Passy, las largas líneas onduladas y verdeantes de las colinas de Fleury, de Meudon y de Saint-Cloud. Las colinas parecían surgir como islas de frescura y soledad de aquel océano de creta. Me traían al corazón remordimientos y punzantes reproches. Eran las imágenes, los recuerdos, la sed de naturaleza que había dejado en el olvido durante seis meses. Por la noche, la luna flotaba, con sus claridades rielantes, en las tibias ondas del río. El astro soñador abría, a la extremidad del lecho del Sena, avenidas luminosas y perspectivas fantásticas, donde los ojos

se perdían en paisajes de vapor y sombra. El alma se iba involuntariamente tras de los ojos. Las portadas de las tiendas, los balcones y ventanas de los muelles estaban cubiertos de tiestos, cuyas flores esparcían su perfume hasta por cima de la cabeza de los transeuntes. En los rincones de las calles y en los extremos de las puertas, los floristas, sentados tras una cortina de plantas florecidas, agitaban los ramos de lilas como si quisieran embalsamar la ciudad. En la habitación de Julia, el hueco de la chimenea se había transformado en gruta de musgo; y en las consolas y en las mesas había floreros llenos de violetas, lirios, rosas y primaveras. ¡Pobres flores desarraigadas de los campos, semejantes a las golondrinas que han entrado alocadas en una estancia y se rozan las alas contra las paredes anunciando los hermosos días de abril a los pobres habitantes de los desvanes! El perfume de aquellas flores nos llegaba al corazón. Nuestros pensamientos, impresionados por los olores y las imágenes, nos hacían volver, naturalmente, a aquella Naturaleza en cuyo seno nos habíamos encontrado tan solos y tan felices. La habíamos olvidado mientras los días fueron sombríos, ceñudo el cielo y cerrado el horizonte. Recluidos en la estrecha habitación, donde éramos el uno para el otro todo nuestro universo, no pensábamos ya que hubiese otro Cielo, otro Sol, otra Naturaleza fuera de nosotros. Aquellos hermosos días, entrevistos a través de los tejados de una inmensa ciudad, vinieron a despertar-

nos. Nos conturbaron, nos entristecieron, nos atrajeron, por invencible instinto, a contemplarnos, saborearlos, beberlos más de cerca en los bosques y en las soledades de los alrededores de París. Al concebir tales deseos irresistibles y preparar proyectos de largas excursiones por los bosques de Fontainebleau, Vincennes, San Germán y Versailles, nos parecía que íbamos a encontrar de nuevo nuestros bosques y nuestras aguas de los valles de los Alpes. Por lo menos, allí veríamos los mismos soles y las mismas sombras; allí reconoceríamos el sonoro gemir de los mismos vientos en las ramas.

La primavera, que devolvía la limpidez al cielo y la savia a las plantas, devolvía también una juventud más palpitante y más plena al corazón de Julia. El tinte de sus mejillas era más vivo; los rayos de sus ojos, más azules y más penetrantes. Su palabra tenía más emoción en el acento; su languidez, más suspiros; su andar, más ímpetu y más puerilidad. La agitaba una fiebre de vida hasta en la inmovilidad de su cuarto; y aquella dulce fiebre aceleraba las palabras en sus labios y daba inquietud a sus pies. De noche dejaba las cortinas descorridas, y a cada instante se ponía a la ventana para aspirar la fresca de las aguas, los rayos de Luna, las vaharadas de aire vegetal, que después de cruzar el valle de Meudon, llegaban entibiadas hasta las casas del muelle.

—¡Oh, demos—le decía yo—unos días de fies-

ta a nuestras almas en medio de tantos días de dicha! Nosotros, los más sencillos y los más agradecidos de todos esos seres para los cuales reanima Dios su tierra y sus cielos, no seamos los únicos para quienes los reanima en vano. ¡Sumérjámonos juntos en ese aire, en esos resplandores, en esas hierbas, en esos ramajes, en ese océano de vegetación y resurgimiento que inunda la tierra en estos momentos! ¡Veamos si nada ha envejecido un día en las obras de la creación, si no se ha rebajado en una onda o una nota ese entusiasmo que en nosotros cantaba, gemía, amaba y gritaba en las montañas o sobre las ondas de Saboya!

—¡Oh, sí, vayamos!—decía ella—. No sentiremos más, no nos amaremos mejor, no nos bendeciremos de otro modo; pero habremos hecho a un rincón más de la tierra y del cielo testigo de la dicha de dos pobres seres. El templo de nuestro amor, que sólo estaba en aquellas montañas tan queridas, estará dondequiera que yo haya ido y respirado contigo...

El anciano nos alentó a emprender las excursiones a los hermosos bosques de los alrededores de París. Abrigaba la esperanza, alimentada por los médicos, de que el aire vegetal, al contacto del sol, que todo lo vigoriza, y un moderado ejercicio en pleno campo, robustecerían la enfermiza delicadeza de los nervios de Julia, y darían elasticidad a su corazón. Todos los días de sol, durante las cinco primeras semanas de primavera,

iba yo a buscarla a su puerta, en el centro del día. Montábamos en un coche cerrado para evitar las miradas y las observaciones ligeras que los conocidos o los desconocidos pudieran hacer al ver a una mujer tan hechicera sola con un hombre de mi edad. No me parecía bastante a ella para pasar por su hermano. Dejábamos el carruaje a la entrada de los grandes bosques, al pie de las colinas, a las puertas de los parques de los alrededores de París. Buscábamos en Meudon, en Sevres, en Satory, en Vincennes, las más largas y solitarias avenidas tapizadas de hierba en flor, que las pesuñas de los caballos no huellan jamás, excepto los días de cacería regia. No encontrábamos allí más que niños y pobres mujeres que escarbaban la tierra con sus largos cuchillos para buscar achicoria. De vez en cuando, una corza espantada se abría camino entre el ramaje, cruzaba la avenida, mirándonos, y se perdía en el bosque. Marchábamos en silencio, a veces el uno delante del otro, y otras apoyando ella su mano en mi brazo. Hablábamos del porvenir, de la dicha de poseer una sola fanega entre tantos millares de fanegas deshabitadas, con una casita de guarda bajo una de aquellas viejas encinas. Soñábamos en alta voz. Cogíamos violetas y hierba doncella, con las cuales hacíamos jeroglíficos, que cambiábamos entre nosotros, y que, conservados en hojas lisas de eléboro, guardaban el significado que habíamos querido darles de tal recuerdo, tal mirada, tal suspiro, tal oración. Nos

reservábamos su lectura para cuando estuviésemos separados. Debían recordarnos por siempre lo que no queríamos perder jamás de nuestras deliciosas entrevistas.

Nos sentábamos a la sombra, al borde del paseo. Abríamos un libro, intentábamos leer y nunca podíamos llegar al final de la página; gustábamos más leer en nosotros mismos las páginas inagotables de nuestras propias impresiones. Yo iba a buscar leche y pan moreno en alguna granja próxima. Comíamos sobre la hierba y arrojábamos el resto de la copa a las hormigas, las migas de pan a los pajarillos. Al ponerse el Sol volvíamos al océano tumultuoso de París: el ruido y la muchedumbre nos oprimían el corazón. Dejaba a Julia, enajenada del placer del día, a su puerta, y yo regresaba, agotado de felicidad, a mi habitación vacía, y golpeaba sus muros para que, al derrumbarse, me devolviesen la luz, la naturaleza y el amor de que me privaban. Comía sin gusto. Leía sin comprender. Encendía mi lámpara; esperaba, contando las horas, que la noche estuviese lo bastante avanzada para atreverme a volver a la puerta de ella y reanudar la conversación de la mañana.

## LXXXVI

Al día siguiente reanudábamos las mismas excursiones. ¡Ah, cuántos troncos de árbol de aquellos bosques están señalados por mí, en la raíz o

en la corteza, con una incisión que me permitirá reconocerlos siempre! ¡Son aquellos de cuya sombra gozó ella, aquellos a cuyos pies respiró una ola de vida, un rayo de sol o una bocanada de fragancias del bosque! ¡El paseante los ve sin sospechar que son para alguien las columnas de un templo cuyo adorador permanece en la tierra y cuya divinidad está en el cielo! Todavía voy a visitarlos una o dos veces cada primavera, en los aniversarios de aquellos paseos. ¡Cuando el hacha los abate me parece que me hiere a mí mismo y que se lleva un trozo de mi corazón!

### LXXXVII

Hay una cima, la más elevada y habitualmente más solitaria del parque de Saint-Cloud, allí donde el lomo de la colina se ensancha para declinar por dos pendientes contrapuestas, una hacia el vallejo de Sevres, la otra hacia la concavidad del castillo, encrucijada donde se enlazan tres largas avenidas. Al encontrarse allí las avenidas forman una ancha pradera sin árboles. Desde ella se ve de lejos al raro paseante que se aproxima y puede venir a turbar la tranquilidad. Desde el collado se domina la llanada de Issy, el curso del Sena y el camino de Versailles. Encajonado entre las tres lenguas de bosque, que avanzan en triángulo; sumergido en las largas sombras de los árboles que le rodean, parece la cuenca re-

donda de un lago cuyas olas fuesen las hierbas y los follajes. Si se mira al valle de Sevres, no hay más perspectiva que una ancha y larga pradera en declive, que desciende rápida hacia el río como una cascada de heno ondulado por el viento, y va a perderse en el fondo del valle, entre negras masas de monte poblado de corzos. Sobre este monte se ven, del otro lado del Sena, los grandes tejados de azulada pizarra y la cima de los majestuosos parques de Meudon, que se recortan sobre el cielo estival. En aquella colina, donde se disfruta a la vez de la elevación de un cabo, del silencio y el abrigo de un valle y de la soledad de un desierto, solíamos sentarnos con frecuencia. El pecho respira allí mejor. El oído se sumerge allí en mayor recogimiento. El alma vuela más alto sobre los horizontes de la vida.

Subimos una de las primeras mañanas del mes de mayo. Es la hora en que el inmenso bosque tiene por únicos huéspedes los gamos, que salen a retozar por las avenidas desiertas. Raros guardabosques atraviesan, como puntos negros, estas avenidas por el extremo horizonte. Nos sentamos bajo el séptimo árbol de los que forman el semicírculo cóncavo de la encrucijada, enfrente de la pradera de Sevres. Hay siglos en la armazón viviente de esa encina y en las cicatrices de sus ramas. Sus raíces, al henchirse de savia para nutrir y sostener el tronco, han hecho reventar la tierra a sus pies y la rodean de un talud de musgo. El musgo forma un banco natural, cuyo res-

paldo es la misma encina, y sus hojas bajas, el dosel.

La mañana era tan transparente como el agua del mar al amanecer, bajo un cabo verdeante de las islas del Archipiélago. Los rayos, ya abrasadores, del verano, caían de un cielo límpido sobre el bosque de la colina, y el monte los devolvía en tibios alientos, como las olas encendidas de sol que vienen a acariciar en la sombra los pies de las bañistas. No se oía más ruido que el de la caída de algunas hojas secas del invierno precedente. Caían, a las pulsaciones de la savia, al pie de los árboles, para dejar sitio a las hojas nuevas, apenas desarrolladas. Volaban los pájaros rozando las ramas, en derredor de los nidos, y a la menor ondulación del heno en flor, se alzaba como una polvareda, un vago y universal zumbido de insectos ebrios de luz.

### LXXXVIII

Había tal consonancia entre nuestra juventud y la del año y del día, una armonía tan completa entre aquella luz, aquel calor, aquel esplendor, aquellos silencios, aquellos ligeros ruidos, aquella pensativa embriaguez de la Naturaleza y nuestras propias sensaciones; nos sentíamos tan deliciosamente confundidos y como transfigurados en aquel aire, en aquel firmamento, en aquella vida, en aquella paz, en aquella visible inmorta-

lidad de la obra de Dios en derredor nuestro; nos poseíamos tan perfectamente el uno al otro en aquella soledad, que nuestros pensamientos y nuestras sensaciones, sobreabundantes, pero satisfechos, se bastaban. No teníamos ni siquiera la fatiga interior de buscar palabras para expresarlos. Eramos como el vaso lleno cuya misma plenitud inmoviliza el líquido. Nada más cabía en nuestros corazones; pero nuestros corazones eran bastante grandes para contenerlo todo. Nada intentaba escaparse de ellos. Apenas se nos habría sentido respirar.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, mudos e inmóviles el uno junto al otro, sentados en las raíces de la encina, las ramas sobre los ojos, la cabeza entre las manos, los pies en el rayo del sol, sobre la hierba, la sombra en nuestras frentes. Pero cuando yo levanté la cabeza, la sombra había ya retrocedido del vestido de Julia y se proyectaba ante nosotros sobre el césped.

La miré. Alzó el rostro como por el mismo impulso que me había hecho alzar el mío. Me miró, y sin poder decirme una palabra, se deshizo en lágrimas. “¿Por qué lloráis?”—le pregunté con inquieta emoción, pero a media voz, por no turbar y distraer sus mudos pensamientos—. “¡De felicidad!”—me respondió—. Sonreía con los labios, en tanto que gruesas lágrimas corrían y brillaban como rocío de primavera en sus mejillas. “¡Oh, sí; de dicha—continuó—; este día, esta hora, este cielo, este sitio, esta paz,

este silencio, esta soledad con vos; esta completa asimilación de nuestras almas, que no necesitan hablarse para entenderse y que respiran por ambos en un solo soplo, es demasiado, demasiado para una naturaleza mortal que el exceso de la alegría puede ahogar, como el exceso del dolor, y que no teniendo ni un grito en el pecho, gime de no poder gemir y llora de no poder agradecer bastante!...”

Se detuvo un momento: sus mejillas se colorearon. Yo temblaba temiendo que la muerte la sorprendiese en su florecimiento. Su voz me tranquilizó en seguida. “¡Rafael, Rafael!—exclamó con una solemnidad en el acento que me produjo asombro y como si fuese a anunciarme una gran noticia larga y penosamente esperada—. ¡Rafael! ¡Hay un Dios!” “¿Y quién os lo ha revelado hoy mejor que otro día cualquiera?”—le dije—. “¡El amor!—respondió alzando lentamente al cielo sus bellos ojos húmedos—. ¡Sí; el amor, cuyos torrentes acabo de sentir correr por mi corazón con murmullos, destellos y plenitudes que todavía no había experimentado con la misma fuerza y la misma paz! ¡No, ya no dudo—prosiguió con un acento mezclado de certidumbre y alegría—; el manantial de donde viene esta felicidad que inunda el alma no puede estar en la tierra; no puede perderse después de haber surgido! Hay un Dios: hay un amor eterno del que no es el nuestro más que una gota que iremos a confundir juntos en el océano divino de donde la hemos sacado. ¡Ese océano es Dios! ¡Lo he visto, lo

he sentido, lo he comprendido en este momento de ventura! ¡Rafael! ¡Ya no sois vos lo que yo amo; yo no soy yo la que vos amáis; en adelante, adoremos a Dios el uno en el otro: vos a través de mí, yo a través de vos! ¡Vos y yo a través de estas lágrimas de beatitud que nos revelan y nos ocultan a la vez el fuego inmortal de nuestros corazones! ¡Perezcan—añadió con más fervor en la mirada y en el acento—, perezcan los vanos nombres que hemos dado hasta aquí a los lazos que nos unían! ¡No hay más que uno que los exprese: el que ha venido, por fin, a revelárseme en vuestros ojos! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!—volvió a exclamar como si hubiera querido enseñarse a sí misma un idioma nuevo—. ¡Dios eres tú! ¡Yo soy Dios para ti! ¡Dios somos nosotros! El sentimiento que nos angustiaba al uno por el otro ya no será para nosotros el amor, sino una santa y deliciosa adoración. ¡Me comprendéis, Rafael? ¡Ya no seréis Rafael: seréis mi culto de Dios!”

Nos levantamos en un arrebató de entusiasmo. Besamos la corteza del árbol. La bendijimos por la inspiración que de sus ramas había bajado a nosotros. Y le dimos un nombre: le llamamos el árbol de la adoración. Descendimos con lento paso la rampa de Saint-Cloud para volver de nuevo al ruido de París. Pero ella volvía con la fe y el sentimiento de Dios, hallados al fin en su corazón, y yo con la alegría de saber que ella llevaba en el corazón aquel luminoso manantial interior de consuelo, esperanza y paz.

## LXXXIX

Los gastos que me veía obligado a hacer ocultando a Julia el sacrificio para acompañarla todos los días al campo habían consumido en poco tiempo el producto de la venta del último diamante de mi madre, hasta tal punto, que ya sólo me quedaban diez luises. Al contar por la noche los pocos días dichosos que me representaba tan débil suma, caí en accesos de desesperación. Me habría avergonzado de referir el extremo de mi indignancia a la que amaba. No era muy rica ella tampoco, pero habría querido darme cuanto poseía. Mis relaciones con ella se habrían degradado a mis ojos. Para mí era antes el amor que la vida, pero antes habría muerto que envilecer mi amor.

La vida sedentaria que había llevado todo el invierno en la obscuridad de mi alcoba; la obstinación de mis estudios por el día; la tensión de un pensamiento único; la ausencia del sueño por la noche, y, sobre todo, el agotamiento moral que el perpetuo desbordamiento de las fuerzas del alma hace sufrir a un corazón demasiado débil para ser capaz de un éxtasis continuo de diez meses, habían minado mi organismo. Yo ya no era sino una llama que arde sin alimento bajo un rostro pálido y demacrado, llama que al fin consumiría su propio hogar. Julia me instaba para que fuese a respirar el aire natal y conservase mi vida aun

a costa de su felicidad. Me enviaba su médico para añadir la autoridad de la ciencia a las súplicas del amor. Aquel médico, o, mejor, aquel amigo, el doctor Alain, era uno de esos benditos hombres cuya fisonomía parece llevar un reflejo celeste a las buhardillas de los pobres a quienes visitan. Enfermo él también del corazón a consecuencia de una pasión misteriosa y pura por una de las mujeres más bellas de París; poseedor de una modesta fortuna, suficiente para su sobria vida y para sus caridades; hombre de una piedad tierna, activa, tolerante, no ejercía su profesión más que con algunos amigos y con los indigentes. Su medicina no era otra que la amistad o la caridad en acción. Es ésa una profesión tan hermosa cuando no se inspira en la avaricia, ejercita tanto la sensibilidad humana, que, empezando como una profesión, suele acabar como una virtud. Para el pobre doctor Alain, la medicina se había convertido, más que en virtud, en pasión por aliviar las miserias del alma y el cuerpo. ¡Algunas veces están tan juntas!... Alain llevaba a Dios adonde llevaba la vida. ¡Hacía resplandecer la serenidad y la inmortalidad hasta en la muerte!

Le vi morir, años más tarde, de la muerte de los buenos y los justos. ¡Había hecho el aprendizaje a la cabecera de tantos moribundos! Clavado en el lecho, sin movimiento, durante seis meses de agonía, contaba con los ojos las horas que le separaban de la eternidad. A los pies de

su cama pendía de la pared un reloj. Alain sostenía entre sus manos, juntas sobre el pecho, un crucifijo, modelo de paciencia. Sus miradas no se apartaban del celeste amigo, como si hubiesen celebrado su entrevista al pie de la cruz. Cuando sufría más de lo que podían soportar sus fuerzas, pedía que le acercasen un momento el crucifijo a la boca, y sus lamentos se confundían con sus bendiciones. Se durmió, al fin, en la esperanza y en el bien que había hecho. Había encargado a los pobres de llevar delante de él al Dios de la misericordia su tesoro acumulado en buenas obras. Murió sin dejar herencia, en una buhardilla, sobre un jergón. Los pobres condujeron su cuerpo y le dieron la sepultura de la caridad en la tierra común. ¡Oh santa alma que todavía con el recuerdo veo sonreír en aquel rostro de bondad e interno júbilo! Tanta virtud, ¿habría sido no más que un engaño para ti? ¿Te desvanecerías como el reflejo de mi lámpara sobre tu retrato cuando mi mano retira el resplandor que me ayuda a contemplarte? No, no. ¡Dios es leal! ¡No te pudo engañar, a ti que no habrías querido engañar a un niño!

## XC

El médico se interesó por mí con la mayor ternura. Diríase que Julia le había transmitido una parte de su cariño. Comprendió bien mi mal, sin

dejarme ver que lo comprendía. Se conocía él demasiado en achaques de pasión moral para no reconocer sus síntomas en nosotros. Me ordenó partir, bajo pena de muerte. Hizo que su decisión me fuese impuesta por Julia. Le comunicó sus temores. Pidió al amor la tierna autoridad que me arrancase al amor. Dulcificó la separación con la esperanza. Me mandó pasar primero algún tiempo con mi familia y luego volver a los baños de Saboya, donde Julia se me uniría, por orden suya, a principios de otoño. Su piedad no parecía sobresaltarse por los indicios de mutua pasión amorosa, que no podía haber dejado de observar en nosotros. Para él, aquel fuego era una purificación más que una falta. Su fisonomía no nos revelaba más que la indulgencia del hombre y la piedad de Dios. Así desató, para salvarnos a ambos, un lazo que iba a ahogarnos en una misma muerte. Por fin, accedía a partir yo el primero. Julia juró que me seguiría de cerca. ¡ Mejor que sus juramentos lo juraban sus lágrimas, su palidez, el temblor de sus labios! Se acordó que yo saldría de París en cuanto mis fuerzas me permitiesen viajar. El día 18 de mayo fué el señalado para mi marcha.

Una vez resuelta tan próxima separación, contábamos los minutos por horas y las horas por días. Habríamos querido acumular y concentrar los años en un segundo para disputar y arrebatarse al tiempo por anticipado la dicha de que íbamos a privarnos durante tantos meses. Aquellos

días fueron de delicias, pero también de angustia y de agonía. En cada mirada, en cada frase, en cada apretón de manos, sentíamos el frío del mañana que se acercaba. ¡Tales dichas no son dichas: son torturas del corazón y suplicios del amor!

Consagramos a nuestra despedida todo el día que precedió al de mi marcha. Queríamos darnos el adiós, no en la sombra de los muros que sofocan el alma y bajo la mirada de los importunos que repele el corazón, sino bajo el cielo, al aire libre, en la luz, en la soledad y en el silencio. La Naturaleza se asocia a todas las sensaciones del hombre. Las comprende y parece compartirlas como un confidente invisible. ¡Las lleva al cielo para divinizarlas!

## XCI

Aquella mañana nos llevó un coche que yo había alquilado hasta la noche. Habíamos bajado los cristales y corrido las cortinillas. Atravesamos las calles casi desiertas de los barrios de París que terminan en el parque, cerrado por altas murallas, de Monceau. Aquel jardín, entonces exclusivamente reservado al paseo de los príncipes, sus dueños, no se abría sino a la presentación de tarjetas de entrada, que se distribuían con extrema parsimonia y sólo a algunos extranjeros o viajeros curiosos que deseaban contemplar aquel prodigio de vegetación. Yo había obtenido una de

aquellas tarjetas privilegiadas gracias a un amigo de juventud de mi madre, agregado a la casa de los príncipes. Elegí aquella soledad porque sabía que los dueños estaban ausentes, que se habían suspendido los permisos de entrada y que los mismos jardineros se habían alejado para celebrar un día de fiesta y vacación.

Aquel magnífico desierto plantado de sotos, salpicado de praderas, regado de aguas corrientes o estanques dormidos, poetizado por monumentos, columnas y ruinas, imágenes del tiempo en que el arte ha imitado la vetustez de las piedras y donde las hiedras roen los despojos, no tendría aquel día otros huéspedes que los rayos del Sol, los insectos, los pájaros y nosotros. ¡Pero tampoco habían de verse nunca regados por más lágrimas aquellas hojas y aquellos céspedes!

Cuanto más tibio y resplandeciente estaba el cielo; cuanto más se combatían deliciosamente sobre las hierbas la luz y las sombras, como la sombra de las alas de un pájaro perseguido por otro; cuanto más lanzaban los ruiseñores sus notas jubilosas y balbucientes al aire sonoro; cuanto más reflejaban las aguas en su espejo bruñido los lirios, las margaritas y las primaveras azules que, derribadas, tapizaban los taludes de sus lechos, más triste nos parecía aquella alegría y más contrastaba aquella luminosa serenidad de una mañana de primavera con la nube sombría que pesaba sobre nuestros corazones. En vano queríamos engañarnos por un instante, embebe-

ciéndonos en la .belleza del paisaje, en el brillo de las flores, en los perfumes del aire, en la profundidad de la sombra, en el recogimiento de aquellos lugares, que habrían bastado a sepultar la felicidad de un mundo de amor. Lo mirábamos todo, por complacencia, distraídamente; pero en seguida nuestra mirada se abatía al suelo. Nuestras voces, inflamadas por vanas fórmulas de contento y admiración, revelaban el vacío de las frases y la ausencia de pensamientos, que estaban en otra parte.

También fué inútil que nos sentáramos al pie de las lilas más embalsamadas, bajo los verdes brazos de los más hermosos cedros, en los pedazos de labradas columnas más cubiertos de hiedra, al borde de los estanques más recogidos y rodeados de verdura, para pasar las largas horas de nuestra última entrevista. Apenas habíamos escogido uno de aquellos lugares, una vaga inquietud nos impelía a dejarle para buscar otro. Aquí la sombra, allí la luz, más lejos el ruido importuno de la cascada o la obstinación del rui-señor, que cantaba sobre nuestras cabezas, nos hacían toda voluptuosidad amarga y todo espectáculo odioso. Cuando el corazón duele, la Naturaleza entera nos hace daño. El mismo edén se ría un suplicio más si fuese escena de la separación de dos amantes.

Cansados, por fin, de vagar sin haber hallado en dos horas un abrigo contra nosotros mismos, acabamos por sentarnos cerca de un puenteci-

llo sobre un arroyo, un poco alejado el uno del otro, como si nos importunase hasta el rumor de nuestra respiración, o como si instintivamente hubiésemos querido ocultarnos mutuamente el sordo murmullo de los sollozos interiores que sentíamos próximos a estallar en nuestros pechos. Mirábamos distraídamente el agua verde y oleosa que lentamente iba dejándose tragar por el arco del puentecillo. Ora arrastraba una blanca hoja de lirio desprendido de la orilla, ora un nido vacío, que el viento había derribado del árbol. De pronto vimos flotar, con las alas inmóviles e invertidas, el cuerpo de una pobre golondrinita de primavera. Se había ahogado, indudablemente, al beber en tal copa antes de que sus alas fuesen bastante fuertes para sostenerla. Nos recordó la golondrina que cayó muerta a nuestros pies un día, desde lo alto de la torre desmantelada del viejo castillo, al borde del lago, y que nos entristeció como un presagio. El ave muerta pasó lentamente por delante de nosotros, y el agua, sin un pliegue, la arrastró y la abismó en la profunda noche del arco del puente. Cuando el cuerpo del pájaro hubo desaparecido, vimos que otra golondrina pasaba y repasaba cien veces bajo el arco, piando con angustia y rozando sus alas con la cimbra. Nos miramos involuntariamente. No sé qué dijeron nuestras miradas al encontrarse; pero la desesperación de un pobre pájaro encontró nuestros párpados tan llenos y nuestros corazones tan prontos a romper-

se, que al mismo tiempo volvimos á otro lado la mirada, y, las bocas contra la tierra, estallamos en sollozos. Una lágrima arrastraba a otra lágrima; un pensamiento, a otro pensamiento; un presagio, a otro presagio; un sollozo, a otro sollozo. Algunas veces intentamos hablarnos; pero el acento desgarrador de la voz del uno desgarraba más la voz del otro: acabamos por ceder a la naturaleza y verter, durante horas, que sólo la sombra medía, cuantas lágrimas había en nuestras fuentes interiores. La hierba se empapó de ellas, el viento las secó, la tierra las bebió. Dios las contó y los rayos del Sol las evaporaron. No quedaba una gota de angustia en nuestras almas cuando nos levantamos el uno ante el otro, casi sin vernos a través de las nubes de nuestros ojos. Eso fué nuestra despedida: una imagen fúnebre, un océano de lágrimas, un silencio eterno. Nos separamos así, sin mirarnos más, temiendo caer vencidos al choque de nuestras miradas. Aquel jardín abandonado por nuestro amor y nuestra despedida nunca más verá la huella de mis pasos.

## XCII

Al siguiente día caminaba yo, aniquilado y silencioso, entre cinco o seis desconocidos que charlaban alegremente sobre la calidad del vino y el precio de la comida en la posada, en uno de esos coches vulgares en que se amontonan los viaje-

ros, por las desnudas colinas del camino del Mediodía. Durante el largo y sombrío viaje no abrí los labios ni una sola vez.

Mi madre me recibió con esa ternura resignada y serena que, estando a su lado, casi convertía la desgracia en felicidad. Lo que pudo hallar en mí fué un cuerpo enfermo, unas esperanzas consumidas, un diamante gastado en vano y una melancolía que ella atribuyó a la juventud ociosa y a la imaginación sin alimento, y cuya verdadera causa le oculté cuidadosamente, temiendo añadir a sus penas una pena irremediable más.

Pasé el verano, solo, en el fondo de un valle desierto, en ásperas montañas, donde mi padre tenía una alquería cultivada por una familia de labradores. Mi madre me había enviado allí, confiándome al cuidado de aquellas buenas gentes, para que me alimentase de leche y aire. Mi única ocupación fué contar los días que me separaban del momento en que había de esperar a Julia en nuestro querido valle de los Alpes. Sus cartas, que recibía y contestaba a diario, mantenían mi tranquilidad. Con la jovialidad y el cariño de sus frases disipaba la nube de presentimientos siniestros que la despedida me había dejado en el alma. De vez en cuando, alguna frase de desaliento y de tristeza, lanzada o involuntariamente olvidada en medio de aquellas perspectivas de dicha, como una hoja muerta entre las hojas verdes de la primavera, me parecía en contradicción con la calma y la florida salud de que ella me hablaba. Pero yo

atribuía estas raras disonancias a algún recuerdo ingrato, o a impaciencia por la lentitud de los días, sombras que habrían pasado sobre la página mientras me escribía.

El aire elástico de las montañas, el sueño de noche, el trabajo corporal en la huerta y en la alquería de mi padre, y, principalmente, la proximidad del otoño y la certidumbre de volver pronto a ver a aquella que tenía mi vida en su mirada, me habían restablecido rápidamente. No me quedaba más huella de mis sufrimientos que una melancolía dulce y pensativa reflejada en mis facciones; era como una bruma en una mañana estival; era un silencio que parecía contener un misterio, un instinto de soledad que hacía creer a los supersticiosos campesinos de la montaña que yo celebraba entrevistas con los genios de los bosques.

El amor había abatido en mí todas las ambiciones. Había aceptado mi pobreza y mi obscuridad para toda la vida. La resignación piadosa y serena de mi madre se había introducido en mi espíritu con sus santas y dulces palabras. Yo no pensaba ya más que en trabajar diez u once meses del año con la mano o con la pluma, y reunir así las economías suficientes para pasar un mes o dos al lado de Julia, y luego, si el anciano llegaba a faltarla, esclavizarme en su servicio, como Rousseau con madame de Warens. Viviríamos entonces en cualquier cabaña aislada, en aquellas montañas o en uno de los hotelitos de nuestra

Saboya, y allí viviría yo de ella como ella de mí, sin que se me ocurriese echar de menos este mundo vacío y sin pedir al amor otra recompensa que la ventura de amar...

## XCIII

Sólo una cosa me apartaba rudamente en ocasiones de la región de mis sueños, y era la penuria cruel en que la casa paterna había caído a causa de mis infructuosos derroches. Las cosechas se habían perdido varios años seguidos, y los accidentes de fortuna habían convertido casi en miseria la humilde mediocridad de mis padres. Cada vez que iba, los domingos, a ver a mi madre, me descubría sus dificultades y derramaba lágrimas. A mi padre y a mis hermanos se lo ocultaba. Yo también me hallaba en situación extremadamente precaria. No vivía, en la pequeña alquería, más que de pan negro, leche y huevos del corral. Secretamente iba vendiendo en el pueblo los vestidos y los libros que había llevado de París, para tener con qué pagar las cartas de Julia, para lo cual habría vendido gotas de mi sangre.

Sin embargo, ya acababa el mes de septiembre. Julia me escribía que la inquietud que le inspiraba la salud de su marido, que de día en día iba debilitándose—¡oh piadoso fraude del amor para disfrazar sus propios males y librar-

me de preocupaciones!—, la retenía en París más de lo que tenía pensado. Pero me invitaba a marchar sin más tardanza y a esperarla en Saboya. Allí se uniría a mí, sin falta, a fines de octubre. Aquella carta estaba llena de las más tiernas recomendaciones que puede una hermana hacer a su hermano querido. Me suplicaba y me ordenaba, con la autoridad soberana de su amor, que estuviese alerta contra una enfermedad que a veces se incuba bajo las más floridas apariencias de la juventud, y la deseca y la quiebra de pronto cuando se cree haberla vencido. Con su carta venía una consulta y una receta de su médico y médico mío, el compasivo doctor Alain. La receta me imponía, en los términos más imperativos y bajo las más alarmantes amenazas, una larga permanencia en los baños de Aix. Enseñé esta conminación del doctor Alain a mi madre para dar motivo a mi partida. A mi madre se le sobresaltó el corazón de tal manera, que no cesaba de unir sus ruegos a las prescripciones médicas para obligarme a marchar. Mas, ¡ay!, que en vano me dirigí a algunos amigos tan pobres como yo, y a algunos usureros crueles, en demanda de la mísera suma de doce lises que necesitaba para el viaje. Mi padre llevaba seis meses ausente. Mi madre no quería, por nada del mundo, pedirle dinero, porque era agravar sus dificultades y sus inquietudes; ni podía pedir prestado sin descubrir una penuria que ya la tenía bastante humillada. Me dispuse a emprender el viaje con dos

o tres luses en la bolsa, esperando hallar el resto en la de mi amigo L\*\*\*, en Chambery. Pero, pocos días antes de mi marcha, mi madre, pensando en ello una noche, encontró en su corazón el recurso que sólo un corazón de madre podía encontrar.

## XCIV

En un ángulo del jardinillo, que bordeaba por dos lados la casa paterna, había un bosquecete compuesto de dos o tres tilos, una encina verde y siete u ocho tortuosos ojaranzos, resto de un bosque plantado hacía siglos, y que había sido respetado, sin duda, como *genio del lar* cuando se desmontó la colina, se edificó la casa y se muró el jardín. Aquellos hermosos árboles formaban el salón al aire libre de la familia en los días de verano. Sus botones en la primavera, sus matices en otoño, sus hojas muertas en el invierno, reemplazadas por la escarcha, que cubría sus viejas ramas como blancos cabellos, nos indicaban las estaciones. Su sombra, replegada a sus pies o extendida por la platabanda de césped que los rodeaba, nos señalaba las horas mejor que un reloj. Mi madre nos había amamantado, mecido y enseñado a andar bajo sus hojas. Mi padre se sentaba allí, con un libro en la mano, cuando volvía de caza; la brillante escopeta, suspendida de una rama; los perros, jadeantes, tumbados junto al banco. Yo también había allí pasado las más dul-

ces horas de mi adolescencia con Homero o Telémaco abiertos sobre la hierba ante mis ojos. Placíame tenderme en el tibio césped, de codos ante el libro, cuyas líneas me tapaban a veces los mosquitos o los lagartos. Allí cantaban para nosotros los ruiseñores, sin que nunca se pudiese descubrir su nido ni siquiera la rama de donde surgía su voz. Aquel bosquecete era la gloria, el recuerdo, el amor de todos. La idea de convertirle en una bolsa de escudos, que no dejaría memoria en el corazón ni daría alegría ni sombra, no podía ocurrírsele a nadie más que a una madre que moría de angustia por la vida de su hijo único. A mi madre se le ocurrió aquella idea. Con la prontitud del instinto y la firmeza de resolución que le caracterizaban, y también temiendo, sin duda, que la sobrecogiese el remordimiento y la detuvieran mis tiernas instancias, llamó a los leñadores en cuanto se despertó, y vió cómo se hincaba el hacha en las raíces, llorando y volviendo el rostro para no oír la caída y el gemido de aquellos viejos abrigos de su juventud sobre el suelo resonante y desnudo del jardín.

## XCV

Cuando al domingo siguiente, al volver a M\*\*\* buscaron mis ojos desde lo alto de la montaña el grupo de árboles que manchaba agradablemente la colina, y que ocultaba al sol una parte

del muro grisáceo de la casa, creí soñar no viendo en su lugar más que un montón de troncos abatidos y de ramas descortezadas y sangrantes que cubrían la tierra, y el caballete de los aserradores de tablas, semejantes a un instrumento de tortura, cuya sierra rechinaba hendiendo los árboles con sus dientes. Corrí con los brazos tendidos al muro exterior. Abrí temblando la puercecilla del jardín... ¡Sólo quedaban en pie la encina verde, un tilo y el ojaranzo más viejo, junto al cual estaba el banco! “Tenemos bastante —me dijo mi madre, que vino a mí disimulando sus lágrimas y echándose en mis brazos—; la sombra de un árbol vale tanto como la de un bosque. Y, además, ¿qué sombra vale tanto como la tuya? No me reconvengáis. He escrito a vuestro padre que los árboles se marchitaban y perjudicaban en la puerta. ¡No hablemos más de ello!...” Luego, llevándome a casa, abrió su gaveta, y sacando un talego medio lleno de escudos: “Toma —dijo— y márchate. ¡Los árboles quedarán bien pagados si vuelves sano y feliz!”

Cogí el talego enrojeciendo y sollozando. Contenia seiscientos francos. Pero decidí devolvérselo a mi pobre madre.

Partí a pie, con mis polainas de cuero y mi escopeta al hombro, como un cazador. No había cogido del talego más que cien francos, que añadí a lo poco que yo tenía y a lo que había obtenido de la venta de mis trabajos, a fin de no cos-

tarle nada a mi madre. El dinero de los árboles me habría ahogado. Lo dejé secretamente en la alquería para entregárselo a mi regreso a la que tan heroicamente se lo había arrancado del corazón para mí. Comía y pernoctaba en los más humildes figones de los pueblos. Me tomaban por un pobre estudiante suizo que volvía de la Universidad de Estrasburgo. No me pedían más que el estricto valor del pan que había comido, de la luz que había gastado y de la yacija en que había dormido. No llevaba más que un libro que, por las tardes, leía sentado en el banco de la puerta. El libro era *Werther*, en alemán. Sus caracteres, desconocidos para ellos, confirmaban a mis posaderos en la idea de que yo era un caminante extranjero.

Así crucé las largas y pintorescas gargantas de Bugey. Pasé el Ródano al pie de la roca de Pierre-Châtel. El río, allí encajonado, lava eternamente la base de la roca con ondas rápidas y cortantes como un cuchillo, como queriendo derribar aquella prisión de Estado que le entristece con su sombra. Subí lentamente el monte del Gato por los senderos de los cazadores de gamuzas. Llegado a la cima, vi los valles de Aix, Chambéry y Annecy, en la lejanía, y a mis pies, el lago, teñido de rosa por los rayos flotantes del sol poniente. Me pareció que una sola figura llenaba, para mí, la inmensidad del horizonte. Elébase de los "chalets" donde nos habíamos encontrado; del jardín del viejo médico, cuyo pun-

tiagudo tejado de pizarra veía sobresalir de los demás del pueblo; de las higueras del torreón de Bon-Port, al fondo de una ensenada fronterera; de los castaños de la colina de Tresserves; de los bosques de San Inocencio; de la isla de Châtillon; de las barcas que regresaban a las radas; de toda aquella tierra, de todo aquel cielo, de todas aquellas ondas. Caí de rodillas ante aquel horizonte, todo lleno de una sombra; abrí los brazos y volví a cerrarlos como si hubiese abrazado su alma al abrazar el aire que había pasado sobre todos aquellos escenarios de nuestra dicha, sobre todas las huellas de sus pasos. Me senté luego detrás de una roca cubierta de bojés, que me ocultaba hasta a los mismos cabreros que pasaran por el sendero.

Allí permanecí en contemplación y entregado a mis recuerdos hasta que el sol llegó casi a tocar las cimas nevadas de Nivellex. No quería atravesar el lago ni entrar en la población de día. La rusticidad de mi traje, la indigencia de mi bolsa, la frugalidad de vida a que la necesidad me condenaba para vivir unos meses cerca de ella, habrían chocado a los habitantes y a los huéspedes de la casa del médico. Todo aquello contrastaba demasiado con la elegancia en el vestir, las costumbres y la vida que yo había tenido allí los años precedentes. La habría avergonzado a ella si viesen que la abordaba en las calles como un joven que no tenía siquiera con qué alojarse en un hotel decoroso en aquel lugar de lujo.

Había resuelto deslizarme, de noche, por el arrabal de chozas situado en la orilla del arroyo que corre entre las huertas de la parte baja de la población.

Conocía allí a una pobre criada llamada Paquita. Se había casado el año anterior con un barquero, y tenía reservadas una o dos camas en el granero para alojar y dar de comer a uno o dos pobres enfermos indigentes, a quince sueldos al día. Había yo tomado para mí una de aquellas camas y un puesto en la mísera mesa de la buena mujer, recomendándole el secreto. Mi amigo L\*\*\*, de Chambéry, a quien había escrito anunciándole el día de mi llegada a las orillas del lago, fué en persona unos días antes a prevenir a Paquita y a contratar mi alojamiento. Yo le había rogado, además, que recibiese a su dirección, en Chambéry, las cartas que me escribiesen de París. Me las traería el conductor de las carreteras que van constantemente del uno al otro pueblo. Permanecería encerrado, durante mi estada en Aix, en la estrecha habitación de la choza del barrio o en las huertas vecinas, mientras hubiese luz del día. No saldría sino después de cerrada la noche. Subiría, por las afueras del pueblo hasta la casa del médico. Entraría por la puerta del jardín que da al campo. Pasaría las horas solitarias de la noche en deliciosas entrevistas. Me sentiría feliz sufriendo aquellas molestias y humillaciones, mil veces recompensadas por las horas de amor. Así conciliaría—pensaba

yo—el respeto debido al sacrificio de mi pobre madre y el culto a la imagen que había ido a adorar.

## XCVI

Por una piadosa superstición del amor había medido mis pasos, en mi largo viaje a pie, para llegar, desde el otro lado del monte del Gato, a la abadía de Haute-Combe, precisamente en el aniversario de aquel día en que se hizo el milagro de nuestro primer encuentro y de la revelación de nuestros corazones en la pobre casa de los pescadores, a la orilla del lago. Parecíame que los días tienen su destino, como las cosas humanas, y que volviendo a encontrar el mismo sol, el mismo mes, la misma fecha, en el mismo lugar, hallaría una parte de la que echaba de menos. Sería un augurio más de nuestra próxima y larga reunión.

## XCVII

Desde el borde de las rampas a pico que descienden del monte del Gato hasta el lago veía ya, a mi izquierda, las viejas ruinas y las largas sombras de la abadía, que obscurecían una vasta extensión de las aguas. Había llegado en pocos minutos. El Sol se hundía tras los Alpes. El prolongado crepúsculo del otoño envolvía la montaña, la orilla y las olas. No me detuve en las ruinas. Atra-

vesé rápidamente el campo donde estuvimos sentados al pie de la muela de heno, junto a las colmenas. Las colmenas y la pila de heno allí estaban todavía; pero no se veía fulgor de fuego a través de los vidrios de la casa ni humo que saliese por cima del techo, ni redes puestas a secar en las empalizadas del jardín.

Llamé y no me respondieron. Sacudí el picaporte de madera, y la puerta se abrió por sí misma. Entré en la breve estancia de ahumadas paredes. Habían barrido del hogar hasta las cenizas. Se habían llevado la mesa y los muebles. Las losas del pavimento estaban cubiertas de briznas de paja y de plumas caídas de cinco o seis nidos de golondrinas, vacíos, que colgaban como una cornisa de las ennegrecidas vigas del techo. Subí la escala de madera, sujeta al muro con una armella de hierro; servía para ganar la estancia de arriba, donde Julia se despertó de su desmayo con la mano en mi frente. Entré allí como en un santuario o en un sepulcro, y miré en derredor. Las camas de madera, los armarios y los escabeles habían desaparecido. Un pájaro nocturno agitó pesadamente las alas al ruido de mis pasos, batió los muros con sus plumas y escapó, lanzando un grito, por la ventana que daba a la huerta. Apenas podía reconocer el sitio donde me había arrodillado aquella terrible y deliciosa noche al pie del lecho o del féretro de la joven muerta. Allí besé el suelo. Estuve mucho tiempo sentado en el marco de la ventana, intentando

reconstituir en mi memoria el lugar, los muebles, el lecho, la lámpara, las horas que sólo conservaban su sitio en mí, cuando todo había sido desplazado por un año de ausencia. No había en las desiertas cercanías de la vivienda nadie que me pudiese informar sobre las causas de su abandono. Viendo los haces de leña que quedaban en el corral, los pollos y los pichones que venían a refugiarse en la estancia y las muelas de heno y paja intactas en la huerta, creí comprender que la familia había ido a hacer la recolección tardía en lo alto de la montaña y todavía no había vuelto.

Aquella soledad, de la cual yo había tomado posesión, me pareció triste; pero, no obstante, menos triste que la presencia y los pasos indiferentes en aquel lugar que yo tenía por sagrado. En presencia de aquellas gentes habría tenido que reprimir mis miradas, mis gestos, mi voz y las impresiones que me asaltaban. Resolví pasar allí la noche. Subí un haz de paja fresca; la extendí sobre el suelo en el mismo lugar en que Julia había dormido su sueño de muerte. Dejé la escopeta contra la pared. Saqué de mi mochila un pedazo de pan y un poco de queso de cabra que había comprado en Seyssel para sostenerme durante la marcha. Me puse a cenar al borde de la fuente, que alternativamente fluye y se para, como una respiración intermitente de la montaña, en una verde meseta, por cima de las ruinas de la abadía.

## XCVIII

Desde el borde de aquella meseta y desde las terrazas dismanteladas del viejo monasterio se divisa, al caer la tarde, el más embriagador horizonte que puedan gozar los ojos de un solitario, un contemplador o un amante: la sombra verde y húmeda de la montaña, con el rumor de un manantial y el estremecimiento de su follaje, a la espalda; delante, las ruinas, los lienzos de muro festoneados de hiedra, las arcadas llenas de noche y de misterio; el lago y sus ondas muertas que, una tras otra, van desarrollando sus franjas de espuma, como pliegues de la sábana de su lecho, para conciliar el sueño sobre la fina arena al pie de las rocas. En la orilla opuesta, las montañas azules, envueltas en sombras transparentes; a la derecha, y hasta perderse de vista, la avenida, luminosa de agua y cielo que el sol poniente tiñe de púrpura. Yo me sumergía en aquellas sombras y en aquella luz, en aquellas nubes y en aquellas olas; me asimilaba aquella naturaleza y creía asimilarse también la imagen de lo que era toda aquella naturaleza para mí. Me decía: "¡La he visto allí! ¡Esa era la distancia que me separaba de su lancha cuando la vi luchando con la tormenta! ¡Esa es la playa adonde abordó! ¡Ese es el huerto donde tuvimos aquella larga confianza, al sol, y donde ella volvió a la vida

para darme dos vidas a mí! ¡Ahí están, en la lejanía, las cimas de los álamos de la gran avenida, que se extienden como una serpiente verde que sale de las aguas! ¡He ahí las quintas, las praderas, los castaños, los caminos excavados, en lo bajo de las montañas donde yo cogía las flores, las fresas, las castañas con que llenaba su delantal! Aquí me dijo ella tal cosa; allí le confesé tal secreto de mi alma; más allá pasamos toda una tarde en silencio, mirando al sol poniente, lleno de entusiasmo el corazón, sin voz en la garganta. En esas ondas quiso morir. En esta playa me juró que viviría. ¡Bajo aquel grupo de nogales, entonces deshojados, me dijo adiós y prometió que volvería a verla antes que hubiesen amarilleado las nuevas hojas! Ya van a amarillear. Pero el amor es tan fiel como la Naturaleza. Dentro de unos días la volveré a ver... La veo ya, porque, ¿no estoy aquí para esperarla? Y esperar de este modo, ¿no es ver ya?

## XCIX

Luego evocaba en mi imaginación aquel momento en que, paseándome por los campos que sombrean los nogales que bajan desde la montaña hasta el jardín del médico, vi la ventana de la habitación que le habían reservado, abrirse por primera vez y asomarse a ella una mujer, la cabeza inundada de largos cabellos negros, acodada en-

tre las cortinas y soñando con un hermano que sus ojos buscaban en aquella Naturaleza. Al recordar aquella imagen me latía el corazón con tanto ímpetu que me veía obligado a alejarla para poder respirar.

La noche había descendido casi enteramente de la montaña al lago. Veíanse ya las aguas a través de una bruma de claroscuro que aplomaba su sabana ensombrecida. En medio del silencio universal y profundo que precede a la obscuridad, el ruido regular de dos remos que parecían acercarse a la orilla hirió mi oído. Pronto vi una manchita movible en el agua, que se agrandaba por momentos y entraba, dejando a cada lado una ligera franja de espuma, en la ensenada próxima a la casita del pescador. Pensando que sería el pescador mismo, que volvía de la costa de Saboya a su casa abandonada, bajé precipitadamente de las ruinas a la playa para encontrarme allí a la llegada de la barca. Esperé en la arena a que el pescador abordase.

## C

En cuanto me distinguí: “¡Señor!—me gritó—. ¿Sois el joven francés a quien se espera en casa de Paquita y para quien me han dado este papel?” Y hablando así, se metió en el agua hasta media pierna y avanzó, trayéndome una abultada carta. Por el peso noté que la

carta contenía varias. Abrí apresuradamente el primer sobre, y leí confusamente, al fulgor de la Luna, un billete de mi amigo L\*\*\*, fechado por la mañana en Chambéry. L\*\*\* me decía que mi alojamiento estaba preparado en casa de la pobre sirvienta del barío; que nadie había llegado todavía de París a casa de nuestro amigo el viejo médico; que, enterado por mí mismo de que yo estaría por la noche en Haute-Combe, y que allí había de pasar la noche y parte del día siguiente, aprovechaba la salida de un batelero seguro, que pasaría bajo la abadía, para enviarme el paquete de cartas llegadas desde dos días antes con mi dirección y de las cuales debía yo de estar hambriento; que al día siguiente vendría a buscarme a Haute-Combe; que juntos cruzaríamos el lago y entraríamos en la población a la sombra de la noche.

## CI

Mientras leía este billete, el paquete de cartas temblaba en mi mano. Me parecía que pesaba como mi destino. Me apresuré a pagar y despedir al batelero, que estaba impaciente por salir del lago y entrar en el Ródano antes de las primeras tinieblas; sólo le pedí un cabo de vela para leer mis cartas. Me lo dió. Escuché el ruido de los remos, que nuevamente herían las aguas

profundas. Entré saltando de alegría en el desván donde había preparado mi lecho de pajas. Iba a volver a ver los caracteres sagrados de aquel ángel en el mismo sitio en que se había manifestado a mis ojos con todo su esplendor y su amor. Estaba seguro de que alguna de aquellas cartas me anunciaba que había salido de París y se acercaba.

Me senté en el montón de paja; encendí la vela, prendiendo el cebo de mi escopeta; rasgué el sobre. Hasta entonces no advertí que el sello de aquel primer sobre era negro, y que la dirección era de letra del doctor Alain. Aquel luto, en lugar de la alegría que yo esperaba, me hizo estremecer. Las otras cartas, contenidas en un pliego aparte, se deslizaron de mi mano y cayeron sobre mis rodillas. No me atrevía a leer una palabra más de miedo de encontrar en ellas... ¡ay!, lo que ni la mano, ni los ojos, ni la sangre, ni las lágrimas, ni la tierra, ni el cielo podían ya borrar..., ¡la muerte! Leí, sin embargo, a través de un temblor del alma que hacía danzar las sílabas sobre el papel estas solas frases:

“¡Sed hombre! Resignaos a la voluntad de Aquel cuyos designios no son los nuestros! ¡No esperéis ya a nadie!... No la busquéis en la tierra; ha subido al cielo nombrándoos... El jueves, al amanecer... Me lo dijo todo antes de morir... Me encargó que os enviase sus últimos pensamientos, que escribió hasta el minuto en que su

mano se heló sobre vuestro nombre... ¡Amadla en ese Cristo que nos amó hasta la muerte, y vivid para vuestra madre!...

ALAIN."

## CII

Caí inanimado sobre la paja. No volví en mí hasta sentir en mi frente el frío glacial de la media noche. Todavía ardía la vela. Tenía la carta del médico convulsivamente estrujada entre los dedos. El paquete intacto había rodado por el suelo. Lo abrí con los labios, como si temiese profanar, rasgándolo con mis dedos, aquel mensaje celeste. Cayeron sobre mis rodillas varias largas cartas escritas de mano de Julia. Estaban colocadas por orden de fecha.

La primera decía:

"¡Rafael! ¡Oh mi Rafael! ¡Oh hermano mío! ¡Perdonad a vuestra hermana que os haya engañado tanto tiempo!... ¡Nunca esperé volver a veros en Saboya!... Sabía que mis días estaban contados y que no viviría hasta esa felicidad!... Cuando os dije: "¡Hasta la vista, Rafael!", a la puerta del jardín de Monceau, no me comprendisteis; pero me comprendió Dios. Yo quería decir: hasta que nos volvámos a ver, a amar, a bendecir en el cielo... ¡Niño!... Pedí a Alain que os engañase también y me ayudase a haceros partir a París. Quería

y debía ahorrarnos este desgarramiento tan de cerca, que se habría llevado un pedazo de vuestro corazón y todas vuestras fuerzas!... Y luego, ¿qué queréis?, perdonadme más, todo os lo digo: no quería que me vieseis morir; quería que entre vos y yo hubiese un velo algún tiempo antes de la muerte... ¡Ah! ¡La muerte es tan fría!... ¡La siento, la veo, me da horror de mí misma!... ¡Rafael! ¡Yo quería dejar en vuestros ojos una imagen de belleza que pudieseis siempre contemplar y adorar!... ¡Pero ahora, no partáis!... No vayáis a esperarme a Saboya... Unos días más..., dos o tres acaso, y no tendréis que esperarme en parte alguna. Yo estaré, Rafael, siempre y dondequiera que estéis vos...”

Aquella carta estaba mojada de anchas gotas de llanto, que habían deslustrado y endurecido el papel.

Decía la otra, fechada un día después:

“A media noche del... ¡Rafael! Vuestras oraciones han hecho que descienda sobre mí la gracia del cielo. Ayer pensé en el árbol de la adoración, de Saint-Cloud, al pie del cual vi a Dios a través de vuestra alma. Pero hay uno más divino: ¡el árbol de la Cruz!... Me he abrazado a él... y de él no he de volver a separarme... ¡Oh, qué bien se está bajo esa sangre y esas lágrimas que nos lavan y nos perfuman!... Ayer llamé a un santo sacerdote, de quien Alain me había hablado. Es un anciano que lo sabe todo y

todo lo perdona... Le descubrí mi alma, y él derramó sobre ella la luz y la vida de Dios... ¡Oh, qué bueno es Dios, qué indulgente; cuán lleno de mansedumbre! ¡Qué poco le conocíamos! ¡El me permite que os ame, que seáis mi hermano, que ya sea en la tierra vuestra hermana, si vivo, y allá arriba vuestro ángel si muero!... ¡Oh Rafael! ¡Amémosle, puesto que El quería que nos amásemos como nos amamos!...” Debajo había una crucecita, y como la impresión de un beso en derredor.

### CIII

Otra carta, escrita con letra muy alterada, y cuyos caracteres se cruzaban y mezclaban en el papel, como trazados en tiniebla, decía:

“¡Rafael! Quiero deciros una palabra más. Mañana quizá ya no podré. Cuando yo haya muerto, no muráis vos. Yo velaré por vos allá arriba. Yo seré buena y poderosa como ese Dios tan bueno con quien voy a reunirme... Amad después de mí... Dios os enviará otra hermana, que será, además, una santa compañera de vuestra vida... Se lo pediré yo misma... ¡No temáis afligir mi alma, Rafael!... ¡Yo celosa en el cielo de vuestra dicha?... Después de haberos dicho eso me siento mejor. Alain os enviará estos pensamientos y un mechón de mi cabello. ¡Voy a dormir...”

Otra, en fin, casi ilegible, sólo contenía estas líneas, completamente desfiguradas:

“¡Rafael! ¡Rafael! ¿Dónde estáis? Me he encontrado con bastantes fuerzas para dejar el lecho... He dicho a la mujer que me vela que quería reposar sola. Me he arrastrado, al fulgor de la lámpara, de mueble en mueble, hasta la mesa en que escribo...; pero no veo ya..., mis ojos nadan en la noche... Veo flotar manchas negras sobre el papel... ¡Rafael! No puedo escribir más... ¡Oh, si quiera esta palabra!...”

Luego había, en gruesos caracteres, como los de un niño que por primera vez coge la pluma, estas dos palabras, que ocupan toda la línea y llenan el resto de la página: “¡Rafael! ¡Adiós!”

#### CIV

Todas las cartas se me habían caído de las manos. Sollozaba sin lágrimas cuando vi otra cartita de letra del anciano, su marido. Se había traspapelado entre las páginas al abrir el segundo sobre.

No había en ella más que estas palabras:

“Se ha extinguido, con su mano en la mía, horas después de escribiros su último adiós. He perdido a mi hija... Sed mi hijo durante los pocos días que he de vivir. Está ahí, como dormida en

su lecho, con la impresión en las facciones de una persona cuyo último pensamiento ha sonreído al ver algo más allá de nosotros. Nunca la vi tan hermosa. Mirándola, siento la necesidad de creer en la inmortalidad. Por ella os he amado. ¡Amadme vos por ella!”

## CV

Es cosa extraña y venturosa para la humana naturaleza esa especie de imposibilidad de creer inmediatamente en la completa desaparición de un ser a quien tanto se ha amado. Rodeado de testimonios de su muerte, esparcidos en torno mío, todavía no podía creerme separado para siempre de ella. Su pensamiento, su imagen, sus trazos, el sonido de su voz, el carácter singular de sus palabras, el encanto de su rostro, estaban para mí tan presentes, y, por decirlo así, tan permanentemente incorporados, que me parecía tenerla allí más que nunca; que me envolvía en sus efluvios, que me hablaba, que me llamaba por mi nombre, y que, en levantándome, iba a encontrarla y a verla otra vez. Es una distancia que pone Dios entre la certidumbre de la pérdida y el sentimiento de la realidad; como la que ponen los sentidos entre los ojos que ven caer el hacha sobre el tronco del árbol, y el golpe que los oídos oyen retumbar más tarde. Esa distancia amortigua el exceso del dolor engañándole. Algún tiempo des-

pués de haber perdido lo que se ama no se lo ha perdido del todo todavía; se ve en sí mismo la prolongación de aquella existencia. Se experimenta algo comparable a lo que experimentan los ojos cuando han mirado mucho al sol poniente. Aunque el astro haya desaparecido del horizonte, sus rayos no se han apagado en nuestros ojos; fulguran todavía mucho tiempo en nuestra alma. Sólo poco a poco, y a medida que las impresiones se extinguen y se precisan al enfriarse, se llega a sentir la separación completa y se puede decir: "¡Ella ha muerto en mí!" ¡Porque la muerte no es la muerte: es el olvido!

Yo sentí este fenómeno del dolor aquella noche en toda su fuerza. Dios no quiso que yo bebiese mi dolor de un solo trago, temiendo ahogar con él toda mi alma. Me dió y me dejó largo tiempo la ilusión y la convicción de la presencia en mí, ante mí, y en mi derredor del ser celestial que no me había mostrado más que un año, para volver, sin duda, durante toda la vida, mis ojos y mi pensamiento hacia ese cielo adonde le había llamado en su primavera y en su amor.

Cuando la vela del pobre batelero se apagó, apreté las cartas contra mi pecho. Besé mil veces el suelo de aquella estancia que había sido cuna de nuestro amor y había venido a ser su sepultura: cogí la escopeta, y me lancé maquinalmente, como un insensato, a través de los desfiladeros de la montaña. La noche estaba som-

bría. Se había levantado el viento. Las olas del lago, impulsadas contra las rocas bajas, estallaban con golpes tan cavernosos, lanzaban voces tan humanas, que varias veces me detuve sin aliento y me volví como si me hubiesen llamado por mi nombre. ¡Oh, sí! ¡Me llamaban, no era ilusión; pero desde el cielo!

## CVI

Tú sabes, amigo mío, quién me encontró a la mañana siguiente, vagando por el fondo de un precipicio, envuelto por la bruma del Ródano. Tú sabes quién me reanimó, quién me sostuvo y me devolvió a los brazos de mi pobre madre...

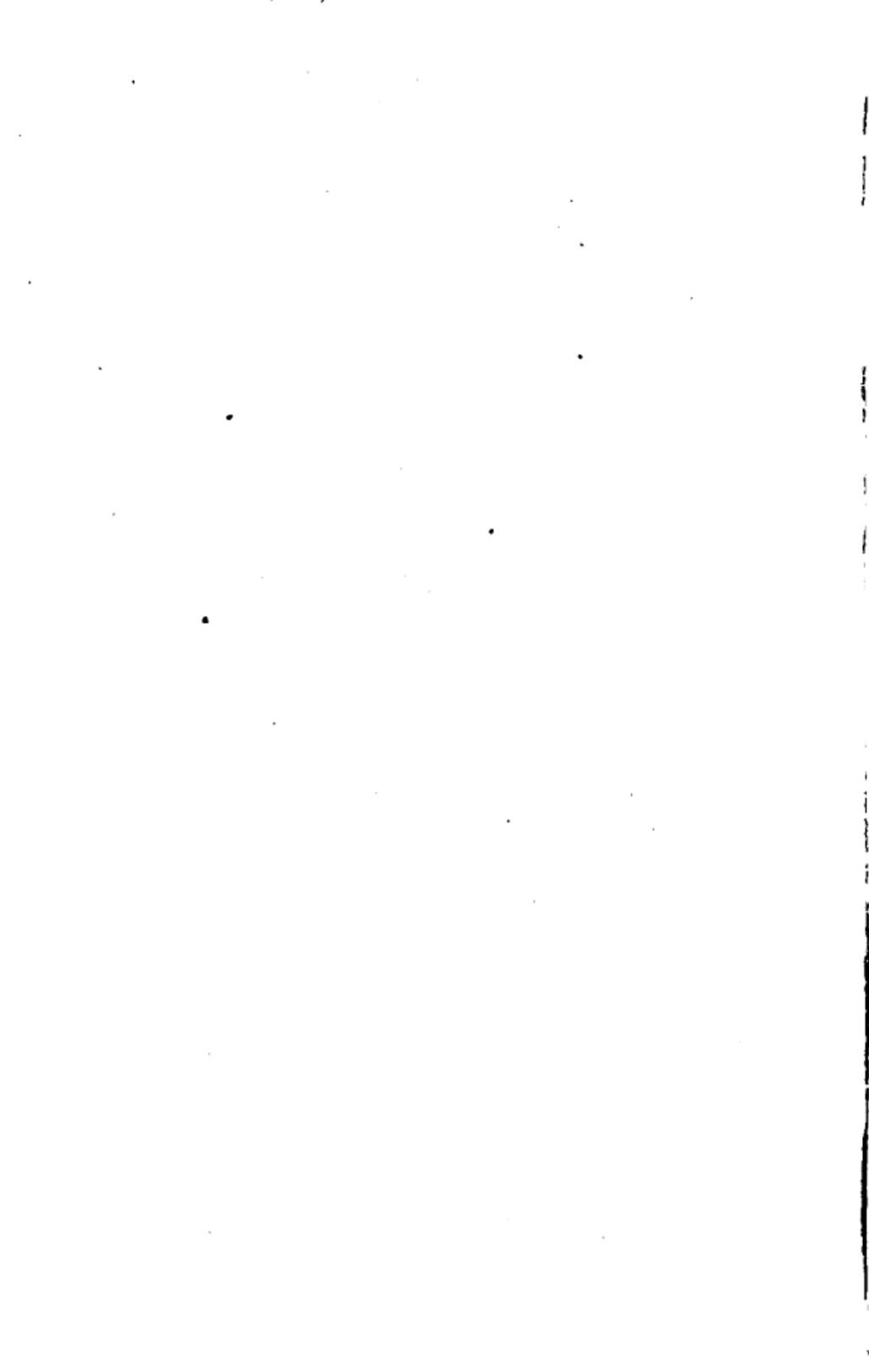
.....

Ya han transcurrido diez años sin poder llevarse ni uno solo de los recuerdos de aquel grande año de mi juventud. Según la promesa de Julia de enviarme desde lo alto alguien que me consolara, Dios me ha cambiado su don por otro; no me lo ha quitado. Frecuentemente vuelvo, con la que hace que mi esperanza sea dulce y paciente, como la felicidad, a visitar el valle de Chambery y el lago de Aix. Cuando me siento en las alturas de la colina de Tresserves, al pie de aquellos castaños que sintieron en su corteza los latidos de su corazón, y contemplo el lago, las montañas, las nieves, las praderas, los árboles.

los dientes de roca envueltos en una atmósfera tibia que parece bañar la tierra en un perfume líquido y ambarino; cuando oigo estremecerse las hojas, zumban los insectos, suspiran las brisas, y las ondas del lago frotan suavemente las orillas con el rumor de una tela de seda que se desenvuelve pliegue a pliegue; cuando veo la sombra de aquella a quien Dios hizo mi compañera hasta el fin de mis días dibujarse a mi lado, en la arena o sobre la hierba, y siento en mí una plenitud que nada desea antes de la muerte, y una paz que ya no turba ningún suspiro, creo ver el alma feliz de la que un día se me apareció en aquellos lugares elevarse centelleante e inmortal de todos los puntos del horizonte, llenar por sí sola aquel cielo y aquellas aguas, lucir con aquellos resplandores, embeberse en aquel éter, arder en aquellos fuegos, penetrar en aquellas ondas, respirar en aquellos murmurios, rezar, ensalzar, cantar en aquel himno de vida que rueda de las cascadas a los lagos y hace que cruce sobre el valle y sobre los que se acuerdan de ella una bendición que se ve con los ojos, se oye con el oído y se siente con el corazón!

(Aquí se interrumpía el manuscrito de Rafael.)

FIN



# INDICE

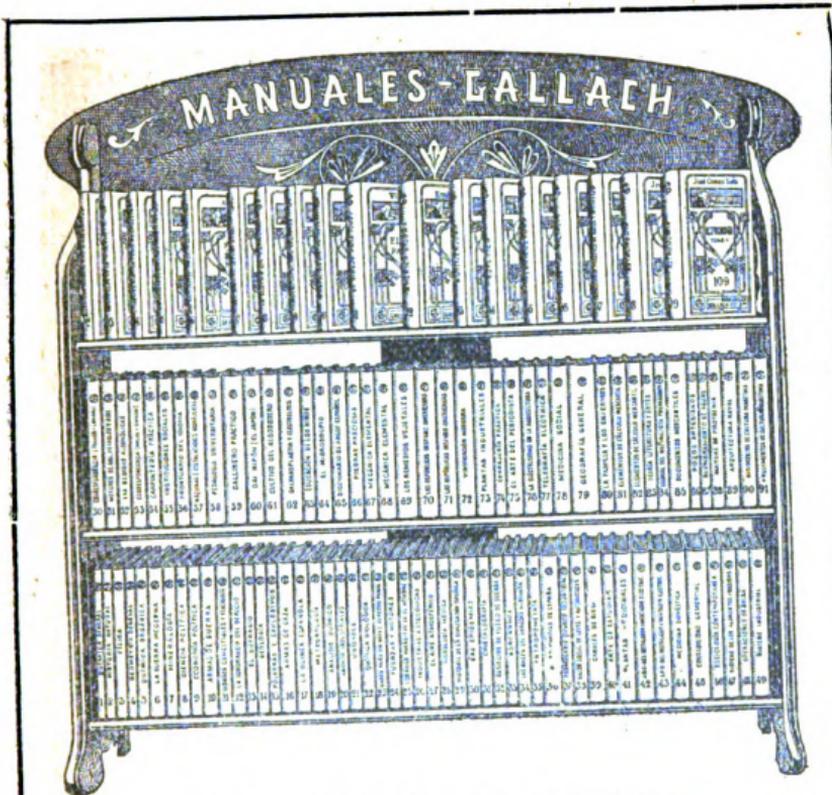
---

	Págs.
Prólogo.....	7
I.....	21
II.....	22
III.....	24
IV.....	25
V.....	28
VI.....	30
VII.....	34
VIII.....	37
IX.....	38
X.....	39
XI.....	41
XII.....	46
XIII.....	48
XIV.....	52
XV.....	53
XVI.....	55
XVII.....	57
XVIII.....	59
XIX.....	66
XX.....	76
XXI.....	77
XXII.....	84
XXIII.....	86
XXIV.....	87
XXV.....	90
XXVI.....	93
XXVII.....	94
XXVIII.....	95
XXIX.....	97
XXX.....	101
XXXI.....	107
XXXII.....	109
XXXIII.....	113

XXXIV.....	114
XXXV.....	116
XXXVI.....	122
XXXVII.....	123
XXXVIII.....	125
XXXIX.....	126
XL.....	130
XLI.....	132
XLII.....	133
XLIII.....	135
XLIV.....	139
XLV.....	143
XLVI.....	144
XLVII.....	145
XLVIII.....	150
XLIX.....	151
L.....	152
LI.....	154
LII.....	157
LIII.....	159
LIV.....	160
LV.....	162
LVI.....	163
LVII.....	164
LVIII.....	166
LIX.....	168
LX.....	171
LXI.....	173
LXII.....	174
LXIII.....	177
LXIV.....	179
LXV.....	180
LXVI.....	181
LXVII.....	182
LXVIII.....	184
LXIX.....	185
LXX.....	188
LXXI.....	191
LXXII.....	194
LXXIII.....	195
LXXIV.....	197
LXXV.....	198
LXXVI.....	199
LXXVII.....	202
LXXVIII.....	204
LXXIX.....	206
LXXX.....	208

	<u>Págs.</u>
LXXXI.....	210
LXXXII.....	211
LXXXIII.....	215
LXXXIV.....	216
LXXXV.....	217
LXXXVI.....	222
LXXXVII.....	223
LXXXVIII.....	225
LXXXIX.....	229
XC.....	231
XCI.....	233
XCII.....	237
XCIII.....	240
XCIV.....	242
XCV.....	243
XCVI.....	248
XCVII.....	248
XCVIII.....	251
XCIX.....	252
C.....	253
CI.....	254
CII.....	256
CIII.....	258
CIV.....	259
CV.....	260
CVI.....	262





La famosa colección, útil y económica,  
 :-: de conocimientos enciclopédicos :-:

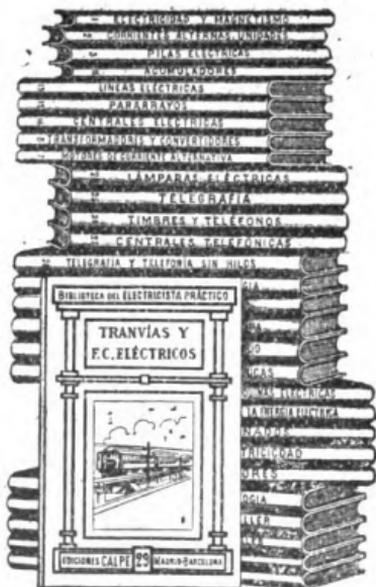
# MANUALES GALLACH

abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas; sus volúmenes describen asuntos de interés para grandes y pequeños, para literatos y artistas, para obreros y hombres de estudio, para artesanos y comerciantes, y su precio está al alcance de todos.

Llevamos publicados más de 100 números, y continuamente  
 :-: damos a luz nuevos e interesantísimos temas :-: :-:

PÍDANOS USTED LA LISTA DE TOMOS PUBLICADOS; LE GUSTARÁ CONOCERLA

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
 San Mateo, 13. - MADRID



# BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

==

## LA MEJOR ENCICLOPEDIA DE ELECTRICIDAD

Cuanto se sabe de la Electricidad; instalación de Centrales para la producción de fuerza y de luz; conducción de la energía; su aplicación a las industrias, a la Química, a la Metalurgia, a la Medicina y a la tracción, al telégrafo y al teléfono, a los servicios domésticos, etc., etc.,

### SE DOMINA PERFECTAMENTE

estudiando los volúmenes de esta colección, genuinamente española, redactada por autores especialistas, bajo la dirección de

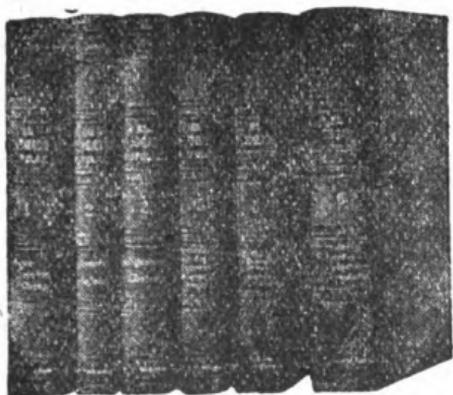
### D. RICARDO CARO Y ANCHIA

Licenciado en Ciencias físicomatemáticas, Oficial de Telégrafos y Profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

**30 tomos con más de 5.000 páginas en total, 1.800 figuras en el texto y láminas intercaladas en negro y en colores**

**90 PESETAS, A PLAZOS O AL CONTADO**

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13.—MADRID



ENCOMIENDE  
USTED  
LA DEFENSA  
DE SUS  
INTERESES  
A LA  
NOTABILÍSIMA  
OBRA

# EL ABOGADO POPULAR

DEL CONOCIDO PUBLICISTA

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA

---

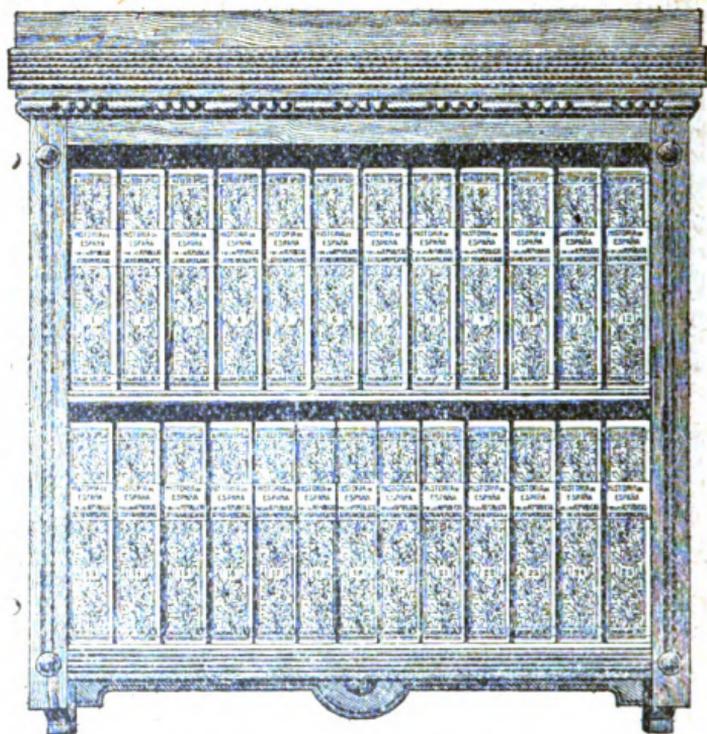
## EL ABOGADO POPULAR

es una obra extensa, en la que su autor ha expuesto con claridad y concisión admirable todo cuanto se refiere a la vida legal del individuo y de la sociedad en España. Es una curiosa serie, de más de 8.000 consultas dialogadas, hechas por un cliente a su abogado y contestadas por éste, aclarando dudas y poniendo ejemplos sobre todos los casos de la vida, y ampliadas con nutridas secciones de modelos de escrituras, testamentos, recursos y escritos dirigidos a las autoridades, tarifas, aranceles, formulario jurídico, etc., etc.

Precio único de los seis tomos de que consta la sexta edición, a plazos o al contado, **73** pesetas.

---

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13.—MADRID



OBRA NUEVA

# HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LAS REPÚBLICAS LATINOAMERICANAS

ESCRITA POR EL ACADÉMICO

**D. ALFREDO OPISSO Y VIÑAS**

Consta de más de 8.000 páginas de nutrida lectura, ilustradas con unos 1.250 grabados intercalados, 100 preciosas láminas en negro, otras tantas en tricolor y numerosos mapas grabados expresamente.

25 HERMOSOS TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA:

150 PTAS. PAGADERAS A PLAZOS O AL CONTADO

**CALPE** Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones  
San Mateo, 13. — MADRID



**COLECCION**

NOVELAS - T  
FILOSOFIA - CUE  
HISTORIA - MEM  
ETC.,

89104416433



b89104416433a

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL  
O ANUAL  
(OCHO PESETAS AL MES)

**CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO**

Los 260 números publicados desde julio de 1919  
a julio de 1920 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMÉ, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, EUGENIO D'ORS, BALZAC, TAINÉ, MOLIÉRE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET, F. DE ROJAS, GASKELL y ECKERMANN

**CALPE**

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13